

DOS OBRAS PARALELAS

A propósito de nuestro artículo de actualidad, permítasenos una reflexión. Si observamos atentamente lo que sucede a nuestro alrededor, podremos ver dos obras que corren paralelas.

Una es lo que se conoce como «globalización», fenómeno vasto y variopinto, hacia donde los gobernantes de las principales naciones pretenden conducir al mundo. La meta es la unificación de las economías, los idiomas, las religiones, la moral y las costumbres. A su disposición están el relativismo filosófico, la ciencia y la tecnología, el ecumenismo religioso, y el orientalismo, como sus principales aliados. Su fin último es ofrecer el trono del mundo a las fuerzas del mal que ya están preparándose para ello.

La otra es la obra de Dios. También trasciende fronteras, lenguas y culturas; su intento es reunir al pueblo de Dios, no en torno a filosofías y doctrinas ancestrales –por las que se ha derramado mucha sangre–, sino en torno a una Persona, Jesucristo, quien es el centro de todo el mover de Dios en la historia. Sus instrumentos no son los de la carne y la sangre, no es la fuerza ni la espada, sino el Espíritu Santo a través de la Iglesia; los aliados no son los grandes de la tierra, ni los expertos en mercadotecnia ni en publicidad religiosa, sino los hombres humildes de corazón y quebrantados de espíritu. Su fin último es ofrecer –Dios a través de ellos– el trono del reino de los cielos a Jesús, el Cristo de Dios.

En ambos ambientes se trabaja con premura; los tiempos corren, los plazos se están cumpliendo; las fuerzas parece que se agotan. No hay tiempo que perder. Todos los hombres, quiéranlo o no, están colaborando con una u otra causa. Algunos activamente, otros pasivamente –dejando que las cosas sucedan.

Al final de todo, los caminos estarán tan separados el uno del otro, y las consecuencias tan diversas, que nos daremos cuenta que la historia humana está pintada sólo de dos colores –el blanco y el negro– y que las *medias tintas* fueron sólo un invento del hombre.

Que Dios tenga misericordia de sus amados, y les abra los ojos.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 8 · Nº 48 · NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2007

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

Reconstruyendo Babel

Las señales de los tiempos muestran una tendencia a la homogeneización. *Ricardo Bravo M.* 4

TEMA DE PORTADA

Cristo amó a la Iglesia

Dios amó al mundo, al hombre, y, sobre todo, a la Iglesia. *Gonzalo Sepúlveda.* 10

Una fe práctica

Principios prácticos sobre el servicio, la vida de iglesia y el matrimonio. *Juvenal Santos de Moura.* 15

El Señor es el Espíritu

El ministerio del Espíritu Santo en medio de la iglesia. *Rodrigo Abarca.* 24

Los efectos de la muerte de Cristo

Algunas preciosas consecuencias de la obra de la Cruz. *Roberto Sáez.* 33

Gracia y verdad

La obra de destrucción y reconstrucción que realiza el Espíritu Santo en los hijos de Dios. *Eliseo Apablaza.* 41

LEGADO

Círculos concéntricos de la vida cristiana

El contraste entre estar en el mundo y estar en Cristo. *Handley C. G. Moule.* 51

Madurez

El deseo del Señor para su pueblo. *T. Austin-Sparks.* 54

El Cristo vivo

Cristo parece estar muerto entre lujos y oropeles. *Will H. Houghton.* 58

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Erasmus, precursor y pacificador

Semblanza de Erasmo de Rotterdam. 62

Los Anabaptistas y las raíces del Evangelio

La parte de la historia de la iglesia que no ha sido debidamente contada. *Rodrigo Abarca.* 70

ESTUDIO BÍBLICO

Bosquejo de Eclesiastés. *A. T. Pierson.* 78

Símbolos y tipos del Antiguo Testamento.

A. B. Simpson. 79

Viendo a Cristo en la disciplina de la Iglesia

Un estudio de la Epístola a Tito (2ª Parte). *Stephen Kaung.* 83

Los nombres de Cristo

La Estrella resplandeciente de la mañana. *Harry Foster.* 90

BIBLIA

Cosas viejas y cosas nuevas. 92

¿Cuánto sabe de la Biblia?

Ponga a prueba sus conocimientos bíblicos. 94

FAMILIA

La vida hogareña de Catherine Booth

¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado? *D. Kenaston.* 97

MUJER

Venciendo la depresión

Una mirada a los efectos de la vida del 'yo'. *Peggy Reis Melo.* 105

REPORTAJES

Maternidad espiritual

«Aprendí a ser 'mamá' para otros, aunque yo no tuve hijos propios».

Dandi Daley Mackall. 111

HISTORIAS VERDADERAS

Bajo las alas protectoras de Dios

Una serie de «coincidencias» más allá de la razón. *Franklin Graham.* 116

SECCIONES FIJAS

Maravillas de Dios 9

Bocadillos de la Mesa del Rey 50

Citas Escogidas 61

Joyas de Inspiración 96

Página del Lector 120

* * *

Foto de portada: «*Amanecer en Rucacura*» (Autor: Mario Contreras).
Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.



Reconstruyendo Babel

Ricardo Bravo M.

El Forum Universal de las culturas llevado a cabo en Barcelona en septiembre de 2004 trató en su ceremonia inaugural el tema de la «nueva convivencia» enfatizando que a partir de la diversidad cultural, «se ha de crear una nueva cultura mundial porque esta será la salvación». Se dijo, además, que el siglo XXI será el siglo de la nueva convivencia – o no tendremos siglo XXII.

Una de las mega-exposiciones de este Forum, denominada «Voces», se inició con decenas de personas hablando simultáneamente en su propio idioma. Se dijo que esta muestra

desecha el tema de la incomprensión lingüística establecida por «el mito de Babel para incomunicar a los hombres». Luego se señalaba que actualmente «en el mundo hay más de 5000 lenguas en donde el 95% de ellas está en riesgo de desaparecer». Los expertos calculan que en pocas décadas sólo quedarán en el mundo unas 300, y que en la actualidad está desapareciendo un idioma cada 14 días.

Se estima que las lenguas muertas en los últimos 5000 años alcanzarían a unas 30.000. Este dato es interesante, considerando que pudiera ser el máximo de diversidad idiomática alcanzado por el ser humano en su dis-

Las señales de los tiempos muestran una tendencia a la homogeneización.

persión por el mundo, contando desde sus orígenes. Esta diversidad de lenguas se ha de aplicar en similar proporción a corrientes de pensamientos, costumbres distintas, culturas diferentes, etc., dado que lenguaje y pensamiento están íntimamente ligados.

Origen de las lenguas

El Capítulo 11 de Génesis se inicia relatando que en toda la tierra, las naciones de entonces, formadas de la descendencia de Noé y su familia, «tenían una sola lengua y unas mismas palabras». El vínculo de hablar un mismo idioma era un lazo fuerte de unión en estas primeras naciones, pero al parecer también era fuerte el deseo de establecer una monarquía por parte de algunos hombres cazadores, que bajo el mando de Nimrod, habían comenzado a establecer el reino Babel (Génesis 10:10).

Este reino pretendía agruparlos a todos (seguidores y no seguidores de Nimrod), evitando la dispersión y colonización de nuevas tierras (en contraposición al ánimo que había en los descendientes de Noé luego del diluvio (Gén. 10:32), y en último término, en oposición al mandato divino de «llenar la tierra» (Gén. 1:28). La construcción de una torre tan alta que «llegase al cielo» y que les diese suficiente fama («un nombre») por si fueran esparcidos (en alusión a alguien o algo fuera de ellos que les separase), habla de soberbia y de afán de mostrar su propia grandeza, ignorando la protección y cuidado de su Creador.

Construían cada vez más alto, de

modo que ya ningún designio divino pudiese destruirlos. Esta aparentemente férrea unión humana, de la cual la lengua era uno de los principales lazos, fue rota por Dios cuando decide confundir su idioma, de modo que quien pedía un ladrillo recibía un balde con asfalto. Al no poder entenderse entre sí, la construcción se detuvo.

En vez de destruirlos por su soberbia desafiante, Dios hace uso de su misericordia y apela a la separación de esos millares de personas por medio de la dispersión en la tierra, luego que el Señor les confundiera el lenguaje (Génesis 11: 8-9).

El mundo como aldea global

En la actualidad, esta gran separación idiomática y geográfica alcanzada por la especie humana es cada vez menor, incluso entre naciones muy alejadas entre sí, tanto en distancia como en idioma y costumbres. Los orientales por ejemplo, copiando el modelo de Occidente, se industrializan, procuran desarrollarse con el modelo económico de moda y desean integrarse con otras naciones; ¿Por qué ocurre esto, si históricamente países como China o India no fueron expansionistas? La gran muralla china fue construida para defenderse de los enemigos y, a la vez, para que no fuera traspasada por su propia gente. Los chinos consideraban que en su país lo tenían todo, así que no había gran interés por lo que ocurría detrás de sus murallas.

Sin embargo, esto ha ido cambiando paulatinamente en las últimas décadas. China e India, por nombrar

a los dos colosos de Oriente que en conjunto hacen más de un tercio de la población mundial, han entrado también en el juego de la globalización y cuentan con avanzada tecnología desarrollada en Occidente – desde armas atómicas hasta tecnología informática de última generación.

Los occidentales hacen ingentes esfuerzos por entender la filosofía y modo de pensar orientales para no fracasar en sus negocios, y éstos a su vez se esmeran en que las naciones occidentales aprendamos sus complejos idiomas y parte de sus costumbres. Muchos países interesados en exportar sus productos están haciendo esfuerzos para que parte de su población aprenda chino, por la gran ventaja comercial que esto promete. En Chile, por ejemplo, ya existen colegios que desarrollan un plan piloto de enseñanza del difícil idioma chino (mandarín) a niños de enseñanza básica.

Por cierto que los intercambios comerciales llevan asociados otros aspectos. Se exporta también cultura, religión, costumbres. El consumismo propio de Occidente se va impregnando en Oriente, y desde allí se trae la contemplación, la meditación, el budismo, el hinduismo y otros. El resultado es una tendencia a la homogeneización en múltiples aspectos, donde el idioma ya no es una barrera infranqueable.

El siglo XXI se ha iniciado con el anuncio de que Asia –con China e India a la cabeza– cambiará el actual orden mundial, desplazando a Estados Unidos como única superpotencia. Los asiáticos ya se han ganado

un lugar estratégico en el mundo actual y han comenzado a cambiarlo. Por ejemplo, ya no es posible hablar de economía mundial sin considerar a China, la cual por demanda (gigantesca) de materia prima u otros productos, ya está generando desestabilización global.

El castigo escogido por Dios debido a la soberbia de los pueblos postdiluvianos, que se afanaron en olvidarle a Él y erigirse como dioses, fue la separación cultural por diferencia idiomática, para que no pudiesen entenderse entre sí. Ello llevó a la separación geográfica, colonizándose de este modo áreas distantes con comunidades idiomáticamente homogéneas.

Hoy día ambos factores ya no son un problema para los habitantes de este planeta. Cada vez quedan menos idiomas, la comunicación en un inglés básico está al alcance de personas con un mínimo de estudio, y las distancias de miles de kilómetros están reducidas a pocas horas de vuelo o a breves instantes en comunicación telefónica o correo electrónico. En este sentido, los sociólogos señalan que la globalización presenta un reto brutal a la identidad de los pueblos y a la existencia de los Estados Naciones.

Ya en el último cuarto del siglo pasado se veía venir el fenómeno de la globalización, y en las universidades de países desarrollados se decía que quien no dominase al menos 4 idiomas en el siglo XXI, no podría tener éxito como persona. ¿Cuáles son estos idiomas? Se referían al idioma propio, a algún idioma extranjero y a otros dos que no son idiomas en sentido estricto, pero que funcionan

como si lo fuesen: el idioma de la ciencia y el idioma de la informática o computación, y su uso de Internet sin fronteras.

La ciencia y la informática, en mayor o menor grado, están siendo rápidamente asimiladas por la mayoría de los países y culturas, incluso accediendo a ellas sociedades con escasos recursos, por medio de ayudas de diversas organizaciones, que ven en la conectividad vía Internet el acceso a mejoras en su calidad de vida, y, en definitiva, la opción de subirse al tren de la globalización.

Este fenómeno de la globalización es altamente complejo y con múltiples dimensiones, y ha convertido al mundo en la denominada aldea global. Algunos de sus efectos han sido positivos – como lo es el que la cultura y la ciencia lleguen vía Internet a países que de otro modo no tendrían acceso a ella. En la actualidad, se han realizado complejas operaciones en islas remotas por médicos no especialistas, dirigidos por eminentes médicos del continente en una especie de tele-conferencia.

El que por esta vía se llegue con la palabra de Dios a lugares remotos, o que a Sociedades Bíblicas se les haya permitido traspasar puertas que antes les estaban cerradas –permi-tiéndole establecer un programa mundial de distribución de la Biblia– sin duda, ha sido también altamente beneficioso.

Reconstruyendo la torre de Babel

Pero la globalización se ha ido imponiendo en el mundo con muchos otros fines, no exactamente benefico-

Ya en el último cuarto del siglo pasado se veía venir el fenómeno de la globalización, y en las universidades de países desarrollados se decía que quien no dominase al menos 4 idiomas en el siglo XXI, no podría tener éxito como persona.

Los que consideran sólo la voluntad humana. Destacan en este proceso, por ejemplo, fines políticos, económicos, ecológicos, científicos y religiosos. Sin embargo, la visión o deseo de ciertos hombres u organizaciones de unificar y organizar al mundo en algo más que sólo una interconexión múltiple o en una globalización económica, ya ha sido manifestada desde hace bastante tiempo – deseo o visión que apunta al establecimiento de un solo gobierno o reino mundial. En este sentido, la globalización se presenta como un elemento catalizador para la consecución de este propósito mayor que es un gobierno global.

Por cierto que todo este afán de supuesta unión de los pueblos bajo una sola organización nace de una iniciativa humana, para su propio engrandecimiento. Aún en el supuesto que esta iniciativa fuere honesta, pensando no sólo en el enaltecimiento de unos pocos sino en un beneficio humano más general, está de todas formas condenada al fracaso, por

cuanto no considera al Señor en ello, ni considera que esta actividad es de Su exclusiva pertenencia, por cuanto Él es el Creador de esta casa habitable llamada planeta tierra, como también de los designios finales de quienes en ella moran.

La iglesia de Cristo como única y verdadera unión global

En la Biblia se aprecian claramente dos tipos o modelos de unión entre los pueblos: uno lejos del Señor, representado por Babel, en el cual ciertos hombres ayudados por oscuras fuerzas subyacentes encubran al hombre por el hombre, y aquél representado por Cristo, único y verdadero punto de unión de todas las cosas (Efesios 1:10).

En Cristo la diversidad de idiomas ya no será problema, por cuanto los redimidos por el Señor podrán escuchar a los demás hablar como si fuese su propia lengua, tal como ocurrió en Pentecostés. Los hermanos allí reunidos provenían de Judea, Egipto, Roma, Arabia, Libia, Creta, Mesopotamia, Media, Capadocia,

Ponto, entre otros, pero a la llegada del Espíritu Santo ya no hubo más diferencias idiomáticas, porque cada uno oía hablar a los creyentes galileos en su propia lengua las maravillas de Dios (Hch. 2:1-11). Tampoco hubo en esta unión de pueblos discrepancias entre judíos y prosélitos (gentiles convertidos al Judaísmo), porque todos eran uno en Cristo.

En la visión apocalíptica que experimenta Juan en la isla de Patmos se le pregunta por una gran multitud que estaba delante del trono ante el Cordero de Dios, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas (Ap. 7:9-10). Esta enorme multitud tenía en común el haber lavado y emblanquecido sus ropas en la sangre del Cordero y clamaban a gran voz diciendo: «*La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono y al Cordero*».

La iglesia forjada por Cristo y unida a Él, ya no estará más dividida por la fonética, estructura y significado de las palabras; muy por el contrario, la Palabra (el Verbo) estará unida a ella eternamente.

* * *

¿Convertido?

Lenin dijo a un sacerdote, antes de su muerte: "He errado. Sin duda había muchos oprimidos que liberar, pero nuestro método ha provocado otras opresiones y masacres horribles. Mi quebranto mortal es ser sumergido en un océano de sangre de innumerables víctimas. Es demasiado tarde para volver atrás, pero para salvar a Rusia hubiéramos necesitado diez Francisco de Asís".

¿Quién sabe cuánto más habrá detrás de este episodio? Tal vez una conversión en el lecho de muerte. El cielo es un lugar de sorpresas. Puede que nos sorprendamos al encontrar allá convertido al asesino de muchos cristianos: Vladimir Lenin.

Richard Wurmbrand, Alcanzando las alturas

MILAGROS EN KOIO

A mediados de los años '90, un equipo de jóvenes obreros de la misión evangelística "Every Home for Christ" (Todo Hogar para Cristo) se adentró en los dominios de la tribu Koio, en las regiones montañosas de las Islas Salomón. Sabiendo que anteriormente allí habían sido asesinados un oficial del gobierno británico y tres sacerdotes católicos, los jóvenes pasaron una semana orando y ayunando antes de acercarse a la aldea. Al llegar, fueron capturados y llevados delante de seis ancianos de la tribu que estaban en vigilia al lado afuera de la vivienda de su líder, que se hallaba gravemente enfermo. Muy pronto, los obreros se dieron cuenta que jamás podrían compartir el evangelio con el pueblo de Koio sin la venia de este jefe.

Así que fue un milagro que los ancianos aceptaran que el equipo de EHFC entrara por unos instantes a ver al enfermo. Los jóvenes se encontraron con un hombre mayor y frágil tirado en una tradicional 'cama de tierra', cavada en el suelo. Para su sorpresa, el anciano no sólo oyó atentamente su mensaje sino que incluso pidió a Jesús que entrase en su corazón. Acto seguido, cerró los ojos y murió.

Hubo mucha agitación en la residencia del jefe cuando los ancianos supieron lo que había sucedido. ¡Los obreros extranjeros no habían traído el remedio, sino la muerte! En las horas siguientes los obreros oraron fervorosamente mientras la tensión crecía en toda la aldea.

Con las vidas de los jóvenes evangelistas en la balanza, ocurrió otro hecho milagroso. De pronto, el anciano jefe revivió y se sentó en la cama. Todos quedaron atemorizados cuando él invitó a sus amigos más íntimos y a su familia a una reunión especial. ¡Y vaya que era especial! Mientras se apretujaban en torno a él, el anciano hizo un dramático relato de lo que había vivido en las últimas horas, una historia impresionante de cielo e infierno, ángeles y Jesús.

"Yo volví", les dijo, "para decirles que deben cesar de adorar a falsos dioses y que oigan el mensaje que estos hombres traen a su vida". Después de exhortar a los obreros a que continuasen su testimonio, el jefe koio se fue silenciosamente, esta vez para no volver.

Aunque el jefe hubiese revivido solamente por dos horas, el tiempo fue suficiente para que el Espíritu Santo realizara su obra. Minutos antes de morir el líder, los seis ancianos recibieron a Cristo. La noticia del milagro se esparció por todo el dominio de Koio. Como resultado de esto, 45 iglesias fueron levantadas en un área que no tenía ningún testimonio del evangelio hasta mediados de 1990.

Hoy son miles los koios que abrazan la fe cristiana, incluyendo un numeroso grupo de convertidos que se reúnen periódicamente en la aldea del anciano jefe.

Adaptado de Restauração - Traducido del portugués

Dios amó al mundo, al hombre y, sobre todo, a la Iglesia.

Cristo amó a la iglesia

Gonzalo Sepúlveda



Lecturas: Juan 3: 16, 19; Gálatas 2:20; Efesios 5: 25.

He aquí tres versículos, tres posiciones, tres estados de la vida de un creyente. «De tal manera **amó** Dios al mundo ... Cristo, el Hijo de Dios, el cual me **amó** y se entregó a sí mismo por mí ... Cristo **amó** a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella».

Amó al mundo

«De tal manera *amó Dios al mundo*», es decir, a todas las naciones, a todos los habitantes de la tierra, sean éstos buenos o malos, sabios o ignorantes, ricos o pobres. Todos fueron amados por el Señor.

¡Cuán amplio es Su amor! Pode-

mos pensar en cualquier ser humano, aun el más aborrecible que pisa esta tierra... el Señor lo ama. Si hubiese amado en forma selectiva, por méritos propios, muchos estaríamos excluidos.

«*Despreciado y desechado entre los hombres*», así está escrito, así el mundo ha tratado al Señor. Sin embargo, el amor de Dios fue tan grande. Sabiendo que su Hijo iba a ser vituperado, maltratado, rechazado, apedreado, abofeteado, crucificado, aun así lo envió.

El Señor no resulta atractivo para esta sociedad, pues sigue siendo despreciado y desechado entre los hom-

bres. Hay muchas personas que ya han tomado una fatal decisión: 'Yo no le voy a abrir la puerta al Señor. Que me prediquen lo que quieran, que me inviten a la reunión que quieran'. Esa decisión es no recibir al Señor. El Salvador está definitivamente fuera de sus planes.

Qué terrible. Quien haya decidido dejar fuera al Señor debe ser notificado de que le espera una condenación tremenda, indescriptible. Estará eternamente separado de Dios, no conocerá el gozo de la salvación. Habiendo sido diseñado para servir al Señor, por la dureza de su corazón, estará privado de Su luz, de Su vida, de Su gloria... y para siempre.

El Señor sigue siendo rechazado entre los hombres; pero Dios sigue amándolos. Y el Señor nos manda a buscarlos y a salvar lo que se ha perdido. Permita el Señor que todos los que leen estas palabras, le hayamos dicho: 'Yo te recibo, Señor; yo te abro mi corazón. Ven a vivir a mi corazón; sálvame, perdóname'. Y humillados ante él, podamos conocer Su gran salvación.

Me amó a mí...

Vamos al otro punto. Gálatas 2:20. ¡Maravillosa palabra! Bienaventurados los que viven conforme a ella. Dichosos, felices quienes pueden decir: «*Con Cristo estoy ...*». Cualquiera sea tu situación, tu dolor, padecimientos, pruebas, cargas o dilemas, tú puedes declarar y consolarte tan sólo con este hecho: «*¡Con Cristo estoy ...!*».

«*Con Cristo estoy juntamente crucificado...*». ¿Qué es la cruz, sino el fin de algo? En Cristo llegamos al punto

en que se le puso fin a nuestra manera mundana de vivir; fin al egoísta amor por nosotros mismos.

«*Con Cristo estoy juntamente crucificado...*». ¡Gracias, Señor! «*...y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*». ¿No es esto maravilloso? ¡Gloria al Señor! Hermano, ¿qué es lo que usted tiene? ¿Un culto dominical, una Biblia, una cierta historia? ¿O tiene a Cristo en su corazón?

Precioso el día en que los ríos de Dios comenzaron a fluir por nuestro interior; y que pudimos comenzar a cantar: 'La vida para mí ya tiene un sentido, con Cristo en mi corazón'. Qué maravilloso es haber descubierto lo más grande, lo más precioso: el amor de Dios en Cristo Jesús.

Qué tremendo, que habiendo millones de personas en el mundo, sin contar los que ya partieron, ¡el Señor se fijó en ti y en mí! Aquí la Escritura dice: «*Dios amó al mundo*», y entonces nos imaginamos las multitudes que pueblan la tierra entera, y en medio de todo eso, un individuo... ¡Yo! ¡Dios me amó, Cristo me amó! ¡Me amó a mí! Del conocimiento general del amor de Dios al mundo, arribamos al conocimiento particular, individual. ¡Gracias, Señor!

¡>Cristo me amó, y se entregó a sí mismo por mí», como si no existiese nadie más, como si no hubiese ninguna otra persona salvada en el mundo! ¡Yo soy salvo! ¡Cristo me amó a mí! Deje de ser un número estadístico, deje de ser una persona perdida entre las multitudes de esta raza caída, y vengo a ser uno al cual el Señor amó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Ya no estás más solo, ni desamparado. ¡Tienes un Señor poderoso, y tienes una vida poderosa! Y hacemos la diferencia entre «nuestra vida» y «Su vida en nosotros». Antes estaba solo, me bastaba a mí mismo, con mi vida yo solo, con mis capacidades y mis fracasos yo solo. Pero ahora el Señor está en mí. ¡Bendito sea el Señor! Su vida está en mí, su poder está en mí, su presencia está en mí, esa vida poderosa, indestructible, maravillosa. El Señor vive por la fe en nuestros corazones. Es real, hermanos, de otra forma no seríamos sostenidos.

Pero estamos aquí porque el Señor es fiel, «...*el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*». Aconsejo profundizar en esto. No es bueno que los versículos se queden en la Biblia y no sean traspasados a la experiencia. Sería triste que la palabra de Gálatas 2:20 no fuese más que una buena teoría en la memoria y que al enfrentar desafíos y problemas, aparezcamos viviendo nosotros y no el Señor. Sería una frustrante contradicción entre lo que creemos y lo que vivimos.

De lo individual a lo corporativo

Notemos ahora el lenguaje en primera persona: «...**me** amó y se entregó a sí mismo por **mí**». Cuando dice: «...estoy juntamente crucificado, y ya no vivo **yo**, mas vive Cristo en **mí**...» podríamos pensar en «individuos maravillosos», ¡que casi no pisan la tierra! Podríamos pensar que estos hombres no necesitan nada más. Ese versículo podría ser el último de la Biblia.

Sin embargo, el apóstol Pablo, uno de los siervos más respetados de

toda la historia de la iglesia, dice: «...*para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne*», y, «*porque cuando soy débil, entonces soy fuerte*» (2 Cor. 12: 7,10) ¿Qué significa esto? Que un hombre que conocía los más grandes misterios de Dios, estaba muy consciente de sus limitaciones.

Porque estas verdades, siendo tan grandes, gloriosas y maravillosas, siempre – las cosas del Señor – tienen una limitación en el vaso que las contiene, la limitación de las personas. Teniendo un potencial tremendo, seguimos siendo vasos de barro, necesitamos los tratos de Dios, necesitamos la compañía de otros hermanos, en fin, a todo el cuerpo de Cristo.

«**Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella**». ¡Gloria a Dios por la iglesia! Cuán saludable es que, despojándonos de nuestro individualismo, arribemos a la realidad del Cuerpo, porque la iglesia es la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef. 1:23)

Jamás olvidemos que por muy profunda o especial que pueda ser la experiencia cristiana individual, nunca será suficiente, porque tú y yo no somos más que un miembro del Cuerpo. Y por esta razón, la Escritura advierte a cada hermano a «*que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno*» (Rom. 12:3).

Si alguno tiene un servicio, por alto que éste sea, hágalo conforme a su medida de fe. Unos administran, otros enseñan. Hay una medida para

El Señor me amó a mí; pero ese amor que yo he experimentado individualmente, lo vivo corporativamente, en comunión contigo y con otros.

cada uno «*conforme a su capacidad*» (Mat. 25:15). De esta manera todos hacemos un aporte de fe y de vida para la riqueza del conjunto de todo el cuerpo, y, ¿qué aparece al final del libro? Una iglesia gloriosa. ¡Aleluya! ¡El gozo del Señor es la iglesia!

La limitación de los vasos

Hermanos, nadie se quede a mitad de camino. Porque lamentablemente muchas veces partimos de la deformidad de lo que es la iglesia en su estado actual, y también por causa de la deformidad de los vasos. Los primeros cristianos se veían tan preciosos, pero las generaciones posteriores comenzaron a desviarse. Muchos de ellos eran muy sinceros, pero la limitación de los vasos fue alejando a la iglesia de su brillo y vocación. Nosotros leemos las mismas Escrituras que aquellos primeros cristianos, sostenemos las mismas verdades, nos habita el mismo Espíritu Santo, pero, igualmente, los vasos individuales terminan de alguna manera torciendo la verdad.

Pero el Señor, en su misericordia, hoy nos trae de vuelta, recuperándonos, trayéndonos a Su modelo original, divino, precioso. Hermano, no le

tema a la iglesia. Más bien, el Señor nos haga subir de nivel, para decir: ¡Gloria a Dios porque tengo hermanos y hermanas! ¡Gloria a Dios porque tengo consiervos, porque tengo una familia espiritual!

Sí, nuestro Dios es muy práctico. Si alguien proclama una verdad muy grande en medio de la asamblea, puede ser muy precioso, sin embargo, será necesario que otros hermanos comprueben, regulen y confirmen siempre, si aquello se cumple, si hay una consecuencia entre el hablar y el vivir, y esto es muy saludable para la vida de la iglesia.

Gracias al Señor por todos los que enseñan; la iglesia es refrescada y lavada por los variados afluentes. ¡Gloria al Señor! El Señor me amó a mí; **pero ese amor que yo he experimentado individualmente, lo vivo corporativamente**, en comunión contigo y con otros. Y me sirve cómo me alienta un hermano, cómo me corrige éste y cómo me abraza aquel al cual el Señor también amó. ¡Bendito sea el Señor!

¿Con qué nos encontramos al final de la historia? Nos encontramos con el Señor preocupado por Su iglesia en su conjunto. En Apocalipsis 2 y 3, cuando el Señor aborda la realidad de las siete iglesias, prácticamente no menciona individuos, excepto al fiel Antipas y a la seductora Jezabel. Se habla en forma general de los fundamentos de la ciudad celestial, los apóstoles del Cordero, pero lo que se destaca es que el Señor obtuvo finalmente lo que se propuso, es decir, una iglesia gloriosa. Claramente la atención no está en los individuos.

Y tú, hermana; y tú, hermano, estás llamado por el Señor a esa gloria compartida con todos los santos redimidos. Al final de la historia, tú no llegas solo, ni yo llego solo. Y es más, llegamos «perdidos en el Cuerpo», como muchas veces decimos. Perdido, es decir, tú no te notas; sólo se ve la novia ataviada, en el día de las gloriosas bodas del Cordero (Apoc. 19:7-8). ¡Aleluya!

¿No es maravilloso esto? De la experiencia individual al gozo colectivo, de la alegría particular a la gloria de la participación de todo el cuerpo de Cristo.

Dios amó al mundo de tal manera que trajo una salvación poderosa. Y nosotros hemos probado el poder de esa salvación. Cristo me amó. ¡Aleluya! Lo general vino a ser individual, mío, personal, íntimo. Conocí a mi Señor, desperté a la fe, mis ojos se abrieron, mi corazón se liberó, y el Espíritu del Dios vivo vino a llenar este templo, y los ríos de Dios comenzaron a fluir por nuestro interior como una fuente inagotable. ¡Gloria al Señor!

Pero esta experiencia me lleva a encontrarme con otro río, y otro, y muchos otros. Y el Señor en este tiempo nos ha ido uniendo, reuniendo con otros hermanos en las ciudades, en el resto del país y con muchos santos alrededor del mundo. ¡Bendito sea el Señor! *¡En toda la tierra, el Espíritu de Dios se está moviendo para obtener esta iglesia gloriosa!*

No le tema a la iglesia. La iglesia es práctica, la iglesia tiene orden. La iglesia tiene siervos con responsabilidades de gobierno; la iglesia tiene hermanos más maduros, que van sosteniendo una responsabilidad. La iglesia tiene una administración y todos podemos ejercer el privilegio de colaborar con tal administración. Hay diáconos que hacen un trabajo práctico; tal vez usted nunca les escuche hablar, pero véalos cómo actúan. Gracias por todo lo que la iglesia hace. Qué prácticas son las cosas en la iglesia. En la iglesia somos regulados, por una cosa o por otra; pero nos hace bien. El cuerpo de Cristo nos hace bien.

«Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella». ¡Gracias al Señor! Es precioso lo que estamos viendo y experimentando. Y este regocijo interior tiene un lado práctico, para que también nos amemos los unos a los otros, nos consideremos, y también nos relacionemos santa, justa y piadosamente los unos con los otros, para bendecirnos mutuamente, porque vamos avanzando juntos en esta carrera donde el Señor, al final, será eternamente glorificado.

Amados hermanos, ¡qué precioso es el fin de la historia! Al final, aparecerá el amor del Señor plasmado en toda la iglesia, hecho vida en toda la iglesia, y se exhibirá Su gloria a todos los seres celestiales por toda la eternidad. *¡Oh, ven, Señor Jesús!*

(Síntesis de un mensaje impartido a la iglesia en Temuco en agosto de 2007).

Principios prácticos sobre el servicio cristiano, la vida de iglesia y el matrimonio.



“Los que edificaban en el muro, los que acarreaban, y los que cargaban, con una mano trabajaban en la obra, y en la otra tenían la espada. Porque los que edificaban, cada uno tenía su espada ceñida a sus lomos, y así edificaban; y el que tocaba la trompeta estaba junto a mí. Y dije a los nobles, y a los oficiales y al resto del pueblo: La obra es grande y extensa, y nosotros estamos apartados en el muro, lejos unos de otros” (Neh. 4: 17-19).

En este pasaje tenemos el principio del trabajo en equipo. Aquí están los hermanos trabajando juntos en el muro, y Nehemías está con ellos. Él era un hombre muy práctico. Si usted regresa al primer capítulo de su libro, verá que cuando él oyó que las cosas no estaban yendo muy bien en Jerusalén, él se sentó, lloró y lamentó; ayunó por algunos días y se levantó. Luego fue a hacer la obra.

Nehemías no se quedó solamente

orando, llorando y lamentando, sino que se levantó y obró. Necesitamos hombres prácticos en la iglesia; necesitamos del ministerio práctico de todos los santos.

Creo que nunca hubo tanta ciencia como la que hay en nuestro tiempo. En la historia de la iglesia, vemos que el siglo pasado fue el siglo en que el Señor trajo más conocimiento de la Palabra de Dios. Entonces, estamos llenos de conocimiento.

Necesitamos la erudición de la

Palabra, y también necesitamos la práctica. Nehemías dice que junto a él estaba el que tocaba la trompeta. Entonces, necesitamos a la persona práctica, y también necesitamos a nuestro lado a aquel que toca la trompeta. El que hace la obra y el que toca la trompeta están juntos. Si el que toca la trompeta está solo, los hermanos van a estar llenos de ciencia, van a estar envanecidos, pero no van a edificar nada, porque la ciencia envanece, pero el amor edifica. Entonces, necesitamos los dos ministerios.

Un hombre práctico

Existe otro ejemplo en la palabra del Señor, en Hechos capítulo 4. Aquí vemos a otro hombre práctico: *«Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad. Entonces José, a quien los apóstoles pusieron por sobre nombre Bernabé ... como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles».*

Bernabé era un hombre práctico. Él veía que había hermanos necesitados, y entonces fue y vendió su propiedad, y depositó el precio a los pies de los apóstoles para ser repartido a los que tuviesen necesidad.

¿Quieres tú el ministerio práctico de todos los santos? Si tienes una buena condición financiera, tú pue-

des ser bastante práctico. El Señor te ha bendecido de manera práctica. Imagínate que el Señor sólo te diera sueños de que tú vas a tener mucho dinero. ¿Te gustaría que Dios te diese ese sueño, y que nunca se realizase? A ti te gustaría que ese sueño fuera palpable. Dios es muy práctico, él no te da dinero virtual; te da dinero real. Entonces tú tienes que ser práctico y real. Si yo tengo una casa grande, esa casa no es sólo para mi deleite. Esa casa es para el reino de Dios, es para hospedar a los hermanos, para recibir a aquellos que van a ser evangelizados. Esa casa es una casa de oración, es una casa que recibe al Señor, y recibe a todos cuantos el Señor envíe allí. ¿Tu casa es así?

Una casa en Betania

Hay una casa en la Biblia que se transformó en una figura de la casa del Señor. Era una familia sencilla. Y vemos que lo más destacado ahora ya no era Jerusalén, sino la casa de Lázaro, Marta y María. ¿Adónde iba el Señor a dormir? ¿Dormía él en Jerusalén? No. Esa casa se volvió referencial, porque ella recibía siempre al Señor. Entonces, quien recibe a aquel que Dios envía, recibe al Señor mismo. *«...en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis»*, así dijo el Señor.

«Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones ... Pero los principales sacerdo-

tes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza? Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, y posó allí» (Mat. 21:12-17).

El Señor dejó aquel templo que había sido construido para él. Daniel tuvo la visión de que el tiempo de la reconstrucción había llegado, porque el reino de Dios iba a llegar. El reino de Dios estaba representado en la persona del Mesías. Entonces Daniel pensó: 'El templo deberá ser reconstruido, porque el Mesías va a entrar en el templo'. Y de hecho, el Mesías vino y entró en el templo. Pero aquella no pudo ser su casa. Y él, habiendo observado todo, salió de allí y se fue a Betania. Y Betania es su casa.

¿Por qué? Porque Juan dice: *«Mas a todos los que le recibieron ... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios».*

Cuando el Señor llega a Betania, Lucas dice que en aquella aldea había una cierta mujer llamada Marta. Hasta ese momento, ella era una cierta mujer, nada más. Pero ella recibió al Señor en su casa, y a partir de entonces, ella no es más una simple mujer; ahora es una mujer especial. En su casa, el Señor va a formar su propia casa.

En el evangelio de Juan capítulo 12, vemos la casa del Señor. María está sentada a los pies del Señor, y derrama unguento sobre sus pies. Y dice que Marta servía y Lázaro estaba sentado a la mesa. Los judíos vi-

nieron a aquella casa por causa del testimonio de la resurrección de Lázaro. Ellos no vinieron sólo por causa del Señor Jesús.

Vemos la casa allí, una casa amada del Señor. *«Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Juan 11:5).* Aquí está el corazón del Señor Jesús acerca de esa casa. Marta aquí es una persona transformada. Parece que las cosas se invirtieron. Al principio, María estaba a sus pies, pues era una mujer con más devoción. Y Marta, una mujer muy práctica, amaba mucho al Señor, y quería hacer todo para agradar al Señor. En el comienzo ella estaba errada; pues el principio correcto allí es que el Señor fuese la cabeza de la casa, pero Marta era la cabeza. Sin embargo, ella fue transformada, se sometió al Señor, su casa pudo ser una bendición, y el Señor pudo dar testimonio de ella. Entonces pasó al primer lugar: *«Jesús amaba a Marta, a María y a Lázaro».*

Vasos de barro, no de cristal

Nosotros también necesitamos aprender a ser prácticos. Necesitamos la erudición, la devoción, pero también la práctica. Nosotros tenemos una casa bonita, y nuestro placer es hablar de eso a todas las personas. Compramos un sillón nuevo y lo ponemos en la sala; luego colocamos un paño sobre él para que no se ensucie. Vamos a visitar a ese hermano, y no sabemos si nos podemos sentar en ese sofá o no. ¿Estará allí para sentarse o es sólo de adorno?

Hay casas así, que están llenas de adornos. Nunca se usa ese sofá, y nos tenemos que sentar en otro lugar. No

podemos disfrutar la casa del hermano. Y tienen esas copas de cristal... Hay hermanos que en el día de su boda recibieron de regalo copas de cristal y las ponen en un mueble para usarlas en una ocasión especial. Entonces vienen muchos hermanos a su casa, y ellos no se dan cuenta que llegó la ocasión especial, y traen a los hermanos los vasos de cerámica, porque se podrían romper aquellas copas.

Por eso es que nosotros somos vasos de barro. El Señor no nos hizo vasos de cristal, sino de barro. El vaso de barro puede ser usado en cualquier ocasión. Y si se quiebra, el Señor lo lleva a la casa del alfarero, lo pone en la rueda y lo reconstruye.

La gente sabe de muchos obreros que quisieron acertar y erraron. Fallaron intentando servir, gastaron sus vidas, pero se equivocaron, y se quebraron. Pero ellos clamaron a la misericordia del Señor, él los tomó de nuevo, los llevó a la casa del alfarero e hizo un vaso nuevo, un vaso vivo, lleno del Espíritu Santo, lleno del tesoro de Dios. Ese tesoro está en vasos de barro, no en vasos de cristal.

Cuando los hermanos llegan a su casa, ustedes tienen que servirles, tienen que darles lo mejor. Entonces somos vasos de barro, para gloria del Señor. ¡Aleluya! Muchos hermanos del pasado no nos habrían dejado ningún legado si hubiesen sido vasos de cristal. Pero como eran vasos de barro, expusieron sus vidas en todas partes.

Conocemos la historia de David Brainerd. Él fue a evangelizar a los indios en los Estados Unidos, y dor-

El Señor no nos hizo vasos de cristal, sino de barro. El vaso de barro puede ser usado en cualquier ocasión. Y si se quiebra, el Señor lo lleva a la casa del alfarero, lo pone en la rueda y lo reconstruye.

mía a la intemperie, en medio del bosque. Era muy joven cuando se fue, pero cuando regresó tenía veinticuatro años, y tenía su novia con la cual se iba a casar. La había dejado a ella para ir a esa misión. Regresó enfermo, y murió en los brazos de ella. Él gastó su vida. Era un vaso de barro, pero el Señor registró en la eternidad aquello que él hizo. En el Día del Señor, él va a recibir su recompensa.

Daniel no pudo salir de Babilonia para Jerusalén. Él era muy joven cuando se fue a Babilonia. Él era celoso del Señor, tenía un corazón para Dios. ¿Cuántos jóvenes hoy tienen un corazón para Dios, que están dispuestos a gastar sus vidas para el Señor? Daniel se quedó en Babilonia, pero él oraba todos los días, tres veces al día, mirando hacia Jerusalén. Él quería ver nuevamente la gloria del Señor, y pagó el precio orando. Cuando él fue deportado a Babilonia, tendría tal vez unos quince años. Pero ahora tenía más de setenta años, y estaba sin fuerzas. Ya no podía regresar a Jerusalén y cooperar con el

ministerio junto con Nehemías. Pero el Señor dijo: 'Ve, Daniel, y descansa, porque tu recompensa te será dada al fin de los días'. Entonces Daniel ya tenía su recompensa, porque él amaba al Señor, y el Señor amaba a Daniel: «*Y me dijo: Daniel, varón muy amado...*» (Dan. 10:11).

Hermano, Daniel gastó su vida en la oración; él no tuvo su vida por preciosa. Tal vez haya dormido muy poco, gastando su vida en la oración. Él deseaba que Jerusalén volviera a tener la gloria del Señor.

Dios de imposibles

Lo más importante no es el tamaño de la casa. Vemos en el libro de Hageo que lo mayor allí es la gloria del Señor de la casa. Y nosotros damos gracias a Dios por la promesa de que la gloria de este tiempo será mucho más excelente que todas las glorias ya vistas en toda la Biblia. ¿Ustedes creen eso?

El Señor es un Dios que hace cosas imposibles. Lo sé, porque era imposible que yo me convirtiera. Es un milagro estar aquí. Yo creo que todos nosotros éramos imposibles. ¡pero el Señor salvó a los imposibles! Y ahora, por más imposibles que seamos, no podemos resistir la mano del Señor. El Señor trabaja con nosotros. Damos gracias a Dios por el ministerio del Señor en nuestras vidas.

Dios es práctico. A partir de hoy, ya tu casa nunca más va a ser sólo una vitrina para mostrar que tú tienes aquello. Gástala en la obra del Señor, porque eso se va a transformar en un tesoro en los cielos. ¡Gloria al Señor!

Transformando el dinero en riquezas celestiales

En Hechos capítulo 4 vimos que Bernabé era un hombre práctico, que transformó su dinero en riquezas celestiales. Tenemos un testimonio dado por el hermano Aniceto, uno de los ancianos con quien caminamos juntos durante veintiséis años. Él contó la historia del hermano Jair. Un día el hermano Jair vendió su casa y llegó a Curitiba con el dinero y lo puso a los pies de Aniceto. Él quería cumplir toda la palabra del Señor, pero no sabía qué hacer con el dinero, así que le dijo: 'Tómalo y cómprate otra casa'. Ese hermano ganó en la tierra y también ganó en los cielos. El Señor le devolvió aquí lo que era de él, y también hizo registro en los cielos a favor de él.

Vimos que Nehemías era un hombre práctico, y que a su lado tenía a uno que tocaba la trompeta. Los hombres prácticos no pueden andar sin los que tocan la trompeta, y los que tocan la trompeta no pueden andar sin los hombres prácticos; si no, la iglesia va a tener muchas deficiencias.

En Hechos 11, nosotros vemos que el Señor unió a Pablo con Bernabé. Pablo era un hombre erudito y Bernabé era un hombre muy práctico, y el Señor los unió a ambos.

«Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor. Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe» (Hch. 11:22-24).

Bernabé poseía bienes, y no sólo eso, él era también un hombre de corazón bondadoso. Pero hay una diferencia entre Bernabé y una persona rica de este mundo. Un hermano muy rico no es suficiente; él puede tener muchos bienes, pero necesita algo más, que Bernabé tenía: él era *«Lleno del Espíritu Santo y de fe»*. Eso hace la diferencia.

A veces, nosotros estamos llenos de bienes, tenemos muchas propiedades, tenemos bastante dinero, pero no somos llenos del Espíritu Santo y de fe. Y cuando somos llenos del Espíritu Santo, podemos tener todas las cosas, pero no estamos llenos de todas las cosas. Sin embargo, estamos llenos del Espíritu Santo y estamos llenos de fe, llenos de fe para poner todo en práctica, llenos de fe para repartir.

Había un hermano en Curitiba que recibió mucho del Señor, y él nos dijo que tenía el ministerio de repartir, como dice en Romanos: «El que reparte, con liberalidad». Entonces él dijo: 'Hermano, yo quiero repartir'. Le dije: 'Tú tienes el ministerio de repartir, pero ¿de repartir qué? El ministerio de repartir es repartir. Si tú tienes dinero, tienes propiedades, entonces reparte, y estarás cumpliendo tu ministerio. Cuando tú repartas, eso se va a multiplicar'. El hermano nunca cumplió eso, y lo perdió todo.

Necesitamos saber qué es lo que el Señor exige de nosotros. No basta con que tengamos las cosas. Si estamos vacíos por dentro, nos vamos a llenar de esas cosas; pero si estamos llenos del Espíritu Santo, lo tenemos todo, pero no poseemos nada. Hay

hermanos que una vez lo tuvieron todo, sustentaron a muchos hermanos en la obra; pero cuando partieron con el Señor no tenían nada, porque ellos lo dieron todo para el Señor.

Necesitamos ser llenos del Espíritu Santo y de fe. A veces pensamos que hay muchas cosas que tienen que ser restauradas. ¿Saben lo que necesita ser restaurado? La fe para ver como Dios ve. Necesitamos fe para creer en lo que el Señor Jesús dice: «Edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Sólo así vamos a poder edificar la iglesia, porque el Señor dice que la va a edificar. Eso es lo que creemos. Necesitamos estar llenos de fe. Si estamos llenos de fe, seremos muy prácticos y vamos a permitir que el Señor obre a través de nosotros.

«Y una gran multitud fue agregada al Señor» (Hechos 11:24). ¿Esta multitud se unió a Bernabé? ¿A quién se unió? ¡Al Señor! Bernabé era un hombre lleno del Espíritu Santo y de fe, estaba lleno de bienes, pero las personas no se unieron a Bernabé, sino al Señor. Es necesario ser llenos del Espíritu Santo y de fe para que las personas se unan al Señor.

Trabajo en equipo

«Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente...» (Hechos 11:25-26).

Aunque Bernabé era lleno de fe y del Espíritu Santo, y mucha gente se unió al Señor, eso todavía no fue suficiente para que Cristo fuese revelado y formado en aquella iglesia. ¿Y qué

hizo Bernabé? Él era un hombre práctico, pero necesitaba a Pablo, un erudito que tenía conocimiento, tenía revelación de Cristo. Entonces, cuando Bernabé vio a Pablo, fue como si él hubiese visto a Cristo, y partió a Tarso a buscarlo para completar esa obra.

Aquí vemos el trabajo en equipo. Tú quieres dar fruto, pero sólo tienes un talento. Si te unes a otro, entonces van a ser dos talentos, y eso se puede multiplicar. Tú no tienes que asociarte con aquel hermano que te gusta mucho. Si te gusta mucho la erudición, buscarás a alguien con mucha erudición; ambos se van a quedar en algún rincón estudiando la Biblia y nunca van a hacer nada. Entonces, busca a un hermano práctico y vincúlate con él.

Si te gusta la erudición, y estudias tanto que ni siquiera puedes abrazar a los hermanos, lees tanto la Biblia que no puedes ni visitar a un hermano, únete a alguien que visita mucho a los hermanos, o a quien le gusta mucho predicar el evangelio. Necesitamos formar equipos; si no, somos mancos. El cuerpo tiene que funcionar como cuerpo.

Existe una experiencia interesante en 2 Samuel 18:19-29, de la que podemos recibir ayuda. Joab envió a un hombre a llevar un mensaje, y otro también quiso hacerlo, y corrió adelante del que tenía el mensaje. Y cuando llegó, el rey le preguntó: '¿Qué noticias traes de Absalón?', la respuesta fue: 'Yo no sé las noticias, las trae aquel que viene atrás'.

Hermanos, necesitamos caminar juntos. A veces corremos primero. Somos prácticos, queremos que ocurran

luego las cosas, vamos adelante, y cuando llegamos allá, no sabemos qué hacer, porque el mensaje está con aquel que viene atrás.

¿Qué debemos hacer, hermanos? A veces los prácticos corren demasiado; es necesario que ellos estén al lado de alguien que tenga el conocimiento, para saber qué hacer. Los levitas quisieran hacerlo todo en el tabernáculo, pero no saben cómo hacerlo, necesitan el plano del tabernáculo; necesitan saben el orden que fue dado por Dios, necesitan tener conocimiento de las palabras de Dios.

Gracias a Dios, el Señor nos está enseñando a andar en equipo. No anden solos; anden siempre juntos. El Señor envió siempre de dos en dos. Había un joven que fue a evangelizar solo. Él dijo: 'Voy a evangelizar a una casa de prostitución', y le predicó a la primera prostituta. Ella lo miró y le dijo: 'Ay, mi querido', y le predicó su evangelio a él. En vez de ganar a la prostituta, ella lo ganó a él. Nunca más solo. Vayan siempre juntos, vayan en equipo.

El matrimonio y la familia

El marido y la esposa son un equipo. Tu esposa tiene que andar contigo. Nosotros tenemos grandes dificultades para oír a nuestras esposas. Ellas son una bendición. Cuando nos precipitamos, ellas nos aseguran. En Brasil hay un dicho: 'El hombre es como el acelerador del auto, y la mujer es el freno de mano'. Él acelera mucho, y la opción de ella es tirar el freno de mano. Nuestra mujer es una bendición. ¡Gracias a Dios!

Mi esposa está aquí; ella sabe que

es verdad lo que estoy diciendo. Pero no nos gusta oír mucho; somos prepotentes. La esposa nos dice algo, pero a causa de nuestro orgullo no la oímos. 'Ah, yo soy el ungido del Señor. No se puede tocar al ungido; vas a ser quemada por el fuego del Señor'. Hermanos, estoy hablando eso porque yo lo he vivido. Yo decía: 'Está escrito en Efesios capítulo 5: Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos'. Entonces tienes que quedarte callada delante de mí'.

Si ella se queda callada delante de mí, estaré lanzando afuera la primera ayuda que Dios me dio. No hay nadie más sincera en mi casa que mi mujer. Ninguno de los hermanos se atreve a decirme: 'Tú eres soberbio'. Pero mi esposa me lo dice. Yo me resisto, y me pongo nervioso. ¿Cómo puedes hablar eso a un santo de Dios? ¡Yo soy humilde!'. Después me encierro a orar, y digo: 'Señor, estamos sólo nosotros aquí. Es verdad lo que ella dijo; sólo entre nosotros'.

Los maridos tienen que amar a sus mujeres como Cristo amó a la iglesia. Cristo oye la voz de su novia. Si lees el Cantar de los Cantares de Salomón, vas a ver que el Señor está oyendo la voz de su esposa. El matrimonio es la expresión de Cristo y la iglesia. El Señor quiere mostrarle a este mundo lo que es Cristo y la iglesia. Cuando alguien va a tu casa, el Señor quiere mostrar: 'Mira, aquí está Cristo y la iglesia'. Entonces, allí en Cantares, el marido oye la voz de la esposa y la esposa oye la voz del marido, y ambos se complementan.

En el judaísmo era diferente; pero la iglesia no es el judaísmo. En el ju-

daísmo, la mujer tenía que estar callada completamente, y el hombre hacía lo que quería. Pero hoy día no. Puesto que el matrimonio es imagen de Cristo y la iglesia, ambos se complementan, ambos trabajan juntos. Es un equipo, un equipo imbatible. Ellos tienen que mantener la unidad, tienen que estar firmes en la fe, y la unidad del matrimonio va a hacer que los hijos se sujeten, va a hacer que los hijos, mirando ese ejemplo de Cristo y la iglesia, sean transformados.

El Señor quiere trabajar con nosotros, para que nuestros hijos también vean el ejemplo. Había una educadora alemana a la cual alguien le preguntó cuál era la mejor forma de educar a los hijos. Ella dijo: 'Hay tres formas de educarlos: la primera es por el ejemplo; la segunda, por el ejemplo, y la tercera, por el ejemplo'. Entonces, tenemos que ser un ejemplo de Cristo y la iglesia, y así vamos a tener a nuestra familia en el Señor.

Si el Señor está hablando este asunto es porque él les quiere bendecir. El Señor quiere que ustedes sean un equipo en su hogar. Tú y tu marido, un equipo. Y el Señor va agregando a los hijos, el equipo crece. Después el Señor agrega otras familias para ver ese testimonio, y la iglesia va creciendo.

Nosotros no sólo podemos alabar aquí, aquí nosotros estamos danzando maravillosamente. Tu esposa te está mirando danzar; pero en tu casa no es así. Allí tú no danzas, allí la haces danzar a ella. Hermanos, nosotros no podemos ir a la reunión con hipocresía. Necesitamos la reconciliación. Los maridos necesitan pedir

perdón a sus esposas, pedir perdón a sus hijos, y las esposas necesitan perdonar y también pedir perdón a sus maridos y pedir perdón a sus hijos.

Yo no sabía educar a mis hijos; pero pensaba que sabía. En el año 1995, el Señor nos visitó a mí y a mi esposa y nos puso delante todos los errores que cometimos contra nuestros hijos. Nosotros estábamos llenos del Espíritu Santo, y cuando llegamos a casa llamamos a nuestros hijos, nos arrodillamos, les pedimos perdón y les pedimos que orasen por nosotros. Ellos oraron y nos perdonaron. En 1998 el Señor nos visitó poderosamente; nuestros hijos fueron llenos del Espíritu Santo y el Señor hizo una gran obra en sus vidas.

Yo pensaba que sabía educar a mis hijos, tenía mi propia justicia. Yo conocía la Biblia, y les imponía a ellos practicarla; pero yo necesitaba dar el ejemplo. Ellos me pedían perdón, pero yo nunca les pedía perdón.

Un día le hablé muy ásperamente a una de mis hijas; ella me miró con sus ojos muy abiertos, asustada, y salió. No pude retractarme porque salió muy rápido, y estuve el día entero intranquilo. Ella había salido con algunos jóvenes, y cuando regresó a casa por la noche, se fue a acostar. Yo tenía vergüenza de verla para retractarme, pero tenía que hacerlo. Entonces fui a su cuarto. Ella tenía la cabeza tapada, y yo, con mucha suavidad, la destapé, la miré a los ojos y le pedí perdón.

Es muy difícil tomar la cruz por causa del orgullo y humillarte delante de tus hijos; pero el Señor tiene que hacer esa obra en nuestros corazones. Nosotros necesitamos estar en armonía con nuestros hijos; los maridos necesitan estar en armonía con sus esposas, y las esposas necesitan estar en armonía con sus maridos.

(Síntesis de un mensaje impartido en el Retiro de Rucacura, en enero de 2007).

* * *

Una palabra eficaz

Cierta vez F. B. Meyer fue invitado a participar de la Conferencia de Keswick, en Inglaterra. ¿Cuál fue el primer mensaje que él predicó aquella vez? Él dijo: "Debemos comprender algo si pretendemos que Dios nos bendiga y avive. Necesitamos entender que, mientras no paguemos las deudas pendientes no recibiremos bendición ni seremos avivados". Esa palabra fue muy eficaz, pues, al día siguiente, todas las órdenes de pago se agotaron en el correo de Keswick.

A juzgar por este incidente es posible concluir que muchos cristianos son injustos. Muchas personas dirán: "¡No matamos a nadie ni pusimos fuego a ninguna casa!". Pero déjeme decirle que, si usted debe algo a alguien, eso puede causar la pérdida de la comunión con Dios. La sangre de Cristo purifica nuestros pecados, pues nos limpia la conciencia, pero no limpia nuestro corazón. Nuestro corazón sólo será purificado cuando mejoramos nuestras relaciones terrenas.

Watchman Nee, Vida cristiana equilibrada



El ministerio del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

El Señor es el Espíritu

«Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días» (Hechos 1: 4).

Rodrigo Abarca

En el comienzo del libro de los Hechos se produce una coyuntura histórica. Por un lado, el Señor se va a los cielos para sentarse a la diestra del Padre, y, por otro lado, los discípulos quedan en la tierra para comenzar la tarea de edificar la iglesia. Entonces, lo que el Señor dice allí cobra suma importancia, porque tiene que ver con aquello que va a regir, gobernar y permitir que efectivamente la iglesia sea edificada.

Por ello, el Señor les advierte que por ningún motivo hagan nada hasta

que ocurra un evento fundamental: *«Y estando juntos, les mandó...»*. Fíjense bien aquí, no les aconsejó, sino que les mandó, que no se fueran de Jerusalén, es decir, que no empezaran nada todavía.

Recuerden que el Señor les había dicho antes: *«Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura ... me seréis testigos ... Id y haced discípulos a todas las naciones»*. Pero aquí les dice: 'Antes de ir, antes de empezar nada, tienen que esperar, porque ustedes no pueden ir y hacerlo solos,

por su propia cuenta. Tienen que esperar que venga el Espíritu Santo, la promesa del Padre, y entonces deberán ir'.

Primero, esperar «*la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua...*». Y entonces les explica cómo va a ser: «*...mas vosotros seréis bautizados...*». El Señor usa aquí la palabra griega 'bautizar', cuya idea es cubrir algo con agua o sumergirlo completamente. Entonces: 'Así como fueron sumergidos por Juan en el río Jordán, ustedes van a ser sumergidos en el Espíritu Santo». Esa es la figura. A partir de aquí, va a comenzar todo.

Él dijo que lo había prometido antes. Miremos en Juan 14:15: «*Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre – recuerden que él habló de la promesa del Padre –, y os dará otro Consolador*». Observen bien esta expresión del Señor, porque es muy importante. Si el Señor dice «otro», es porque ya hay «uno». No diría otro si no hubiera uno. Pero, puesto que hay uno, habla, por tanto, de otro.

Ahora bien, la palabra griega que aquí se traduce como Consolador es *parakletos*. Significa, además de Consolador, uno que se pone al lado de otro para levantarlo, uno que anima, uno que exhorta, uno que ayuda, uno que defiende, uno que hace de abogado a favor de otro. Todo eso, en conjunto, es el significado de la palabra *parakletos*. Y ese *parakletos* fue primero el Señor Jesucristo.

Él estaba con sus discípulos, los guardaba, los protegía, los defendía, abogaba a favor de ellos. Cuando es-

taban desanimados, los levantaba; cuando estaban debilitados, los fortalecía; cuando estaban confundidos, aclaraba sus dudas; cuando tenían preguntas, las respondía; cuando se equivocaban, los corregía.

Pero ahora él les dice: 'Yo me voy'. Y agrega: «*Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón, pero yo os digo la verdad...*». ¡Bendito sea el Señor, él es la verdad! Lo que él dice es verdad. 'Confíen en mí', es lo que está pidiendo el Señor: «*Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuere, el Consolador no vendría; mas si me fuere, os lo enviaré*». Otro Consolador, para que esté con nosotros para siempre. Otro que vendría a hacer lo mismo que el Señor Jesús hacía, y a ser lo mismo que el Señor era para sus discípulos. No algo inferior, ni de segunda mano.

A veces, tenemos una idea teológicamente correcta del Espíritu Santo, es decir, «ya sabe hermano, aquella tercera persona de la Trinidad que es Dios con el Padre y con el Hijo, y que tiene la misma esencia del Padre y del Hijo'. Esta es una buena respuesta teológica, pero, en nuestra experiencia práctica de iglesia, tanto individual como corporativa, ¿qué sabemos del Espíritu Santo? ¿Es para nosotros verdaderamente el mismo *parakletos* que era el Señor; o es algo de segunda mano? (Pensamos, ¡qué lástima que el Señor no esté con nosotros!).

La ineludible necesidad de la unción

Vamos a leer un pasaje del Antiguo Testamento para entender mejor este punto, en el libro de Éxodo 40:9.

¿Qué significa ser sumergidos en el Espíritu Santo? Significa desaparecer. Es decir, de alguna manera el Espíritu Santo es quien toma el control de todo; nosotros quedamos allí, pero estamos desbordados, y enteramente subordinados al Espíritu Santo de Dios.

De hecho, todo el capítulo 40 de Éxodo nos describe el momento en que el tabernáculo fue erigido. Moisés preparó todos los materiales, las cortinas, los muebles, el arca, la mesa con los panes de la proposición, el candelabro, el altar, y todo lo que se requería para levantar la tienda de reunión. Cuando todo estuvo preparado, entonces erigió el tabernáculo.

Como ustedes saben, el tabernáculo del Antiguo Testamento es figura de la casa de Dios, que en el Nuevo Testamento es la iglesia. Entonces, observemos cuál fue la primera acción que se llevó a cabo en el momento en que fue levantado el tabernáculo, la casa de Dios:

Versículo 9: *«Y tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo, y todo lo que está en él; y lo santificarás con todos sus utensilios, y será santo»*. Antes de que el tabernáculo entrara en función, debía ser ungido. *«...y todo lo que está en él»*. Aquí necesitamos percibir que el énfasis está en la

palabra 'todo'. No sólo es la unción sobre el tabernáculo de una manera general, sino también de todo lo que está dentro del tabernáculo. El tabernáculo estaba hecho de muchas piezas pequeñas. Había utensilios, instrumentos y objetos para usos diversos, y se le dice a Moisés que debe ungir no sólo el tabernáculo en general, sino cada utensilio en particular. *«Ungirás también el altar del holocausto y todos sus utensilios; y santificarás el altar, y será un altar santísimo. Asimismo ungirás la fuente y su base, y la santificarás»*.

Es decir, todos los elementos que aquí tipifican la vida de la iglesia tenían que ser ungidos primero, antes de funcionar. Sin unción, los objetos del tabernáculo no pueden servir al Señor; sólo a través de la unción se hacen útiles y apropiados para el Señor.

El aceite de la unción es, en la Escritura, una figura del Espíritu Santo. Entonces, ¿qué significa que todo debe ser ungido? Que todo debe ser cubierto, como dijo el Señor, por el Espíritu Santo en la vida de la iglesia, antes de comenzar a funcionar como es debido.

Cuando el Espíritu Santo viene, significa que todo queda ungido y sumergido en el Espíritu Santo. Lo que queda sumergido, en este caso, por supuesto, no son objetos materiales como en el Antiguo Pacto, donde todo era tipo y figura. No son los edificios, los asientos, los lugares de reunión, los instrumentos de música. Lo que es ungido es la casa espiritual de Dios, que son los hijos e hijas de Dios.

¿Qué significa ser sumergidos en el Espíritu Santo? Significa desaparecer. Es decir, de alguna manera el Espíritu Santo es quien toma el control de todo; nosotros quedamos allí, pero estamos desbordados, y enteramente subordinados al Espíritu Santo de Dios. La iglesia es un organismo espiritual. No es algo producido por el alma humana. Y espiritual es un adjetivo de «espíritu»; es decir, aquello que viene del Espíritu se llama espiritual. No lo que viene del alma.

Somos espirituales cuando el Espíritu Santo tiene el control de todo. Dejamos de ser espirituales cuando el Espíritu deja de ser el que gobierna y dirige las cosas en medio de la iglesia.

La enseñanza de Hechos

¿Y qué hace que el Espíritu de Dios esté presente, o, por el contrario, se ausente de nuestra vida de iglesia? En el libro de los Hechos podemos encontrar una respuesta a esta pregunta. En el capítulo 2 tenemos la venida del Espíritu Santo, que descien- de y se deposita sobre los hermanos y hermanas, y en ese momento nace efectivamente la iglesia sobre la tierra. Los hermanos estaban reunidos orando, pero no fueron realmente iglesia hasta el momento en que el Espíritu Santo descendió.

Por tanto, nosotros podemos juntar hermanos y podemos crear una congregación; pero eso, por sí solo, no es la iglesia. No, hasta que la venida del Espíritu Santo nos amalgame y nos constituya en iglesia, porque esa es una obra que sólo el Espíritu de Dios puede hacer. Aquella vida de

cuerpo que es la marca de la iglesia, sólo puede producirla el Espíritu Santo de Dios.

Pero allí donde el liderazgo humano, donde la iniciativa humana, y donde el hombre ha tomado el lugar del Espíritu, no hay guía, ni comunión en el Espíritu, ni relacionamiento en el Espíritu; por lo tanto, no hay iglesia en términos reales. Por supuesto, cada uno, si es que ha nacido de Dios, pertenece a la iglesia del Señor Jesucristo; pero estamos hablando en términos prácticos y reales.

Recuerden que en el capítulo 1 de Hechos, el Señor les advierte a los hermanos que va a venir el Consolador. Y cuando el Espíritu Santo vino, por lo menos los apóstoles ya estaban de alguna manera preparados para comprender y conocer la acción del Espíritu, porque era exactamente lo mismo que el Señor Jesucristo realizó entre ellos. La diferencia está en que antes, el Señor estaba fuera de ellos, como una persona de carne y hueso con el cual conversaban, y, por lo tanto, habían severas limitaciones.

Por ejemplo, cuando el Señor Jesús estaba con Pedro, Juan y Santiago en el monte, es evidente que no estaba ni con Bartolomé, ni con Tomás y los otros. Había una restricción física; no podían estar todos en la misma intimidad, en la misma comunión con el Señor. Si él estaba en Galilea, no estaba en Samaria; si estaba en Samaria, no estaba en Judea.

Pero ahora que el Espíritu Santo vino a morar en todos los hijos de Dios, el Señor Jesucristo está allí donde haya un hijo de Dios, y esa es la

enorme diferencia, y por eso es mejor. Entonces, era conveniente que el Señor se fuera, porque si Pedro estaba en Samaria y Juan estaba en Jerusalén y Pablo andaba recorriendo Galacia, ¡allí estaba con ellos el poderoso Hijo de Dios, por medio del Espíritu Santo! Así que el Señor se podía ahora multiplicar por tantos como fuesen los miembros de su Cuerpo, por obra del Espíritu Santo.

Por consiguiente ¿quién debe dirigir todas las cosas en la iglesia? Sólo el Espíritu y nadie más que el Espíritu. Por ello, necesitamos que nuestro conocimiento y relación con el Espíritu Santo sean reales. Y para ello debemos aprender algunas lecciones.

El Espíritu Santo es Dios en persona

«Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles. Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo...?» (Hechos 5:1-3).

Pedro no dice: «para que mintieses al Señor Jesucristo», sino «...para que mintieses al Espíritu Santo». Podemos extraer, al menos, dos cosas de este pasaje. Primero, que el Espíritu Santo no es simplemente una fuerza, una influencia, que actúa por detrás de las cosas de la iglesia, de una manera secundaria e inadvertida, sino que es una persona claramente distinguible. Usted no le puede mentir a una influencia, no le puede mentir al viento ni a la electricidad, pero sí le puede mentir a una persona.

Y lo segundo, que no sólo es una persona, sino también la Divina Persona que está en la iglesia hoy. El Hijo de Dios, en persona, está hoy a la diestra del Padre, y el Padre, en persona, está en el cielo. Y de las tres personas divinas, ¿cuál es la que hoy está efectivamente en la iglesia? Nosotros decimos que el Señor está con nosotros, y que Dios está con nosotros, pero es el Espíritu de Dios quien efectivamente está morando en nosotros. Y porque Dios es uno, el Hijo de Dios y el Padre están aquí también.

Entonces, cuando se miente, cuando se trata de engañar a Dios en la iglesia, se miente al Espíritu Santo en persona. ¿Nos atrevemos nosotros a hablar así hoy en día?

A veces no tenemos esa conciencia, esa tan clara percepción de la iglesia primera sobre la presencia de la divina persona del Espíritu Santo. Ustedes saben lo que significa: «El Señor está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra». Si Dios está aquí, que no hable el hombre, que sólo hable Dios; que no actúe el hombre, que actúe Dios. Si Dios está aquí, que no gobierne el hombre, que gobierne Dios, porque está su Espíritu. Eso fue lo que ocurrió en Hechos. El Espíritu actuó, y Ananías y Safira murieron en ese momento por haber mentido al Espíritu Santo.

El requisito esencial para el servicio

En Hechos 6:1 vemos la primera dificultad que enfrentó la iglesia en Jerusalén.. No hay nada ideal o romántico en esto de la vida de iglesia. Las iglesias son reales, y tienen muchos problemas, pero éstos sirven

para la manifestación de la gracia, la sabiduría, el amor y la paciencia del Señor Jesucristo.

«*En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos...*». Los hermanos murmuraron, y el motivo era que, cuando se repartía la comida, los judíos de origen griego, no nacidos en Judea y considerados como de segunda categoría, eran discriminados.

Pero, prestemos atención a la solución dada por los apóstoles al problema: «*Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones...*» (Hechos 6:2-3).

¿De qué se trataba? De repartir la comida. No era algo como para decir: 'Hermano, necesitamos personas muy capacitadas para esto'. Humanamente hablando, ese tipo de tarea es fácil; repartir la comida es algo que puede hacer cualquiera. Pero, observen, estamos hablando de la iglesia del Señor Jesucristo. No estamos hablando de algo humano, sino de algo divino, y en la iglesia todo tiene que ser bajo la unción del Espíritu Santo. Entonces, ¿quiénes van a servir a las mesas?

«*Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo*» (Hechos 6:3). Observe que para servir a las mesas, para repartir la comida, hay que tener buen testimonio. ¿Y qué más? «*...llenos del Espíritu Santo...*». Hermano amado, en la iglesia

del Señor Jesucristo, aun para clavar un clavo, hay que ser llenos del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque la iglesia tiene que ser unguida por el Espíritu, desde la tienda hasta las estacas.

Cuando enviamos a hacer las tareas en la iglesia a los que no son llenos del Espíritu Santo, ¿saben lo que ocurre? La iglesia desciende en su condición espiritual. Porque aun el servir a las mesas requiere discernimiento espiritual, y para ello hay que ser llenos del Espíritu Santo. ¿Por qué los hermanos se descuidaban y daban a unos más y a otros menos? Porque estaban llenos de prejuicios. Y el único que puede quitar los prejuicios de nuestro corazón y de nuestra mente es el Espíritu Santo de Dios, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Por tanto, este es el segundo principio que hallamos en el libro de los Hechos. En la iglesia todas las cosas tienen que ser hechas por hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo de Dios. Y observe el resultado. Versículo 7: «*Y crecía la palabra del Señor...*». Es decir, algo que parece de poca importancia como el servir las mesas, y repartir la comida, al ser hecho espiritualmente, por hombres llenos del Espíritu, trajo enormes consecuencias: «*... y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén*».

Muchas veces la vida y el crecimiento de la iglesia están paralizados porque, en algunos aspectos que nosotros consideramos secundarios, o de poca importancia, hemos descuidado la presencia del Espíritu de Dios en los hermanos y en las hermanas.

El Espíritu dirige la iglesia

En el capítulo 10 de Hechos está la historia de cómo el Señor abrió la puerta de los gentiles para que éstos vinieran a la fe. Recuerden que Pedro había ido a Jope, una ciudad portuaria, y allí estaba hospedado en casa de Simón el curtidor; y mientras él oraba en la azotea de la casa, le vino la visión de un lienzo lleno de animales considerados inmundos por los judíos, y se le dijo a Pedro: «*Lo que Dios limpió, no lo llames tú común*».

«*Y mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí sobre lo que significaría la visión que había visto, he aquí los hombres que habían sido enviados por Cornelio, los cuales, preguntando por la casa de Simón, llegaron a la puerta. Y llamando, preguntaron si moraba allí un Simón que tenía por sobrenombre Pedro. Y mientras Pedro pensaba en la visión, le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan*» (Hechos 10:17-19).

Tenemos en este punto una primera mención importante: «...*le dijo el Espíritu*». El texto podría decir: 'Le dijo el Señor', pero nos dice directamente: «*le dijo el Espíritu*». Si usted lee el libro de los Hechos, va a encontrar que esa es la manera normal en que los apóstoles o los hermanos eran gobernados. A veces se dice: «El Señor apareció en una visión y le dijo...». Pero la mayoría de las veces es: «Le dijo el Espíritu...». Es decir, se reconoce que la voz del Espíritu Santo de Dios hablando en el corazón, es la voz del Señor.

La Escritura declara: «Dijo el Espíritu», para enfatizar que es la persona del Espíritu la que está actuando en esta situación. Y observen

cómo el Espíritu habla en primera persona. Versículo 20: «*Levántate, pues, y desciende y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado*». ¿Se da cuenta? El Espíritu asume toda la autoridad y habla en primera persona.

Y el Espíritu envió a Pedro. No es simplemente algo que actúa como una influencia, sino alguien que toma identidad y autoridad en primera persona. «*Yo los he enviado*». Habla con la autoridad de Dios, porque el Espíritu Santo es Dios, Y Dios no puede hablar sino como Dios.

El Espíritu Santo posee de todos los atributos y las prerrogativas de Dios. No puede ser colocado, ni considerado en un lugar inferior al de Dios. Si nosotros no consideramos al Espíritu como debe ser, el Espíritu no puede obrar entre nosotros. Si no lo honramos como debe ser honrado, reconociendo efectivamente su autoridad divina, él no podrá actuar en la iglesia. Si nosotros no reconocemos que él es Dios, él no puede actuar como Dios, y si no actúa como Dios, él no actúa de ninguna manera, porque Dios sólo actúa cuando es reconocido como tal. Por eso Pedro no discutió. Era Dios. Y obedeció.

Y aquí hay una clave que nos muestra cómo andar en el Espíritu. Pedro no entendía lo que el Espíritu le pedía. Toda su formación religiosa le decía que eso era absolutamente impropio e inadecuado. Iba contra todo lo que él entendía – aun su concepto de iglesia, porque para él hasta ese momento la iglesia sólo estaba constituida por judíos y en la práctica no pasaba de ser una secta judía.

Pero, gracias a Dios, eso no era lo que el Espíritu tenía en mente.

Pero lo interesante es que Pedro era un hombre sujeto al Espíritu; y aunque no entendía hasta dónde llegaba el propósito de Dios se dejó guiar por el Espíritu y como consecuencia, ese día las puertas de la iglesia se abrieron para los gentiles, no por iniciativa de Pedro, sino por iniciativa del Espíritu Santo de Dios.

Porque el Espíritu sí sabía todo lo que tenía que venir y era obra del Espíritu traer a los gentiles y unirlos al cuerpo que es la iglesia. Porque el mismo Espíritu que actuó en Pedro para abrir la puerta de los gentiles sin que éste entendiera, es el mismo Espíritu que un día reveló a Pablo el misterio escondido desde los siglos en Dios: Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio.

A veces perdemos de vista cómo ocurrieron las cosas. El Señor Jesús enseñó muchas cosas maravillosas, pero la revelación del misterio eterno de Dios vino por el Espíritu Santo a los apóstoles y profetas. Y fue ese mismo Espíritu quien le reveló mucho tiempo después a Pablo el significado de este evento en la casa de Cornelio, donde actuó en su propia soberanía divina, por su propia condición de Dios, tomando las riendas de la iglesia y llevándola adelante aun en contra de los prejuicios y las ideas preconcebidas de Pedro.

El Espíritu establece ministerios

«Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros:

Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo...» (Hechos 13:1-2).

Y aquí hay algo muy interesante. El Señor Jesús había establecido a doce a quienes llamó apóstoles durante su ministerio en la tierra. Esos doce apóstoles estaban en Jerusalén, y eso fue algo que hizo el Señor. Pero ahora el Señor se fue al cielo, y él está a la diestra de Dios el Padre.

Pero, observe lo que ocurre aquí en Antioquía, una iglesia mayormente gentil. Aparentemente, los hermanos que son nombrados como maestros y profetas, son todos judíos; pero la mayoría de los hermanos y hermanas eran gentiles. Vemos la acción el Espíritu aquí, una vez más, obrando aun en contra de los prejuicios de muchos hermanos, y aun de los mismos líderes de Jerusalén. Pero aquí hay una cosa mucho más extraordinaria todavía. El Espíritu Santo les dice: *«Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado»* (v. 3). El Espíritu mismo toma la iniciativa y nombra a dos apóstoles, además de los doce que el Señor había nombrado. Y estos apóstoles, tiempo después, fueron reconocidos por los de Jerusalén como verdaderos apóstoles del Señor (Gál. 1:17, 2:9), los cuales reconocieron la obra soberana del Espíritu de Dios en Antioquía.

Pero, observen: el Espíritu no le consultó a nadie. Él actuó con autoridad divina, y envió a estos dos nuevos apóstoles. Porque el Espíritu Santo ya tenía todo preparado. Producto

de esto, iba a surgir todo el gran movimiento de las iglesias gentiles, iniciado por el Espíritu con hombres enviados por el Espíritu, ungidos y gobernados por el Espíritu.

Enviados por el Espíritu

Más adelante, cuando usted lee sobre sus viajes encuentra que se dice: «Nosotros, queriendo entrar en tal provincia, el Espíritu Santo lo prohibió. Después quisimos ir a la otra y el Espíritu Santo no nos permitió». Es decir, en la obra de Dios, no es que usted hace o se mueve como quiere. Si va enviado por el Espíritu, usted tiene que caminar por el Espíritu, entrar donde el Espíritu le permita entrar y no entrar allí donde el Espíritu le impida entrar, porque es el Espíritu el que edifica la iglesia.

Además, en el momento en que los ancianos fueron establecidos en las nuevas iglesias, se buscó que fueran hombres llenos del Espíritu Santo de Dios. Porque todas las funciones, todos los ministerios, todos los movimientos y todo lo que se hace en la iglesia tiene que estar bajo la unción del Espíritu Santo de Dios.

Debemos preguntarnos, en consecuencia, con relación a todo lo que hoy estamos haciendo: ¿Nos envió el Espíritu? ¿El Espíritu nos mandó? En esto donde estamos trabajando hoy día: ¿el Espíritu nos colocó? Hermanos ancianos, las decisiones que están tomando en la dirección de los asuntos de la iglesia: ¿el Espíritu se

las ordenó? Obreros, lo que hacemos hoy: ¿el Espíritu nos envió a hacerlo? Hermanos y hermanas que sirven en cualquier servicio: ¿el Espíritu nos está llevando a atender las necesidades de los hermanos? ¿O es más bien la acción de nuestra alma, de sus emociones, o sus conceptos e intereses?

¿Es el Espíritu quien gobierna todo en la Iglesia, o somos nosotros? Eso hace toda la diferencia. Llegó un día desastroso, trágico, de ruina para la iglesia, a fines del primer siglo. Los hombres tomaron el lugar del Espíritu y este no pudo seguir gobernando la iglesia. Aparecieron los obispos, los jefes de la iglesia, para gobernar, para dirigir, para determinar, para mandar. En ese día, el Espíritu Santo dejó de ser el Señor de la iglesia y se retiró.

Gracias a Dios por los obreros, por los ancianos, por los ministros y todos los que sirven. Pero quien debe gobernar, dirigir, mandar, quien tiene los planos, quien sabe todo, es el Espíritu Santo. Si nosotros nos desligamos de él, vamos a olvidar de inmediato la esencia de todo, porque la memoria de las cosas divinas están en el Espíritu. Los planos de las cosas divinas y la tarea por cumplir está en el Espíritu. Toda la plenitud de Cristo está en el Espíritu. El es el otro Consolador que ha venido para conducirnos a la gloria eterna.

Por ello, ¡necesitamos ser hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo!



Los efectos de la muerte de Cristo

Roberto Sáez

El anticipado y determinado consejo de Dios

La muerte de Cristo obedece al «*anticipado y determinado consejo de Dios*» (Hechos 2:23).

No fue un accidente en la historia; sino un acuerdo tomado en aquel consejo eterno de la Deidad, formado por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Deidad, reunida en aquel consejo en la eternidad pasada, decidió crear al hombre (Génesis 1:26) Allí también se supo que el hombre al tener libre albedrío –una cualidad de Dios– podría caer en pecado; se previó la caída y se dispuso la solución, y ésta fue que la segunda per-

sona de la Deidad, el Verbo de Dios, iría al sacrificio para rescatar al hombre de su caída. Por esto es que Pedro dice: «*el cordero sin mancha y sin contaminación... destinado desde antes de la fundación del mundo*» (1ª Pedro 1:20) .

La muerte de Cristo, en primer lugar, implica la satisfacción de la justicia divina.

Satisfacer la demanda de la justicia divina: ¿Qué significa esto? Que Dios fue ofendido en su autoridad y en su carácter santo, que una vez más una criatura se rebelaba contra los designios de Dios. El pecado del

Algunas preciosas consecuencias de la obra de la Cruz.

hombre, así como el de Satanás, es un pecado contra la autoridad de Dios antes que contra la santidad de Dios. Pecar contra la autoridad de Dios es más grave que pecar contra su santidad. Éste es un asunto de moralidad, pero aquél es un asunto que desafía el trono de Dios.

Dios es justo y su justicia demanda el castigo por el pecado. El pecado provocó un caos en el orden de Dios. Esto interfería con la voluntad de Dios, con lo que Dios se había propuesto hacer: Dios estaba ofendido. Su justicia demandaba el castigo por el pecado. Debía haber algo en el universo que pudiera satisfacer las demandas de la justicia divina. ¿Qué sería aquello? Por cierto, no el oro, ni la plata, ni alguna otra cosa, por preciosa que sea. Nada, en todo el universo, podía ser suficiente como para detener el justo juicio de Dios. Entonces aparece la ofrenda del cuerpo de Cristo, ofrenda como de un cordero sin mancha, una víctima inocente que derramaría su sangre primeramente para Dios.

La muerte de Cristo está representada en el libro de Levítico en lo que se conoce como la ofrenda de *holocausto*. El holocausto es una ofrenda voluntaria que no tiene nada que ver con el pecado. El oferente ofrece a Dios un presente de pura gratitud y adoración, tan sólo porque desea agradar a Dios. En este sentido, el sacrificio de Cristo no obedece a ninguna presión, ni del cielo ni de la tierra. Él, por el conocimiento que tuvo siempre del corazón de Dios, supo cómo podía agradarlo. Jesús, cual cordero, se ofreció a Dios en ofrenda

de holocausto. Su sangre no la ofreció en primera instancia a los hombres, sino primeramente a Dios, con el objeto de satisfacer la justicia divina. El Padre estimó que este sacrificio fue suficiente para detener el justo juicio que los pecadores se merecían. En virtud de la perfecta ofrenda del cuerpo de Cristo, la justicia divina quedó completamente satisfecha.

En segundo lugar, la muerte de Cristo implica la redención del hombre.

Una vez satisfecha la justicia divina, Dios acepta el sacrificio de Cristo como pago por el rescate del hombre.

La palabra «redención» significa rescate. La deuda del hombre respecto a Dios era impagable. Nadie ha podido calcular jamás cuál sea el monto de la deuda de cada ser humano con Dios. Sin embargo, una cosa es segura, y es que Dios aceptó el sacrificio de Cristo y ha dado por cancelada la deuda de todos los pecadores, siempre y cuando éstos crean y acepten los términos en que se cancela la deuda. Dios atribuye a la sangre de Cristo el precio suficiente, el valor más alto; quien se acoja por fe a esta ofrenda del amor de Dios, recibe efectivamente el rescate de la condición de deudor y perdido.

Redimir implica, a lo menos, cuatro cosas:

Nº 1: Sustitución. Esto significa que otro se pone en mi lugar, que en el lugar que yo merecía estar, en la condenación, para pagar por mi culpa, otro tomó mi lugar y me reemplazó. En este sentido, Cristo murió por

nosotros. En este sentido, la muerte de Cristo es una muerte exclusiva porque sólo él estaba preparado para ofrecer un sacrificio santo. Como nuestro sustituto, Jesús muere solo en la cruz.

Nº 2: Propiciación. Esto significa que alguien propicie entre Dios y los hombres; que haga de mediador, que sirva de punto de encuentro. En el culto hebreo, había un lugar en el arca del testimonio, llamado el «propiciatorio», era el lugar donde el Sumo Sacerdote colocaba la sangre del cordero una vez al año para perdón de los pecados.

En ese lugar, Dios descendía al pecador para perdonarlo y recibirlo limpio de todo pecado, purificado a través de la propiciación hecha en la sangre del cordero. Cristo fue sacerdote y víctima al mismo tiempo «*y él es nuestra propiciación por nuestros pecados*» (1ª Juan 2:1). En este punto, la santidad de Dios no destruye al pecador porque es visto a través de la sangre que está en el propiciatorio, y entonces, puede acercarse a Dios para experimentar el alivio que otorga el perdón y el gozo de adorar a Dios sin temor a ser rechazado.

Nº 3: Reconciliación. Estábamos enemistados con Dios, su santidad nos rechazaba al punto de separarnos infinitamente de su presencia. Nosotros vivíamos –cuando no le conocíamos– sin esperanza y sin Dios, vagando en el mundo sin saber para dónde íbamos, caminando sin destino, perdidos, errantes; no queríamos buscar a Dios porque lo ignorábamos. Entonces Dios, movido por su amor, estando nosotros muertos en

La ley no ayuda al hombre, al contrario lo aplasta, lo condena, lo exige, lo esclaviza, lo mata.

pecados, nos envió en Cristo un poderoso Salvador, para que hiciera la paz entre él y nosotros.

El pecado era lo que nos separaba de Dios, pero Cristo con su sacrificio en la cruz, clavó el acta de los decretos que había en contra de nosotros y logró establecer un puente entre Dios y los hombres, para que los que estábamos lejos de Dios pudiésemos transitar hacia el regreso, hacia la reconciliación con Dios. De este modo fuimos reunidos a Dios para ser sus hijos y para que se cumpliera en nosotros la voluntad de Dios, la cual es que seamos configurados a la imagen de Cristo.

Nº 4: Rescate. Dios nos había destituido de su gloria, a causa de nuestro pecado, pues le habíamos ofendido gravemente. La justicia de Dios demandaba que se pagara por esa ofensa, demandaba el castigo del pecador. Como éste no podía pagar, a Dios no le quedaba más que condenarnos, pero Dios, en su amor, vino en la persona de Cristo y pagó el precio de nuestro rescate, ¿Cuánto sumaba la deuda? Nadie lo sabe, sólo Dios, que atribuyó a la sangre de Cristo un valor que sólo él conoce, dentro de lo que son los parámetros de la justicia divina. Fuimos rescatados de las garras del enemigo, de la muerte y el Hades, de una eterna

condenación, de una separación eterna de Dios. Fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir, rescatados del mundo yermo y de una vida sin propósito; de la potestad de las tinieblas al reino de la luz del amado Hijo de Dios.

En tercer lugar, la muerte de Cristo implica el fin de la Antigua Creación y el comienzo de la Nueva Creación.

Existe el Primer Adán y el Postrer Adán. La antigua creación, se alinea con el primer Adán y termina en el postrer Adán. A partir de Cristo, quien es el Segundo Hombre, ha comenzado una nueva creación. La resurrección de Cristo sacó a luz una nueva creación.

La antigua creación está asociada a lo que en la Escritura se conoce como el Viejo Hombre, y la nueva creación está asociada con lo que en el Nuevo Testamento se conoce como El Nuevo Hombre. El viejo hombre es Adán con todos sus descendientes, y el nuevo hombre es Cristo y su cuerpo que es la iglesia. *«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura (creación) es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas»* (2ª Cor. 5:17). *«Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino, una nueva creación»* (Gál. 6:15). *«Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras...»* (Ef. 2:10a) *«Para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre»* (Ef. 2:15b). *«Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él... Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él»* (Rom. 6:6, 8).

Uno de los pasajes más significativos al respecto, es el que nos relata Lucas (2:21-38) en la presentación de Jesús en el templo. Allí tenemos a un anciano y a un bebé; símbolos de lo viejo y lo nuevo, de lo antiguo y de lo reciente. Simeón declara: *«Ahora, Señor, despidas a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación»* (vs. 29, 30).

El anciano se despide como representando el antiguo régimen, el de la ley, el de las obras, la carne, el viejo hombre, la antigua creación. Todo lo viejo queda atrás y da paso a lo nuevo: La salvación por medio de Jesucristo, el Nuevo Hombre, la nueva creación, el nuevo régimen.

Pablo, en la epístola a los Colosenses 3:9-10 dice: *«No mintáis los unos a los otros, habiéndolos despojado del viejo hombre con sus hechos y revestido del nuevo (hombre) el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno»*. En estos pasajes se da por hecho que el viejo hombre, perteneciente a la antigua creación, está muerto, crucificado juntamente con Cristo. La antigua creación fue juzgada en la cruz y terminó con el postrer Adán. La muerte de Cristo, en este sentido, fue una muerte inclusiva, pues llevó con él a toda la raza de Adán.

Cuando Cristo resucitó, sacó a luz la vida y la inmortalidad, levantó con él una nueva creación. Él fue el grano de trigo que cayó en tierra, que murió y resucitó, y levantó conjuntamente con él una gavilla. Este es el fruto de la aflicción del alma de Cristo, la iglesia.

La vida cristiana es de fe y para fe

Muchas veces, el cristiano va a dudar si está vivo o está muerto al pecado, y teme que el viejo hombre se levante nuevamente. Aprenderemos que la vida cristiana es asunto de fe y para fe, comienza con fe y se mantiene por la fe. La experiencia de lo que pasa a diario con nosotros pudiera hacernos tropezar, pero la fe no mira la experiencia, sino la revelación de lo que Dios dice en su Palabra. El creyente le cree a Dios contra todo lo que se opone a lo que Dios dice.

La palabra de Dios dice que estamos muertos y el creyente lo da por hecho. Va a ser probado muchas veces en su fe, pero el creyente ha de perseverar en su fe siempre. Si cae, Dios lo levanta. Dios tiene la solución cuando un justo tropieza. No somos impecables, pero tampoco andamos cayéndonos a cada momento. Ahora tenemos la vida de Cristo que nos libra del dominio del pecado. No estás obligado a pecar, pero si llegaras a pecar, recuerda que la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado. La confesión del pecado trae el perdón y la paz al corazón.

En cuarto lugar, la muerte de Cristo destruyó la muerte y al que tenía el imperio de la muerte.

Satanás tenía las llaves de la muerte y del Hades, tenía y ejercía un derecho a condenar, reinaba en las mansiones de la muerte, ejerciendo un derecho de matar y destruir a todo pecador, pues Dios mismo, de acuerdo con el derecho divino, había decretado: «*Cada cual morirá por su propia maldad*» (Jer. 31:30).

Satanás, conociendo que Dios no puede volverse de su palabra, ejercía ese dominio en las cavidades de la muerte. Nadie había podido escapar de ese lugar a causa del pecado que era el común denominador en toda la raza de Adán. Pero Cristo vivió una vida santa, y en él se cumplió una profecía que decía: «*Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol*» (Oseas 13:14). (Ver Hb. 2:14).

La muerte sujeta o retiene solamente a los pecadores; como Cristo no tuvo pecado porque el es el Segundo Hombre, que es del cielo. Cristo no heredó el estigma pecaminoso de la raza de Adán, porque él fue concebido por la obra y la gracia del Espíritu Santo en el vientre de María. Y aunque fue tentado en todo, y tuvo la posibilidad de hacer su propia voluntad, se negó a sí mismo para agradar al Padre que le había enviado para deshacer las obras del diablo, para ejecutar juicio contra la criatura rebelde y destruir por medio de la muerte al diablo, en el sitio mismo de su imperio: «*Y despojando a los principados y potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz*» (Col. 2:15).

Jesús despojó a Satanás de sus derechos, le quitó el poder legal que tenía para condenar. Ahora el diablo no tiene ningún poder para acusar a los escogidos de Dios, ni para procesarlos, ni menos para dictar sentencia, porque ahora las llaves de la muerte y del Hades las tiene Cristo. Dios lo levantó de los dolores de la muerte, y lo ha exaltado a su diestra y lo ha coronado de honra y de gloria, y lo ha declarado Señor y Cristo. El diablo

fue avergonzado públicamente en los cielos. Su derrota fue exhibida en toda la corte celestial. Ahora sabe que Cristo le venció y es por esta razón que huye al nombre de Jesús.

Había una ceremonia en los días del Imperio Romano, que refleja muy bien lo que aconteció con la victoria de Cristo sobre la muerte y su emperador. El general romano entraba a Roma por la vía Apia con su ejército vencedor y era aclamado por el pueblo con vítores, por la hazaña de ganar la batalla. Dicha ceremonia se denominaba «el Triunfo». El general exhibía a sus enemigos derrotados tras el desfile de sus tropas. Los reyes vencidos venían con vestiduras viles, atados por cadenas, humillados y avergonzados.

Ahora, cuando Jesús ascendió a los cielos, fue recibido arriba con aclamaciones, y recibió la corona de la honra y la gloria de manos de su Padre. Llevó tras sí al diablo y sus ángeles caídos, y exhibió a sus enemigos derrotados ante la corte celestial.

En quinto lugar, la muerte de Cristo implica el fin del sistema sacrificial judío correspondiente al Antiguo Pacto (Antiguo Testamento), y la inauguración del Nuevo Pacto (Nuevo Testamento).

El Antiguo Pacto fue un régimen establecido por Dios, a través de Moisés, con el pueblo de Israel. A ellos Dios les dio sus leyes, para que le fueran testigos entre todas las naciones. Les dio promesas y privilegios, pero también un régimen de exigencias a través de la Ley. Había leyes

morales y leyes ceremoniales, dentro de estas últimas estaba la reglamentación para el ejercicio del culto a Dios a través de ceremonias, rituales y símbolos – todo lo cual era una sombra de lo que se iba a manifestar venido el Nuevo Pacto hecho en Jesús.

El sistema de la ley ceremonial le permitía al pueblo acercarse a Dios a pesar de sus muchas faltas y de su indignidad. Ellos nunca pudieron cumplir la ley moral, pero estaba la ley ceremonial para cubrir sus faltas. La ley moral puso a prueba la naturaleza humana. ¿Qué propósito tuvo Dios al poner a prueba con la ley a este pueblo? He aquí las razones: *«Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis... y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos»* (Deut. 8:1-2).

Dios tiene como objetivo que el hombre viva. Eso significa que el hombre no está vivo al momento de darle la ley. Dios lo sabe, pero el hombre no lo sabe. Dios le ofrece la ley para que viva. Note que el hombre está caído, separado de Dios, pero Dios quiere acercarlo, que venga a Dios para tener comunión con él, para que viva. El pueblo se compromete neciamente diciendo: *«Todo lo que Jehová ha dicho, haremos»* (Ex. 19:8)

Ellos se comprometen a cumplir con todos los requerimientos de Dios expresados en la ley; pero no sabían que jamás los cumplirían. No sabían que *«los designios de la carne son ene-*

mistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Rom. 8:7). Es por esto que Dios los lleva por el desierto, para llevarlos al límite sus fuerzas y para que aprendan la lección de que ellos, como todos los hombres son insolventes moral y espiritualmente ante los requerimientos de Dios.

Corresponde inclinarse ante Dios y llegar ante él con esta conclusión: «Señor Dios, lo que tú pides, es santo y justo, pero nosotros no estamos a la altura de vivir de acuerdo a tus leyes; no somos capaces de cumplir; nos hemos comprometido necliamente en obedecer todo lo que tu dices, pero ya vez te hemos fallado una y otra vez». De alguna manera, esto lo hacían los sacerdotes al officiar los ceremoniales sacrificiales, y los profetas cuando llamaban al pueblo al arrepentimiento. Pero nunca se dieron cuenta que bajo el régimen de la ley jamás alcanzarían la justicia: *«¿Qué pues diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley»* (Rom. 9:30-32)

La ley pone a prueba a la carne (la naturaleza humana), para que ésta se dé cuenta que en sí misma no puede agradar a Dios, por más esfuerzos que haga. Pablo dice: *«Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios, ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por me-*

dio de la ley es el conocimiento del pecado»(Rom. 3:19-20) Bajo la ley recibimos un *tapabocas*; el mundo entero queda bajo el juicio de Dios porque no hay entre los hombres quien pueda obedecer la ley de Dios y vivir por ella. Finalmente, sólo por medio de la ley nos damos cuenta qué es pecado y qué no lo es. El drama es que, sabiendo lo que es bueno, no tenemos la capacidad de hacerlo, y sabiendo el mal no podemos evitarlo.

La ley no ayuda al hombre, al contrario lo aplasta, lo condena, lo exige, lo esclaviza, lo mata. No lo reforma, no lo salva, no lo convierte, ni lo saca de la impotencia moral; sólo le demuestra lo incapaz que éste es. El último y más grande, el más austero de todos los profetas bajo el régimen de la ley, no logró regenerar a ni uno de sus discípulos: ¿Por qué? Porque aún no había entrado en vigencia el nuevo Pacto.

Bajo la ley, entonces, quedó demostrado que el hombre era absolutamente incapaz de justificarse ante Dios. Por esta razón, Dios establece un cambio de régimen para que los hombres se relacionen con él, y este es el régimen del Espíritu. El anterior fue el régimen de la carne, puesto que la ley puso a prueba la carne del hombre. Éste es el régimen del Espíritu, porque Dios ha enviado el Espíritu Santo al corazón de los que han creído en el Hijo de Dios, para que por su Espíritu seamos introducidos en la vida de Cristo, que es también la vida de Dios. En este régimen, la vida se nos regala, se nos da por la gracia de Dios, contrariamente al régimen de la ley, en que la

vida se nos ofrecía a cambio de nuestras obras.

La ley pide, exige y demanda al hombre; la gracia otorga, ayuda, favorece y capacita al hombre; ante la ley el hombre está solo, bajo la gracia el hombre es socorrido por Dios.

Recuerde siempre que hay tres categorías de palabras que siempre andarán juntas, serán inseparables: Ley/Gracia; Carne/Espíritu; Obras/Fe.

Las primeras palabras de cada par corresponden al régimen de la letra de la ley, y por lo tanto, son propias del Antiguo Pacto. Las segundas palabras corresponden al régimen del Espíritu, y por lo tanto, son propias del Nuevo Pacto.

La muerte de Cristo acabó con el sacrificio de animales para la expiación de los pecados: «*Pero Cristo, ha-*

biendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios» (Heb. 10:12). Ya no es necesaria la ley ceremonial, porque ya está presente Cristo con un más amplio y más perfecto sacrificio. La ley moral no ha caducado, porque esta es el carácter mismo de Dios; pero sí acabó el régimen de la letra de la ley, porque ahora, en el régimen del Espíritu, la ley se ha metido dentro de nosotros, está impresa en el carácter de Cristo que nos mora, y el Espíritu reproduce en nosotros la ley de Dios en Cristo Jesús. La ley para los cristianos no está fuera, sino dentro, en el corazón y en la mente de los que aman al Señor.

Vida después de la muerte, es la vida de resurrección con que Cristo ha establecido el Nuevo Pacto, dejando atrás el Antiguo Pacto.

* * *

Prisioneros en la caverna

Platón compara al hombre que jamás ha intentado enfrentar la verdad, con hombres que están prisioneros en profundas cavernas, tan encadenados que no pueden volver la cabeza. Frente a ellos está la pared rocosa. Detrás de ellos y por encima de ellos hay un terraplén en el que arde una fogata. A lo largo del terraplén pasan caminantes que portan pesadas cargas y cantan y conversan, y cuyas sombras se proyectan sobre la pared de la caverna y cuyas voces se reflejan en ella. Los prisioneros de la oscura caverna ven solamente esas sombras vacilantes y las toman por sustancia y realidad; oyen solamente ecos vagos.

Prisioneros en tinieblas escogidas por sí mismos, encumbrados en su vacuidad, ¡cuán pocos son los hombres que se preocupan por conseguir la sabiduría que consiste en ver las cosas tal como son!

Deja que una persona capte una sola vez una visión de la verdadera luz y aprenderá a despreciar la luz mortecina del oropel que ofrece la comedia de este mundo. Deja que un rayo de la eternidad le alumbre, y el mundo y las cosas de este mundo le resultarán insignificantes.

La destrucción y reconstrucción que realiza el Espíritu Santo en los hijos de Dios.



Gracia y verdad

Eliseo Apablaza

Lectura: Juan 1:14, 16-17.

En estos versículos se nos dice que el Verbo se hizo carne y que habitó entre los hombres lleno de gracia y de verdad. Es muy interesante ver cómo se repite esta expresión «gracia y verdad» en el versículo 14 y en el 17, y que la gracia va primero que la verdad. Luego, la palabra «gracia» se repite dos veces en el versículo 16.

Todo esto nos hace ver, por un lado, que la gracia y la verdad van juntas, y luego, que la gracia sobrepasa a la verdad.

Ahora bien, la palabra griega que

se traduce como «verdad» puede traducirse también como «realidad». El Señor, entonces, era lleno de gracia y de *realidad*. En él no había engaño, ni falsedad; no había contradicción, ni nada aparente. Todo en él era consistente, coherente, pleno. Todo lo que el Señor decía era congruente con lo que él hacía. Todo lo que él hablaba era congruente con lo que él era. Él era lleno de gracia y de realidad.

La gracia alternada con la verdad

La gracia está primero, porque la

gracia es el amor de Dios que nos levanta. Nos encontró caídos, perdidos, condenados, y la gracia –el amor inmerecido de Dios– nos levantó; nos sacó de esa posición y nos puso en otra, muy preciosa. La gracia de Dios hizo eso en Cristo Jesús.

Y la verdad –la realidad– viene en seguida. Alguien lo explicó así: En los primeros años de la vida cristiana sólo conocemos la gracia de Dios –nos vemos sentados en lugares celestiales disfrutando lo que Cristo hizo por nosotros–; sin embargo, pasado un tiempo, comenzamos a conocer otro aspecto de Cristo, su verdad.

No es que la verdad no la hayamos conocido antes, sólo que la verdad comienza a manifestarse como realidad. Comenzamos a conocer la realidad de las cosas. Antes de conocerle, nosotros estábamos totalmente engañados bajo la potestad del engañador. Vivíamos tal como el mundo vive, en un mundo irreal, de apariencias; entonces el Señor nos comienza a mostrar la verdad como realidad, y nos comienza a mostrar también nuestra realidad.

Entonces el camino ya no es tan fácil, no es tan gozoso. Cuando el Señor nos comienza a mostrar la realidad tocante a Dios, al mundo y a nosotros –sobre todo, a nosotros– entonces pasamos algunas crisis, algunos dolores, algunas angustias.

Por ejemplo, nosotros hablamos mucho acerca de la santidad de Dios. Pero llega un momento en que comenzamos a conocer dolorosamente la realidad de la santidad de Dios. La santidad de Dios es terrible. Una cosa es cantar que Dios es santo y otra es

comprobar cuán santo es Dios. Entonces tomamos verdadera conciencia que nosotros somos muy pecadores y que nuestro Dios es muy santo. Y que cuando queremos caminar cerca de él, su santidad no permite que caminemos con él llevando nuestros pecados, nuestras tinieblas, nuestras contradicciones e hipocresías. ¡Qué terrible es eso! Como dice en Job: «*En Dios hay una majestad terrible*» (37:22 b).

Cuando el Señor nos comienza a mostrar la verdad acerca de muchas cosas, comenzamos a ser descubiertos. La astucia con la cual nosotros servíamos a Dios queda en evidencia, y muchas otras cosas. Y entonces, como que nos sentimos caer. Y nos preguntamos por qué el Señor me escogió a mí. Tal vez yo sea una rareza dentro del pueblo de Dios, una excepción negativa, uno que tal vez el Señor escogió por error –si es que pudiéramos atribuirle esto a Dios. ¿Qué pasa conmigo?

Entonces, cuando estamos muy abajo, el Señor nos muestra su gracia, y nos dice: «Sí, así tal como tú te estás viendo ahora, así te amé. Así te conocí, y por eso te escogí. Porque yo quería mostrar en gente tan vil como tú cuán grande es mi amor, cuán grande es mi poder, y cuán grande es mi paciencia y mi fidelidad». Y nos levanta, y de nuevo llegamos arriba, y contemplamos la gloria de Dios.

Al poco tiempo, algo más de nuestra irrealdad –pues todavía queda mucha– es descubierta, y nos volvemos a sentir muy avergonzados. Así, el caminar cristiano va alternan-

de manifestaciones de la gracia y manifestaciones de la verdad de Dios.¹

Seis personajes, seis experiencias

El evangelio de Juan puede ser visto enteramente bajo esta tesis. Todo lo que escribió Juan en su evangelio está ordenado para mostrar cómo Cristo expresó la gracia y la verdad de Dios entre los hombres.

Este evangelio fue escrito bastante avanzado el primer siglo, cuando los otros tres ya se habían escrito. De manera que Juan ya los conocía. Curiosamente en este evangelio aparecen seis personajes con los cuales Cristo interactuó, que no aparecen en ninguno de los otros tres. Y estos seis son, a nuestro modo de ver, los personajes claves en este evangelio. La manera cómo el Señor se relacionó con cada uno de ellos nos va mostrando cómo les expresó a ellos la gracia y la verdad de Dios.

El primero es Nicodemo (cap. 3), el segundo es la mujer samaritana (cap. 4), el tercero es el paralítico de Betesda (cap. 5), el cuarto es la mujer adúltera (cap. 8), el quinto es el ciego de nacimiento (cap. 9), y el sexto es Lázaro (cap. 11). Notemos que el seis, en la Biblia, es el número del hombre.

Es muy interesante poder observar esta galería de personajes bajo

este prisma, y poder comprobar, por ejemplo, que el primero de ellos, Nicodemo, nos habla de nacimiento, y el último, Lázaro, nos habla de muerte y resurrección. Entre este nacimiento y esta muerte y resurrección está contenida toda la carrera cristiana. Así, estos personajes nos muestran seis experiencias claves de la vida cristiana – porque el evangelio de Juan fue escrito fundamentalmente para la iglesia.

Nicodemo

Nicodemo fue al Señor con palabras elogiosas, reconociendo que Jesús era un hombre que había venido de Dios. Sin embargo, el Señor le dice, sin rodeos: «*De cierto, de cierto, te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*». Esta expresión, y lo que le dice en seguida, no tiene nada de diplomático. Es como ponerle un espejo por delante, y decirle: «Nicodemo, mírate; tú eres un maestro de Israel, pero tú estás perdidó; tú no eres salvo. Tú no conoces las cosas espirituales. Tú eres un hombre natural. A menos que tú tengas una experiencia espiritual profunda –nacer del agua y del espíritu– no puedes participar del reino de Dios».

Nicodemo demostró toda su ignorancia en las cosas espirituales al preguntar cómo un hombre viejo puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer. Así que el Señor le dice: «*Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*».

El nuevo nacimiento es el comienzo de la carrera cristiana; nosotros

¹ «La palabra griega para real es *alethinós*, y está relacionada muy cerca con la palabra *alethes*, que significa verdad, y con *aletheia* que significa «la verdad». Cuando nuestras versiones se encuentran con *alethinós* lo traducen por *verdadero*; sería más correcto traducir *real*, o *auténtico*. Jesús es la luz *real* (1:9); Jesús es el pan *real* (6:32); Jesús es la vid *real* (15:1); a Jesús pertenece el juicio *real* (8:16). Él es el único que posee realidad en nuestro mundo de sombras e imperfecciones. Cada acción que Jesús llevó a cabo fue, no sólo un acto en el tiempo, sino una ventana que nos permite ver la realidad que es Dios». (William Barclay, *Juan I*). Nota del Editor.

necesitamos una experiencia con el Espíritu Santo para nacer de nuevo, y necesitamos muchas otras experiencias con el Espíritu Santo, para sobrevivir espiritualmente en la carrera cristiana.

Nicodemo era un maestro de la ley –o como sugiere una traducción, era «el maestro de Israel»– y no conocía al Espíritu. Así también los maestros de la Palabra: pueden llegar a ser maestros sin espíritu. Podemos llegar a ser doctos en las Escrituras sin el Espíritu. O conformarnos con una experiencia inicial y luego dejarnos llevar por la comodidad de la carne, y llegar a ser maestros secos. Como Nicodemo, también nosotros somos confrontados por el Señor: «¿Y qué tal? ¿cómo estamos con el Espíritu?». «¿Qué tal, maestros? ¿conocen el Espíritu?».

El Espíritu tiene caminos misteriosos, pues no sabes de dónde viene ni adónde va. Es algo que escapa a la lógica humana. ¿Conocemos los caminos del Espíritu?

Lo primero que Nicodemo conoció del Señor no fue la gracia, sino la verdad. Y luego sin duda está la gracia, pues el Señor le ofrece a Nicodemo la solución. Le dice: «Tú no necesitas subir al cielo. Porque el Hijo del Hombre ya bajó del cielo. No es necesario que tú hagas cosas, que tú te encumbres, sino en recibir al que bajó del cielo». El Señor tiene todas las respuestas y todas las soluciones para todos los Nicodemos.

Si avanzamos un poco más en las Escrituras, en Juan 6:63, podemos encontrar la continuación del versículo 3:6: «*Lo que es nacido de la carne, carne*

La voluntad de Dios es que la Palabra se haga carne otra vez en nosotros, y que lleguemos a ser también llenos de gracia y de verdad.

es; lo que es nacido del Espíritu, espíritu es ... El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida». ¿Por qué Nicodemo necesitaba nacer de nuevo, del espíritu? Porque si es sólo nacido de la carne, la carne para nada aprovecha, sólo el Espíritu es el que da vida.

Nosotros no podemos movernos en la esfera de la carne y de la sangre, porque eso no genera vida. Sería sólo comprensión mental, esfuerzos humanos, pero no vida. Lo único que genera vida es el Espíritu.

La mujer samaritana

Una de las primeras cosas que necesitamos aprender luego de nuestro nacimiento espiritual es la diferencia entre el alma y el espíritu. Y creo que el encuentro del Señor con la mujer samaritana nos enseña un poco eso.

Esta mujer acostumbraba ir al pozo a buscar agua. Entremezclada con esa acción diaria de la mujer aparecen en su historia algunos problemas afectivos. Ella era una mujer sensual, necesitada de afecto – pues había tenido cinco maridos y el que ahora tenía no era su marido. Ella tenía sed del alma. Y esa sed se representa en esa necesidad de ir todos los

días al pozo de Jacob. Sin embargo, el agua de un pozo no es un agua corriente, es un agua estancada que suele estar contaminada. No tiene la pureza del agua de la fuente.

Aquí tenemos el alma, contaminada e insaciable. El alma nos juega muchas malas pasadas. Los cristianos anímicos, o psíquicos, buscan y buscan, y nunca encuentran satisfacción. El Señor dice: «Ese no es el camino. Por el lado del alma no hay solución. Tú tienes que conocer esta otra agua que yo te voy a dar de beber. Es mi Espíritu».

La mujer no conocía el agua de la fuente. Y nosotros no podremos servir al Señor, no podremos ser de utilidad, si no conocemos la diferencia entre el alma y el espíritu, y si no aceptamos que sean separados en nosotros.

Luego, sorprendentemente, la conversación deriva hacia la adoración. Es bien extraño que el Señor haya hablado de la adoración con esta mujer, pero este era el momento de hacerlo. La adoración es un asunto del espíritu, no del alma. La adoración a Dios, tal como la obra de Dios, no pueden ser hechas con las capacidades del alma, sino con el poder del Espíritu. La adoración es espiritual, la oración es espiritual, el servicio es espiritual. Todo tiene que ser del Espíritu y por el Espíritu.

Esta es una lección muy importante para todo cristiano. Así que aquí, de nuevo, este encuentro del Señor con esta persona nos descubre. ¿Qué estamos bebiendo nosotros? Tal vez lo más común sea que estamos bebiendo una mezcla de las dos

aguas. Un poco de esto, y otro poco de aquello. Por eso no somos fuertes espiritualmente, por eso estamos tan debilitados. Por eso nuestro servicio es tan mezclado; hacemos cosas acertadas; luego hacemos cosas erradas. Porque proceden de distinta fuente.

El parálítico de Betesda

Treinta y ocho años parálítico. En la vida cristiana algunas situaciones que pueden ser ocasionadas por pecados – como parece ser el caso de este hombre –, y que generan parálisis. Y habiendo parálisis hay inutilidad, incapacidad, de servir a Dios.

Treinta y ocho años es un período muy largo. Hay una historia real que puede ilustrar esto. Conozco el caso de un hermano que, siendo muy joven, el Señor lo llamó a su servicio. Sin embargo, luego de terminar la Universidad, se dedicó a formar una familia, y a sus labores profesionales. Con el paso del tiempo se empezó a generar en él una angustia, porque sentía que había desechado ese llamamiento inicial, y que ahora ya no había oportunidad. Un día, cuando ya estaba cerca de los 38 años de edad, el Señor le permitió ver, a la luz de este pasaje, su propia parálisis. Entonces él pensó que cuando tuviera 38 años de edad, iba a ser sanado. Pero pasaron los 38 y no hubo sanidad. El milagro recién ocurrió algunos años más tarde.

Al parecer, en este caso no había un pecado moral que causara el problema; sin embargo, él había menospreciado el llamado del Señor, lo cual puede ser considerado un pecado aún mayor.

Parálisis significa que uno no puede hacer absolutamente nada. Y en tal caso, ni tus esfuerzos ni las oraciones de los hermanos parecen servir. Sólo sirve que el Señor soberanamente, misericordiosamente, un día se acerque a nosotros y nos diga: «¿Quieres ser sano?». Y en ese caso, ni siquiera tenemos un sí inmediato – como le pasó a este hombre. Lo hemos deseado tanto, que el sí no nos sale fácilmente. Pero el Señor nos conoce y él nos sana.

Probablemente haya en cada uno de nosotros algún problema, alguna situación, que nos torna paralíticos por largo tiempo. Y en ese tiempo nosotros tenemos que aprender que en nosotros no hay ninguna solución, ninguna esperanza. Sólo podemos decir: «Señor, sólo tu misericordia hará que yo vuelva a caminar». Y el Señor que es misericordioso, nos hace caminar otra vez. Así, él nos muestra su verdad y su gracia.

La mujer sorprendida en adulterio

Ella había sido sorprendida en adulterio, y el brazo de la ley la alcanzó. Ella fue puesta delante del Señor, en espera del cumplimiento del mandato de la ley, es decir, la lapidación. Ese era su fin; era el castigo por su pecado. ¡Qué situación!

Ella fue alcanzada por la ley; sin embargo, fue salvada por la gracia. La ley siempre nos alcanza; siempre descubre nuestro pecado. Romanos 7:5 dice: *«Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte»*. ¿Cuál es el fin de las pasiones peca-

minosas según la ley? ¡La muerte! Sin embargo, la Palabra de Dios agrega: *«Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra» (v.6)*. ¡Gracias a Dios!

La ley es muy fuerte –el poder del pecado es la ley–, pues produce en nosotros una gran abundancia de pecados. Y necesitamos llegar a tener una experiencia de tal magnitud, bajo el poder inclemente de la ley, bajo la furia de la ley, de modo que nos veamos absolutamente incapacitados, condenados, para recién experimentar la maravillosa liberación que el Señor Jesús efectúa en nosotros.

¿Por qué es que Romanos 6 nos habla de que nosotros somos libres del pecado, siendo que la ley es el poder del pecado? Romanos 6 no tiene un efecto liberador a menos que veamos la liberación de la ley en Romanos 7. El razonamiento del Espíritu, que avanza por Romanos 6, tiene que entrar en Romanos 7 para explicar por qué Romanos 6 es posible.

Entonces también nosotros somos la mujer adúltera. Y necesitamos, lo mismo que ella, que el Señor nos muestre su gracia, y nos muestre la verdad.

El hombre ciego de nacimiento

Nosotros nacimos ciegos. Ciegos para ver a Dios, y para ver cómo somos nosotros realmente.

La ceguera y la sanidad de este hombre nos hablan de cosas espirituales, porque el Señor dijo: *«Para juicio he venido yo a este mundo; para que*

los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados» (Juan 9:39). Si estuviera hablando de cosas físicas, entonces, junto con sanar al ciego, tendría que haber cegado a los que veían. Pero no es un asunto físico solamente: es un asunto de visión espiritual.

Este es un asunto que no podemos rehuir. El día que conocimos al Señor recibimos la vista espiritual, pero necesitamos seguir avanzando en el aumento de la visión espiritual para ver al Señor Jesús tal como él es. La visión espiritual de este hombre pasó por, al menos, tres etapas, que son los tres modos cómo él vio al Señor.

Cuando le preguntaron quién lo había sanado, él respondió: *«Aquel hombre que se llama Jesús»* (v. 11). Más adelante le volvieron a preguntar lo mismo, y él dijo de Jesús que *«es profeta»* (v. 17). Cuando se le interroga por tercera vez, él dice: *«Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer»* (v. 33). Este hombre hace tres intentos por identificar a Jesús, tres intentos que van de menos a más; sin embargo, ninguno de ellos da en el blanco. Intuye algo, anda cerca, pero no es suficiente.

Cuando llega a decir: *«Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer»*, lo expulsaron de la sinagoga. Estando fuera, el Señor se le acerca y le dice: *«¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: «¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró».* ¿Cuál es el objetivo de recibir visión espiritual? ¡Ver a Jesús! No sólo verlo como el hombre, no sólo como el profeta, o

como el que había venido de Dios, sino, sobre todo, verlo como el Hijo de Dios.

¿Para qué queremos luz? ¿Para simplemente conocer los misterios de la Biblia? ¿Para llegar a ser maestros de la Palabra? ¿Para hacer milagros? La primera y principal razón por la cual Dios nos concede luz es para que veamos a su Hijo. Este hombre vio a Jesús como el Hijo de Dios.

Si volvemos hacia atrás en el Evangelio de Juan, vemos que el Señor se revela a la mujer samaritana como el Cristo, y a este hombre se revela como el Hijo de Dios. Si juntamos estas dos revelaciones tenemos el todo completo acerca de Jesús. Él escogió a una mujer de dudosa reputación y a un paria social para revelarse en plenitud.

Ahora, ¿por qué creen ustedes que nosotros también hemos recibido esta revelación acerca de Jesús? Porque nosotros reunimos a estos dos personajes dentro de nosotros. Somos como la mujer samaritana y como este hombre ciego. ¡Maravillosa gracia de Dios!

Es muy importante entender también que la luz que recibimos es gradual. ¡Cuántos intentos hicimos en el pasado, de acuerdo a la luz que teníamos, para alcanzar un conocimiento profundo y verdadero del Señor! ¡Cuántos errores cometimos por causa de una visión defectuosa e insuficiente!

Los que reciben un poco de luz suelen mirar a los demás con desdén. El poder darnos cuenta de nuestros errores del pasado nos asegura que ahora vemos un poco más. Cuando la

luz es insuficiente solemos ser duros, menospreciadores, presumidos.

Si nosotros viésemos que la luz espiritual es gradual seríamos más misericordiosos. Porque nadie tiene la misma capacidad de visión que otro, y nadie tampoco tiene la visión completa. Y nuestros juicios derivan de la cantidad de luz que tenemos.

Si nosotros queremos ser más luminosos, debemos aprender de este ciego de nacimiento, que recibió luz no porque él era merecedor de ella, sino porque el Señor le tuvo misericordia, para que las obras de Dios se manifestaran en él. ¿Por qué y para qué Dios nos está concediendo alguna luz? Para que las obras de Dios se manifiesten en nosotros. Para que nosotros podamos decir que Dios da vista a los ciegos, porque él escogió un montón de ciegos como nosotros y nos dio vista.

Lázaro

Lázaro era un hombre privilegiado. Junto con los doce discípulos, y María y Marta sus hermanas, formaban el grupo de las quince personas más privilegiadas en los días del Señor Jesús. El Señor llegaba a la casa de ellos como a su casa. Comía a la mesa con ellos. ¡Comer a la mesa del Señor es un privilegio muy grande! Sin embargo, los más privilegiados, los más cercanos, como Lázaro, tienen que morir. Por el solo hecho de ser tan íntimos, tienen que morir.

La excelencia de este Varón aprobado por Dios es tan alta, que si tú estás allí con él sólo como un hombre natural, no puedes resistirlo. Esta es tu realidad. Tú tienes que morir a lo

tuyo, para que el Señor levante lo suyo en ti. Por eso, el Señor ordenó las circunstancias en la vida de Lázaro para que él muriera.

Nos puede parecer que el Señor fue poco amigable, o poco misericordioso, al no ir a sanarlo cuando estaba enfermo, pero el Señor tenía un propósito al permitir que Lázaro muriera. Nosotros podemos ver cuán gloriosas fueron las consecuencias de la resurrección de Lázaro. La gente iba a Betania no sólo para ver a Jesús, sino también para verlo a él. Un hombre común y corriente es un hombre más, pero uno resucitado es muy atractivo.

Sólo después de la muerte hay resurrección. Y la resurrección trae mucho fruto para Dios y bendición para la iglesia. Esta es la gracia de Dios. Dice la Escritura que cuando Lázaro estaba sentado a la mesa de nuevo, María derramó su perfume sobre el Señor. Podemos suponer entonces que si Lázaro no hubiese resucitado, María no hubiera hecho eso. Y cuando María hizo eso, toda la casa se llenó del aroma.

Betania es la iglesia. Cuando los Lázaros resucitan y cuando las Marías derraman su perfume, entonces toda la iglesia se llena de la vida de resurrección y del aroma de Cristo. Pero no hay atajos, ni escapatorias. Me atrevo a decir que Lázaro murió *porque* era amigo de Jesús.

Nicodemo nos habla del nacimiento, y Lázaro de la muerte y resurrección. Los hijos de Dios tenemos que nacer y tenemos que morir y resucitar – espiritualmente hablando. Sólo ahí se cierra el círculo. No es su-

ficiente saber, con Romanos 6, que fuimos incluidos en la muerte del Señor: tenemos que alcanzar la experiencia positiva y subjetiva de nuestra propia muerte, para poder entrar en la experiencia de Romanos 8, 12 y demás. Así, Romanos 6 y Juan 11 son complementarios.

Tiene que haber una enfermedad de muerte en nuestra vida, una experiencia sin sanidad. No sé cómo será en tu caso, si ya fue o va a tener que ser, pero es inevitable.

En todo este episodio, Lázaro no habló ni una sola palabra, porque este no es asunto de palabras, sino de experiencia. ¡Oh, cuán necesario es el silencio delante del Señor!

La Palabra hecha carne otra vez

Creo que el Señor está haciendo un trabajo muy fino en la iglesia, en cada uno de sus amados hijos. El Señor invierte tanto en nosotros, nos ama de tal manera, que no sólo murió en la cruz por nosotros, sino que

hoy sigue trabajando, derribándonos y levantándonos, quebrándonos y reconstituyéndonos.

En este tiempo ha habido en muchos hijos de Dios un clamor muy fuerte: «Oh Señor, haznos ser reales, verdaderos, auténticos». La Palabra dice: «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad*». La voluntad de Dios es que la Palabra se haga carne otra vez en nosotros, y que lleguemos a ser también llenos de gracia y de verdad. Sin una pizca de apariencia, de contradicción, entre lo que decimos y lo que hacemos.

Hay una gran diferencia entre el trigo y la paja; el trigo se siega y la paja se quema. ¡Cuánto de nosotros es paja todavía! Pero el Señor tiene el poder, por su palabra, para ir limpiándonos y transformándonos. La Palabra de Dios genera vida y realidad. Gracias al Señor.

(Síntesis de un mensaje impartido en Barbosa, Colombia, en julio de 2007).

* * *

La belleza de la oración

Dios no tiene en cuenta la gramática de nuestras oraciones, cuántas son; ni la retórica de nuestras oraciones, cuán elocuentes son; ni la geometría de nuestras oraciones, qué largo tienen; ni la música de nuestras oraciones, cuán dulce sea nuestra voz; ni la lógica de nuestras oraciones, cuán argumentativas sean; ni el método de nuestras oraciones, cuán ordenadas sean. Lo que vale delante de él es la devoción de espíritu.

Nada hay que nos haga amar más a una persona que orar por ella. Cuando tú oras sinceramente por otro, pones el alma en condiciones de realizar cualquier cosa que sea buena y amable para con aquella persona. Tirate de rodillas diariamente en solemne y premeditada ejecución de esta devoción. Ora por otros en tal forma, con tanta extensión, importunidad y fervor como lo haces por ti; y verás cómo mueren las malas pasiones y el corazón se te torna grande y generoso.

William Law

NO ABRIÓ SU BOCA

Son varias las “lindezas” que los acusadores del Señor esgrimieron contra Él ante Pilato. Una de ellas es que pervertía a la nación, otra es que prohibía dar tributo a César; una tercera era que se atribuía el título de rey. Una cuarta era que alborotaba al pueblo, y una quinta, que lo perturbaba.

Todas estas cosas son un hermoso ramillete que el mundo le ofreció al Señor. Si hoy estuviera entre nosotros, sin duda, se las volvería a ofrecer. ¿Cómo sabemos? Porque lo hace así con sus verdaderos seguidores. “Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Juan 15:20).

De ninguna de ellas, sin embargo, se defendió, aunque tenía argumentos de sobra. “Enmudeció, y no abrió su boca” (Is. 53:7 b). Las mentiras en su contra se cruzaban de uno a otro lado; los falsos testimonios volaban como flechas para clavarse en su corazón. Pero él no abrió su boca.

A través de la historia muchas veces ha ocurrido así también a muchos cristianos. Sin embargo, ellos no siempre le han imitado. No siempre han callado su boca. Antes bien, ellos la abrieron para dejar salir por ella un río de improperios, una andanada de amenazas. Ellos eran cristianos que tenían que ver muy poco con Cristo.

Conocían su nombre, pero no la belleza de su persona. Hablaban de su doctrina, pero sin el espíritu de ella. Algunos de ellos fueron muy prominentes, y ocupan un lugar destacado en la historia.

Pero no callaron su boca. No siguieron a su Maestro en su muerte.

Seguir a Cristo significa seguirle en su vida y en su muerte. Significa andar como él anduvo y dejarse juzgar injustamente sin abrir la boca. Seguir a Cristo es mucho más que decir: “Yo sigo a Cristo”. Todos los seguidores de Cristo pasan, tarde o temprano, por “la prueba de la blancura”, que es la participación de sus padecimientos.

¿Ha estado usted dispuesto en el pasado a sufrirlo sin abrir la boca? ¿Está dispuesto a sufrirlo en el futuro?



Círculos concéntricos en la vida cristiana

El contraste entre estar
en el mundo y estar en Cristo.

Handley C. G. Moule
(1841-1920)

«En el mundo ... en mí» (Juan 16: 33).

Estas palabras forman parte de las frases finales del último discurso de nuestro Señor a sus discípulos, en la víspera de su muerte. Él realmente habló después, de nuevo y en la presencia de ellos. Pero no fue una declaración a ellos, sino para ellos; fue lo que los alemanes llaman de manera muy hermosa *la gran Oración del Sumo Sacerdote*, la oración en Juan 17, en la cual él solemnemente confió sus discípulos a su Padre, concluyendo sus pedidos por ellos con aquella suprema expresión de deseo, cuya misma forma es divina: «Padre, aquellos que me has

dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado» (Juan 17:24). Esta oración es, podemos decir así, el Lugar Santísimo de la Biblia.

Pero las palabras para nuestra meditación no se encuentran en aquel Santuario, sino en su entrada. Ellas son pronunciadas directamente a los corazones humanos débiles y confundidos, en su condición mortal, sus errores, sus temores. Ellas hablan de una vida «en el mundo» que los discípulos inevitablemente deben vivir, y de la lucha, presión y 'tribulación' que tal vida debe implicar. Con

todo, las preciosas palabras, aunque están del lado de afuera del Santuario, extienden sus manos como si estuvieran dentro de él, para manifestar sus tesoros. Sus promesas son para la tierra, para el tiempo, para las necesidades del cristiano hoy, pero las razones de las promesas yacen profundamente en la eternidad, en la gloria, en el Señor de la gloria, es decir, en Jesucristo, el cual es nuestra vida.

«*En el mundo ... en mí*». Aquí hay dos ideas contrastantes – a primera vista alguien podría decir: dos pensamientos irreconciliables. El tema tratado aquí es la vida y la experiencia del discípulo de Jesús, su campo y esfera de existencia. Esto, en una sola frase, es descrito como «en mí» y todavía en la misma, como «en el mundo». ¡Qué diferencia inconmensurable! ¿Pueden estas dos posiciones, estas dos situaciones, pertenecer al mismo ser, al mismo tiempo? En la mejor de las hipótesis, ¿acaso se espera que el hombre vuele de un lado para otro y haga su residencia ahora en un lugar y después en otro, ahora en el Paraíso bendito y después en el desierto del mundo?

De ningún modo, según el declarado propósito del Señor. Estas dos posiciones tienen la finalidad, en Su pensamiento, de ser simultáneas y

Estas dos posiciones tienen la finalidad, en Su pensamiento, de ser simultáneas y combinadas.

combinadas; los contrastes deben ser todos armoniosos; los opuestos deben ser polos de una misma esfera. «*En el mundo tendréis aflicción; en mí tendréis paz*».

Un viaje por el mar

Una comparación muy simple puede ilustrar la verdad. Esta es una cuestión de círculos concéntricos. El punto central, con respecto a la experiencia, es el cristiano. Alrededor de él, envolviéndolo, está, como círculo exterior necesario de su vida, el mundo; es decir, la actual corriente de las cosas humanas, desordenadas por el pecado, con sus incontables intereses, con sus innumerables medios de comunicación, su luz y canciones, con sus contiendas y tumultos, sus impactos de transformaciones y muerte, con sus presiones amenazadoras de tentación y con su alienación de la santa voluntad de Dios. Sí, alrededor de él se mueve este gran 'mundo', este *cosmos*, con sus nubes y vientos. Pero aún, como la atmósfera física, no sólo lo rodea, sino que lo cerca y entra en él. Quiéralo él o no, le guste o no le guste, el mundo está en él, como el hombre en medio del océano, aunque pueda ser conducido por el gran navío por encima de las profundidades.

Pero aun así, este mismo discípulo, está también –tal es la bendita promesa– «en mí», en Cristo. Un círculo concéntrico más cerrado y más cercano está a su alrededor y en medio del tumulto, y es el Señor. El mismo ser, la misma consciencia, sentimiento, necesidad, personalidad, es el centro de ambos. Pero mientras el círculo exterior gira alrededor de

aquel centro con toda su agitación, el círculo interior es la paz del propio Dios. Pues es la presencia, el abrazo de Aquel que venció el mundo; sí, y ahora venció al hombre 'sujetando todas las cosas a sí mismo' (Fil. 3:21).

Volvamos, por un momento al cuadro de aquel viaje por el mar. El viajero está lejos de tierra; el Atlántico es su horizonte, su escenario, moviéndose, balanceándose tal vez con violencia con el tumulto de la tempestad. Pero entonces, si él está en medio del mar, está también, en un sentido más inmediato, en medio del navío. Humanamente hablando, está seguro – en el círculo interior. Así es con los 'mares fríos' del mundo. Es traicionero, profundo, inquieto; es el escenario de muertes innumerables. Sí, pero a usted no se le pide que lo enfrente *expuesto* como ocurre con el viajero que enfrenta *a nado* las ondas del Atlántico. El Señor mismo se ofrece para ser nuestra fuerza, nuestro navío todopoderoso, que no puede perder su noción de posición ni irse a pique. Nosotros nos refugiamos en él

por la fe, y ved que, aunque el mar agitado está todavía a nuestro alrededor, pues sentimos su oleaje y su bramido, mas Él está a nuestro alrededor, mucho más cerca en este aspecto. «*Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo*» (Isaías 43:2). «*Mi presencia irá contigo, y te daré* –no sólo después de la lucha, sino en ella– *descanso*» (Éxodo 33:14).

En el pasado esto fue verdad. Aunque estaban *en* Roma, *en* Corinto, los santos estaban aún más *en* Cristo; sus vidas eran luminosas con él. Y es verdad también hoy. *En* China, sí, *en* la homicida Shansi, *en* África, *en* Inglaterra, *en* el trabajo, *en* la tristeza, *en* el dolor amenazador, *en* el odio de la oposición, *en* las múltiples tentaciones, los hijos de Dios todavía prueban que son 'más que vencedores' permaneciendo *en* Cristo (Rom. 8:37). Estando en el mundo, pero no siendo de él, ellos son las más genuinas bendiciones para él; ellos son la encarnación y los portadores en medio de sus «tribulaciones», de la 'paz' de su Señor.

(Tomado de *Á Maturidade*).

* * *

La preeminencia del manzano

Pam Sneddon estaba tomando unas clases de fotografía. Para una tarea, escogió a su hija de 6 años como tema y le pidió que se sentara sobre una plácida colina. Cerca de la colina había un manzano lleno de frutos. Pam no pudo resistirlo y le dio al árbol un lugar prominente en la foto.

Se sorprendió cuando el instructor le dijo que la foto tenía un problema. El manzano distraía la atención del enfoque principal: la niña. "¿Ves cómo atrae la mirada?", le dijo el instructor. Compite con tu tema. Tienes que escoger un tema y dejar el otro fuera.

Lo mismo ocurre con los sermones de ciertos predicadores, algunos "hermosos manzanos" distraen la atención de Cristo.

(Adaptado de *Nuestro Pan Diario*)

El deseo del Señor para su pueblo.



Madurez

T. Austin-Sparks

La gran característica de la dispensación en la cual vivimos es el sacar de las naciones a los miembros del Cuerpo de Cristo, para luego llevarlos a una medida tan plena de madurez como sea posible. No es sólo la salvación de las almas, y no sólo la reunión de los creyentes en un Cuerpo espiritual. Es lo que sigue –su llegada a la madurez– lo que representa el interés y la preocupación suprema del Señor en esta dispensación.

Pienso que eso está absolutamente claro como la gran característica de este tiempo: esa madurez –el crecimiento pleno– es el deseo del Señor para su pueblo. Ciertamente esto es

inequívoco cuando leemos la palabra del Señor en ese sentido. Que la inmadurez está extendida también es inequívoco. Que el Señor se está moviendo en medio de su propio pueblo para traerlo a la plenitud tanto como pueda avanzar con Él en esa plenitud es, de nuevo, algo muy evidente.

Nosotros conocemos cuán extendida está la inmadurez; sabemos que hay multitudes de salvados –aquellos que son el pueblo del Señor, todavía viviendo en las sombras de la inmadurez– quienes no pagarán el precio de avanzar con el Señor; y nosotros podríamos ser tentados a decir de otros: «¿Qué hará este hombre?». Pero el Señor diría: «¿Y a ti qué?». En

otras palabras: «No hagas de la inmadurez de otros tu norma; yo quiero ser quien gobierna tu propio pensamiento y te ocupa completamente».

Así pues, la integridad y la plenitud son el propósito y la voluntad de Dios. Nosotros reconocemos el significado de todo lo que el Señor está haciendo. Si él está decidido a traer a los creyentes al crecimiento pleno, a la madurez espiritual, como uno de sus objetivos supremos en esta época, él no estimará ningún precio demasiado grande para alcanzar su fin; y ese hecho explica todo el misterio de sus caminos con sus hijos y todos los extraños acontecimientos que a veces parecen obrar contra los propios intereses de ellos.

A menudo, nos parece como si el Señor estuviera obrando contra nuestros intereses y estuviera haciendo todo absolutamente mal. Pero él está preparado para tomar riesgos (riesgos en las mentes de pobres personas finitas cuyo entendimiento es tan limitado), y para involucrarse a sí mismo en un trato de aparente error con tal de poder alcanzar su fin.

El creyente ha sido dotado de un juego completamente nuevo de facultades espirituales al punto que es una nueva entidad espiritual – un ser de una clase diferente, una criatura completamente distinta. Estas facultades espirituales, las únicas por las cuales pueden conocerse las cosas de Dios y ser incorporadas, tienen que ser desarrolladas, tienen que crecer. Tienen que llegar a un lugar de eficiencia espiritual, tal como en el niño natural las facultades que trae al nacer experimentan un desarrollo constante. El

A menudo, nos parece como si el Señor estuviera obrando contra nuestros intereses y estuviera haciendo todo absolutamente mal.

creyente nace de arriba, con un juego de facultades totalmente nuevo, diferentes de aquellas con las que entró en este mundo y que él tiene por naturaleza, y esas facultades y sentidos espirituales tienen que ser desarrollados para hacerlo maduro –espiritualmente eficiente– en el Señor.

Las razones de ejercitar los sentidos

El apóstol Pablo dice que éstos son «aquellos que tienen sus sentidos ejercitados»,¹ para quienes el alimento sólido es el tipo correcto de provisión. Él deplora el hecho de que, después de años, los santos hebreos todavía sean incapaces de tomar alimento sólido, porque sus sentidos y facultades no se han desarrollado.

Los caminos del Señor son inescrutables, y nunca deben juzgarse según las normas humanas. El Señor permite que la catástrofe nos alcance... pero con un propósito a la vista – algo que, cuando viene, lo justificará plenamente. Verán entonces que eso que ustedes pensaban era la debilidad de Dios, ha demostrado ser Su fuerza; lo vil ha demostrado ser Su fuerza; la ne-

¹ Alusión a Hebreos 5:14: «*Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*» (N. del E.)

cedad de Dios ha demostrado ser Su sabiduría; así que Él será justificado al fin. En esta cuestión del crecimiento por el ejercicio, usted tiene este principio totalmente involucrado.

Si usted mira el pasaje que se refiere al «ejercicio», encontrará que este ejercicio viene hacia nosotros en experiencias que Dios produce: «Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor ... Ningún castigo² al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

¿De qué forma? Mediante el castigo (la palabra 'castigo', en inglés, es una palabra pobre; mejor es decir: 'entrenamiento' o 'disciplina') que Dios les aplica. Dios nos trata como a hijos si nosotros recibimos la disciplina. Él nos trae como hijos hacia la madurez. Es la manera en que el Señor nos maneja – ese es el «ejercicio».

El Señor puede conseguirle actividades y luego puede acallararlo hasta la inactividad. Usted pasa por un tiempo horrible y dice que el Señor lo ha desamparado, que todo ha salido mal. ¿Qué es eso realmente? ¡Son los dolores del crecimiento! A la larga, no estaba todo mal... todo estaba bien. Usted vino a conocer al Señor, considerando que antes su vida entera estaba ocupada con *cosas*. Usted ha sido acallado, pero ahora ha venido a conocer al Señor interiormente, ha venido a un estado de eficiencia espiritual que es tanto mayor que antes, y usted puede enfrentarse ahora con la

situación externa. Dios fue mal entendido, pero Él estaba trabajando con miras a su eficiencia – ejercitándole para la eficiencia. Estos dolores de crecimiento son terribles, pero usted no puede ayudar a nadie que está padeciendo los dolores del crecimiento; usted sólo debe estar de pie a su lado y ver cómo pasa a través de eso.

Así, a través de las numerosas y varias direcciones, este crecimiento tiene lugar por el ejercicio doloroso que se produce de la manera en que el Señor está tratando con nosotros. Nosotros aprendemos a través del sufrimiento. Incluso el Señor Jesús fue hecho «maduro», perfeccionado, en este sentido a través del sufrimiento. Nosotros seguimos el mismo camino hacia el crecimiento pleno. Es el entrenamiento del hijo, la disciplina – aprendida por la vía de la experiencia. Eso es la disciplina – transformándonos de niños a hijos, de infantes a hombres maduros.

Percibo que necesitamos tener más fe en los tratos de Dios con nosotros a través de esta vía. Es doloroso, a veces agonizante. ¿Qué está haciendo el Señor? ¿Por qué hay un espacio tan breve entre una cosa y otra? Parece que el Señor está presionando para conseguir rápidamente que maduremos – para llevarnos al lugar donde nosotros aprendamos algo.

La actitud correcta a tomar hacia cada trato que el Señor permite que nos venga – cada cosa nueva y difícil es preguntarnos: ¿Qué es lo que el Señor quiere lograr en nosotros por esta experiencia? No destruir, sino construir; no quitar, sino aumentar; no restringir, sino ampliar. En lo pro-

² El autor usa una traducción inglesa que traduce «castigo», donde la versión Reina-Valera dice «disciplina» (N. del E.).

fundo hay algún tesoro del Señor que espera ser descubierto. Algunos de nosotros podemos decir: «Sí, hemos encontrado algo como eso». Hemos entrado en lugares profundos, hemos hallado plenitud allí, y hemos venido a conocer al Señor.

¿Ve usted la única cosa que está a la vista en este pasaje sobre el «ejercicio»? Es «discernir»; es la inteligencia espiritual lo que el Señor tiene en vista. Hemos sido escogidos para hacernos individualmente los depósitos de Su propia inteligencia espiritual – para que Él pueda ser conocido por nosotros. Él quiere que Sus hijos sean individualmente los centros de Su propio conocimiento espiritual. Entonces, reuniéndonos en un Espíritu para trabajar en la única obra y pensar la única cosa, Él logrará para sí mismo un instrumento para gobernar las naciones en las edades venideras – un instrumento inteligente que haya venido a conocer el corazón del Señor a través de la experiencia.

Esta facultad de inteligencia espiritual, el conocimiento espiritual –la esencia de todo– tiene que ser desarrollado para que conozcamos al Señor íntimamente. Cada experiencia más profunda que la anterior significa que nosotros estamos fuera de nuestra profundidad – no tenemos en nosotros mismos el recurso para resolver la situación. Por tanto, en la experiencia profunda venimos –por la pura necesidad de la situación– a asirnos de algo más que está en Cristo para nosotros; y, por haber recibido ese ‘algo más’, hemos crecido en esa medida.

Podemos tomar una de dos actitudes hacia los caminos de Dios con nosotros: podemos ponernos amargos, agrios, duros; o podemos ser incrementados por el ejercicio –desarrollados por el ejercicio – para aumentar la capacidad y para traernos a un lugar mayor, para que podamos ser Su instrumento para gobernar inteligentemente bajo Su señorío en las edades venideras. No siempre podemos entender las cosas que entran en nuestra historia; pero la explicación que podemos dar es que, en cualquier cosa que parezca tener una causa secundaria, el Señor es soberano, y Él a veces piensa que vale la pena permitir que nos toque momentáneamente aquello que para el mundo aparece como una cosa terrible.

Mientras parecería que Su Nombre e intereses son perjudicados con estas cosas, Él conduce a su pueblo a través de ellas a un lugar de madurez; así, ellos consiguen conocer al Señor por sí mismos. A través de estas cosas terribles nosotros nos damos cuenta que el Señor produce algo que es muchísimo más digno de Él en la vida de Sus hijos. Ésa es Su justificación – Su vindicación; si él pudiera hacerlo de otra manera, lo haría. A la larga, él consigue la madurez espiritual entre Su pueblo; los lleva al lugar donde ellos lo conocen.

Él quiere tenernos en un lugar donde nosotros le conozcamos, donde tengamos nuestros sentidos ejercitados para saber. El Señor nos dé gracia para aceptar sus tratos con nosotros a la luz de su gran propósito.

Cristo parece estar muerto
entre lujos y oropeles.

El Cristo VIVO

«Yo soy ... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos» (Apoc. 1: 17-18)



Will H. Houghton ¹

Grandes divisiones de la Iglesia Cristiana están ocupadas con un Cristo muerto. Alguien que visite las catedrales del Viejo Mundo y contemple las múltiples cruces y crucifijos no puede dejar de reconocer este hecho.

Después de repetidas visitas a algunas de estas catedrales, culminadas por una visión de Oberammergau (Alemania), las figuras sobre las cruces inspiraron el registro de las siguientes líneas:

Oscuro es el edificio, y pesado el aire,
inclinados están los hombros de todos:
curvados en las tinieblas, y prontos a sollozar –
cruces, unas pequeñas, y otras grandes.

La música es mística y el cántico rimado
¡Los rostros de los adoradores buscan,
necios, las respuestas de los santos en la pared!
Oh, Cristo, ¿es ésta tu Iglesia?

¿Estás todavía preso por la muerte en el sepulcro?
¿No existe alegría para nuestra canción?
Cánticos monótonos en un lenguaje extraño –
cansando, la adoración que se arrastra.

Débiles y vacilantes, pobres almas cansadas;
ciegas como sus líderes que caen.
Habla, Cristo, de nuevo a los que mueren;
lejos de tu fe está el llamado del hombre.

¹ El autor fue Presidente del Instituto Bíblico Moody, en Chicago, USA, entre los años 1934 y 1947.

Altares, así ellos los llaman, con velas y oropeles, reverentes para con la madera y la piedra; ¿y qué de Aquel que despreció el lujo y el oro? Allá está Él, muerto, colgando y solo.

Música y vitrales, y rojo púrpura, incienso y luces de candelabros; aunque agradables a los ojos y oídos, ¡tú, Cristo, pareces estar muerto!

¿Olvidan los hombres la tumba y la mañana, mientras alaban el madero del Calvario? ¡Ah, tu gloria resplandece en el triunfo alcanzado sobre la muerte en tu gran victoria!

La cruz fue vaciada de Víctima y oprobio; tú no estás moldeado en el plomo. Nosotros adoramos con gozo al Cristo que vive, ¡resucitado eres de entre los muertos!

¿Es posible que Él haya sido realmente resucitado de entre los muertos? ¿Es Él realmente el que fue anunciado por los profetas? Sí, verdaderamente él es la Persona cuyo nacimiento, vida y muerte fueron presentados casi con detalles, siglos antes de ocurrir. «*Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán*» (Hebreos 1:10-12).

Sus orígenes terrenos fueron despreciables. Nacido de una mujer desconocida en una aldea común, en una provincia ignorada de una tierra despreciada, allá fueron puestas sobre él todas las limitaciones de la pobreza y falta de oportunidades. Él vivió como un joven entre muchos, aunque vino a ser un hombre extraordinario. Como otros hombres él fue sobrecargado, solitario y hambriento. Sin embargo, más que cualquier otro hom-

bre él fue despreciado y abandonado; fue falsamente acusado, preso, azotado, crucificado. Incluso éste es Aquel que recibió en el lenguaje profético el nombre de «Admirable».

¡Sí, él es realmente admirable! Él está aquí – admirable en su nacimiento – admirable en su vida – admirable en sus palabras – admirable en sus hechos. Él experimentó una muerte admirable y llegó a una crisis admirable en su triunfante resurrección. Él está aquí – Vencedor del pecado, de la muerte y del sepulcro.

Toda la serie de acontecimientos en torno a la resurrección provoca conmoción. La sala de la corte abarrotada y el juicio cobarde. La triste procesión y la multitud curiosa. La cruz plantada y el Salvador sufriente. La tumba sellada y la guardia romana. Y, finalmente, el momento del triunfo con la piedra rodada y el sepulcro despojado de su presa. El cuerpo que estaba muerto y enterrado de nuevo está palpitando vida.

Todo en el escenario aumenta sus pulsaciones, como el de quien observa desde la galería de los años. Aunque debemos recordar que eso no fue preparado así. No había galería en aquella ocasión, ni espectadores.

La literatura, la música y el arte han dado forma y color a aquel escenario. El poeta y el pintor se unieron

Si no tenemos cuidado estaremos más preocupados con un acontecimiento que con una Persona.

para darnos un gran espectáculo teatral, y si no tenemos cuidado estaremos más preocupados con un acontecimiento que con una Persona.

¿No es triste que Dios nos haya dado su mejor –su Hijo unigénito– y la Iglesia manifieste más interés en el acontecimiento de su venida que en la Persona que está allí? Dios dio a su Hijo a través del pesebre y la Iglesia

está ocupada con la Navidad. Dios dio a su Hijo de vuelta en resurrección triunfal y la Iglesia tiene apenas una Pascua. Dios ha prometido que su Hijo va a regresar a la tierra y muchos están simplemente buscando otro acontecimiento. ¿Usted está esperando que *Cristo* vuelva o está esperando la *vuelta* de Cristo?

Tomado de «Living Christ» (Á Maturidade).

* * *

Tras la oveja perdida

Cuando el apóstol Juan era ya un anciano, cuenta el historiador Eusebio en su Historia Eclesiástica, que visitando una de las iglesias cercanas a Éfeso, vio entre la congregación un joven alto y excepcionalmente apuesto. Volviéndose hacia el mayor de los ancianos, Juan le dijo: "Pongo a este joven a tu cargo y bajo tu cuidado, y llamo a la congregación ser testigos de lo que he hecho". El anciano llevó al joven a su casa, lo cuidó, lo instruyó, y llegó el día en que el joven fue bautizado y recibido en la iglesia.

Pero poco tiempo después el joven entró en un círculo de amigos viciosos y malvados y se embarcó en una carrera de crímenes y pecados, de modo que terminó por convertirse en el jefe de una banda de ladrones y asesinos.

Después de algún tiempo Juan volvió a visitar la iglesia. Dijo al anciano: "Devuélveme el encargo que yo y el Señor os confiamos a ti y a la iglesia en la que tú eres responsable". Al principio el anciano no entendía de qué estaba hablando Juan. "Quiero decir", dijo Juan, "que te estoy pidiendo el alma del joven que dejé a tu cargo". "¡Ay", dijo el anciano, "ha muerto". "¿Muerto?", dijo Juan. "Ha muerto para Dios", dijo el anciano. "Cayó de la gracia; se vio obligado a escapar de la ciudad debido a sus crímenes y ahora es un malhechor que vive en las montañas".

Juan fue de inmediato a las montañas. Deliberadamente permitió que la banda de ladrones lo capturase. Lo llevaron ante el joven, que ahora se había convertido en jefe de la banda y, éste, lleno de vergüenza, quiso escapar de él. Juan, a pesar de ser un hombre viejo, lo siguió: "Hijo mío", exclamó, "¿huyes de tu padre? Soy débil y de edad avanzada; ten piedad de mí, hijo mío; no temas; aún hay esperanza de salvación para ti. Intercederé por ti ante Cristo nuestro Señor. Si es necesario moriré por ti tal como él murió por mí. ¡Detente, quédate, cree! Es Cristo quien me ha enviado a ti".

El llamado destrozó el corazón del joven. Se detuvo, arrojó sus armas y lloró. Juan y él bajaron juntos la montaña, y el joven volvió a la iglesia y a la vida cristiana.

Adaptado de William Barclay, Juan (I).

CITAS ESCOGIDAS

Prefiero estar en el corazón de África dentro de la voluntad de Dios, que estar en el trono de Inglaterra fuera de Su voluntad.

David Livingstone

Nuestro Padre celestial nunca toma nada terreno de sus hijos, a menos que tenga planes de darles a cambio algo mejor.

George Müller

Dios siempre ocupa en todos los corazones todo el espacio que dejan para él.

F. W. Faber

No es un asunto de poca importancia perder o ganar el reino de Dios.

Tomás de Kempis

Un bajo patrón de oración significa un bajo patrón de carácter y de servicio. Sólo los hombres que realizan un trabajo efectivo se lanzan con ímpetu hacia lo alto en dirección a Dios.

Charles H. Brent

Estar con Dios, cualquiera que sea la etapa del ser y cualquiera que sea la condición de la existencia, es estar en el cielo.

Dora Greenwell

Ganamos un importante punto cuando aprendemos a no luchar contra las circunstancias que Dios determina para nosotros.

H. L. Sydney Lear

Los pecados con los cuales el Espíritu de Dios es, en general, ofendido son los pecados cometidos en pequeñas cosas – debilidad en controlar el temperamento, leve negligencia en el deber y aspereza de comportamiento.

Horace Bushnell

No todos tienen el privilegio de morir como mártires, pero todo cristiano tiene que morir antes de morir.

Richard Wurmbrand

No fue un reformador, sino un hombre de letras. Sin embargo, el espíritu que le animó durante los turbulentos días de la Reforma es un ejemplo para la posteridad.



Erasmus

precursor y pacificador

Entre la abigarrada multitud de personajes destacados del siglo XVI –entre los cuales destacan, sin duda, los reformistas y contrarreformistas–, Erasmo de Rotterdam ocupa, para nosotros, desde una perspectiva exclusivamente religiosa, un lugar muy secundario. Sin embargo, en su siglo no fue así. Al contrario, de todos los hombres que influyeron en la génesis de la Reforma Protestante, Erasmo ocupa un lugar principal. Aunque siempre se mantuvo como tras bastidores, como un intelectual recluso entre cuatro

paredes, sus cartas con las principales figuras políticas y culturales de la época, y sus libros, ayudaron a crear las condiciones para que la revolución religiosa que habría de venir fuera posible.

Erasmo de Rotterdam nació en Gonda, cerca de Rotterdam, en 1466. Fue hijo ilegítimo de un seminarista próximo a ordenarse y de su ama de llaves. Sus padres fallecieron cuando Erasmo contaba 14 años aproximadamente (en 1483) en una grave epidemia de peste.

Su educación temprana la recibió

Erasmus fue hombre de reflexión y estudio, no un hombre de acción. Él alumbró el camino a muchos, pero no siempre lo recorrió él mismo.

entre los «hermanos de la vida común», con quienes aprendió la *Devotio Moderna*, que se enfocaba en los aspectos prácticos de la espiritualidad cristiana, como la oración, el estudio de la Escritura, el ejemplo de Cristo y la meditación. De esta manera, estuvo vinculado desde el principio, con una larga tradición de creyentes y místicos medievales, que buscaron acercarse directamente a Dios, sin mediadores e intermediarios, de una manera simple y sencilla.

Los hermanos de la vida común estaban, además, estrechamente emparentados con los «Unitas Fratrum» de Bohemia. De hecho, Erasmus estudió en una de las escuelas que estos últimos fundaron en Deventer. Así, su carrera se entronca con una larga corriente de hermanos que mantuvieron en alto la antorcha de la fe en los días de mayor oscuridad y persecución, para los cuales los evangelios eran más preponderantes que las epístolas y la práctica cristiana más que la teología; énfasis que habría de plasmarse hasta cierto punto en el movimiento anabaptista y, después de ellos, en los moravos.

Más tarde, Erasmus ingresó sin vocación en el convento de los agustinos de Steyn, siendo ordenado sacer-

dote el mismo año que Colón llegaba a América. En el convento se encontraba la mayor biblioteca clásica del país, así que las mejores horas las dedicaba el joven Erasmus a la lectura y a la pintura.

Erasmus nunca encontró agrado en el oficio sacerdotal; de hecho, jamás lo ejerció. Con gran habilidad, se las arregló para no llevar traje sacerdotal, y evitar los rígidos ejercicios piadosos y la disciplina de los conventos. Más tarde obtuvo una dispensa papal para vivir y vestir como un erudito laico.

Formación del humanista

A los 26 años de edad se escabulle del claustro, pero no renunciando a los hábitos, sino obteniendo un puesto como secretario del obispo de Cambrai, que viajaba a Italia. Así tuvo ocasión de conocer personalidades de la cultura y de la iglesia, y sobre todo, pudo dedicarse con pasión a sus estudios clásicos. Al cabo de un tiempo, obtuvo beca y pensión para viajar a París a continuar sus estudios de teología.

En un viaje a Inglaterra a fines de 1499 conoce a John Colet, que a la sazón daba una conferencia sobre los escritos de Pablo. Esto despertó en Erasmus el deseo de conocer más profundamente las Escrituras.

En 1500, Erasmus publicó sus «Adagios», que consisten en más de 800 frases, máximas o refranes derivados de la tradición grecolatina, junto con notas acerca de su origen y su significado. La hábil selección de Erasmus ahorraba a los señoritos de la sociedad el trabajo de leer a los clási-

cos. La mayoría de esos refranes se siguen utilizando el día de hoy.¹ Erasmo trabajó en los «Adagios» durante el resto de su vida, a tal punto que la colección creció en 1521 hasta contener 3.400 de ellos, siendo 4.500 al momento de su muerte. El libro mereció más de 60 ediciones, una cifra sin precedentes para el año 1500.

Fue en Inglaterra que descubrió Erasmo su paraíso y su verdadera vocación. Allí era admirado sin reparos ni menosprecios de clase. Era reconocido como intelectual, por su elegante latín, por su arte de conversador. Se hizo amigo de las más connotadas figuras de la intelectualidad: Tomás Moro, John Fisher, John Colet; en tanto que los arzobispos Warham y Cranmer fueron sus protectores. En Inglaterra adquiere el roce social y el sentido de universalidad que el mundo admirará más tarde.

Sin embargo, Erasmo no se hace inglés. Se le ofreció un puesto vitalicio en el Colegio de la Reina de la Universidad de Cambridge y, de desearlo, hubiese podido pasar el resto de su vida enseñando Ciencias Sagradas a lo mejor de la realeza y la nobleza inglesas. Sin embargo, su naturaleza inquieta y trashumante y su aversión a la rutina, lo hicieron declinar ese cargo y todos los que se le ofrecerían en el futuro. Era un cosmopolita, y como tal, sus afectos esta-

ban en todas partes y con todas las gentes que amaban el saber.

En 1503 Erasmo publica el primero de sus libros más prominentes: el «Manual del Soldado Cristiano». En este pequeño volumen Erasmo delinea los principales aspectos de la vida cristiana. La clave de todo, dice en el libro, es la sinceridad. El Mal se oculta dentro del formalismo, del respeto por la tradición, y del consumo, pero nunca en la enseñanza de Cristo.

Durante toda su vida, Erasmo fue un enemigo de toda institucionalidad, especialmente religiosa. Identificaba el ceremonial de la Iglesia con el ámbito de la apariencia y la irrealidad. En sus investigaciones, sus fuentes no fueron las que comúnmente se aceptaban, lo que sentó las bases para un pensamiento libre y sin las ataduras académicas en boga. Aborrecía los métodos disciplinarios severos en las escuelas, porque eran aplicados por personas –monjes en su mayoría– que vivían en una evidente «relajación moral».

Entre 1506 y 1509 Erasmo vivió en Italia. Mientras obtenía su doctorado en la Universidad de Turín, comprobó que el espíritu medieval dominaba las estructuras de pensamiento y la praxis del mundo académico. El pensamiento, según la visión de Erasmo, había retrocedido a los primeros siglos. Desde entonces fue un incansable luchador contra el anquilosamiento ideológico que impedía en todas las instituciones intelectuales, políticas y sociales de su época. Con las ideas de los agustinos y algunos conceptos de John Colet

¹ Algunos de ellos son: «En el país de los ciegos el tuerto es rey», «Está luchando con su sombra», «Tiene un pie en la tumba», «No dejó piedra sin mover», «Empezar de cero», «Es más fácil decirlo que hacerlo», «Más vale prevenir que curar», «Tener ojos en la nuca», «Lágrimas de cocodrilo», «Es un mal necesario», «Una golondrina no hace verano», «Poner el carro delante del caballo».

comenzó a analizar el núcleo esencial de los textos clásicos, modernizando sus contenidos para que cualquiera pudiese penetrar su significado.

Entre 1506 y 1509 Erasmo vivió en Italia, la mayor parte del tiempo trabajando en la editorial de Aldus Manutius en Venecia. Nuevamente le ofrecieron cargos serios y ventajosos, especialmente como educador, a lo cual él respondía que prefería no aceptarlos, porque lo que ganaba en la casa editora, si bien no era mucho, le resultaba suficiente.

A partir de estas conexiones con universidades y literatos, Erasmo comenzó a rodearse de quienes pensaban igual que él en cuanto a rechazo por los procedimientos y sistemas establecidos (en especial la Iglesia misma). Sin embargo, no todos simpatizaban con él: había quienes eran hostiles a los principios de elevación literaria, espiritual y religiosa que postulaba. Estos opositores comenzaron a criticarlo tanto en público como en privado, y puede que hayan sido la causa por la cual el Erasmo abandonó Italia y se refugió en Basilea, Suiza.

Su obra maestra

Cuando viajaba desde Italia escribió su obra más conocida: «El elogio de la locura», en 1509. En ella Erasmo se vale de un artificio para poder criticar las instituciones, desde el papado hacia abajo, sin pagar el precio por ello. En su libro, Erasmo no habla por sí mismo, sino que, en lugar suyo, hace que la *Stultitiae*, la Locura, las diga. De ello se deriva una divertida situación, pues no se sabe nunca quién es, en realidad, el que tiene la

palabra. ¿Habla Erasmo seriamente, o habla la Locura en persona, y a la cual hay que perdonarle hasta lo más descarado – porque al fin de cuentas, ¿quién puede tomar en serio a un loco?

En tiempos en que imperaba la intolerancia –no olvidemos a la todopoderosa Inquisición– era esa la única forma de decir lo que todo el mundo veía pero que nadie se atrevía a denunciar. La Locura pronunciaba lo que les quemaba secretamente a cientos de miles de hombres. El libro encantó a todos – incluso a los que acusaron el golpe. «Burla burlando», sus precisas caricaturas no dejaron títere con cabeza.

Para Erasmo, todos los hombres y las instituciones religiosas estaban bajo el gobierno de la Locura, porque se habían apartado del verdadero cristianismo. Por eso, se debía huir de las apariencias, de ese teatro de la inautenticidad, y recobrar la espiritualidad primigenia a través de una sincera vivencia individual.

La Locura decía en parte de su discurso: «Si los sumos sacerdotes, los papas, los representantes de Cristo, se esforzaran por ser semejantes a él en su vida, si sufrieran la pobreza, soportaran sus sufrimientos, participarían de su doctrina, tomarían consigo su cruz y su desprecio del mundo, ¿quién sobre la tierra sería más digno de lástima que ellos? ¡Cuántos tesoros perderían los padres santos si la sabiduría, si un solo grano de la sal de que habla Cristo, se apoderase una sola vez de su espíritu! En lugar de aquellas inmensas riquezas, aquellos divinos honores, la distribución

de tantos empleos y dignidades, de tan numerosas dispensas, de tan diversos impuestos y de goces y placeres tan diversos, se presentarían noches sin sueño, días de ayuno, oraciones y lágrimas, ejercicios de devoción y mil otras molestias».

A veces el tono pasa de liviano a grave, y asestaba un golpe más profundo: «Como toda la doctrina de Cristo predica la dulzura, la paciencia y el desprecio de todo lo terreno, aparece claramente ante los ojos lo que esto significa. Cristo desarma de tal modo a sus embajadores, que les recomienda que se despojen no sólo de su calzado y de su blusa, sino también de su túnica, a fin de que entren desnudos y libres de todos los bienes en la carrera evangélica. No les deja llevar sino su espada, pero esta espada no es aquella llena de mal de que se arman los bandidos y los parricidas, sino la espada del espíritu, que penetra hasta el fondo más íntimo del alma y que de un solo golpe corta en ella todas las pasiones, para que en adelante sólo la piedad florezca en el corazón».

Este libro, en apariencia una farsa, es –como escribe un comentarista– uno de los libros más peligrosos de su tiempo, y fue en realidad la explosión que dejó libre el camino a la Reforma.

Pero el espíritu refinado de Erasmo no abogaba por una reforma abierta y violenta. Él propugnaba un renacimiento de la piedad y la pureza en el seno de la Iglesia Organizada, lejos de las exterioridades y frivolidades. Vale decir, una «reforma desde adentro». Erasmo nunca renunció

a la Iglesia de Roma, y siempre mantuvo un declarado respeto hacia los prelados.

Erasmo no reñía por detalles de doctrina, sino que enfatizaba lo grueso y medular. Se limitaba a acentuar que la observancia de las formas externas, en sí mismas, no son la verdadera esencia de la piedad cristiana, que únicamente en lo interior se decide la verdadera medida de la fe del ser humano. Más decisivo que la nimia observancia de todos los ritos y plegarias, que todos los ayunos y que oír todas las misas, es la dirección personal de la vida en el espíritu de Cristo.

Un retorno a las fuentes

Como hombre culto y profundamente cristiano, Erasmo buscó conciliar *las bonae litterae* con las *sacrae litterae*. Y para poder hacerlo, se propuso explorar las fuentes originales del cristianismo, porque allí fluía limpio y puro el evangelio sin la mezcla de ningún dogma ni tradición. Erasmo mostró cuánto se había devaluado el sentido original de las Escrituras y de qué modo las autoridades exegéticas se habían valido de su poder y autoridad para hacerlo.

En 1504, trece años antes de Lutero, Erasmo escribió: «No soy capaz de expresar cómo me dirijo hacia los libros sagrados con alas desplegadas, y cómo me repugna todo lo que me aparta de ellos, o por lo menos, me estorba». Erasmo pensaba que la vida de Cristo, tal como es referida en los Evangelios, no debía seguir siendo por más tiempo privilegio de los religiosos y de la gente que sabía

latín. Todo el pueblo podía y debía participar de ella, «el aldeano debe leerla detrás de su arado, el tejedor en su telar»; la mujer en su enseñanza a los hijos.

Para poder llevar a cabo esta magna obra de traducción de la Biblia a las lenguas nacionales, Erasmo percibe que también la Vulgata, la única versión latina de la Biblia existente, consentida y aprobada por la Iglesia, había experimentado desfiguraciones y contenía demasiadas inexactitudes. La versión que él visualiza no debía tener ninguna mancha terrena, ningún sesgo particular. Así, actualiza cuidadosamente una versión griega del Nuevo Testamento, y lo traduce al latín, acompañando sus innovaciones con un minucioso comentario crítico.

Esta nueva traducción de la Biblia que apareció simultáneamente en griego y en latín, en 1516, en Basilea, es un nuevo paso hacia la revolución que ya se incubaba. En un gesto de profunda ironía, y de sutil diplomacia, Erasmo dedicó su versión de la Biblia al papa León X, quien representaba todo lo que el escritor rechazaba en la Iglesia. El Papa la acepta, halagado, y responde afectuosamente con un: «Nos ha causado alegría». Incluso llega a alabar el celo con que Erasmo se dedicaba a las Sagradas Escrituras.

En esta nueva traducción se basó después Martín Lutero para llevar a cabo su estudio de la Biblia, en el cual cimentaría toda su teología posterior. Es por ello que el trabajo de Erasmo tuvo resonancias históricas que persisten hasta el día de hoy y se

lo encuentra en la misma génesis del protestantismo. El texto griego publicado por Erasmo –conocido como «textus receptus»– es la base de todas las traducciones protestantes posteriores hasta principios del siglo XX.

Es también la base de la versión inglesa de la Biblia conocida como «Biblia King James», y de otras muchas versiones, como la Reina-Valera, en español. Tiene la particularidad de representar la primera aproximación de un sacerdote y académico libre, para comprender y traducir con certeza lo que los escritores bíblicos habían intentado expresar. Esta tarea no se había emprendido nunca en el pasado.

Apenas publicado el texto, Erasmo acometió de inmediato la redacción de su «Paráfrasis del Nuevo Testamento», la cual, en varios tomos y en un lenguaje popular, ponía al alcance de cualquiera los contenidos completos de los Evangelios, profundizando con precisión incluso en sus aspectos más complejos. Como toda la obra de Erasmo, el original estaba escrito en latín, pero su impacto en la sociedad renacentista fue tan grande que de inmediato se lo tradujo a todas las lenguas comunes de los países europeos. Erasmo aprobó y agradeció estas traducciones, porque comprendía que pondrían su obra al alcance de muchísima gente, algo que nunca podría lograr el original en lengua culta.

Trabajador incansable

Erasmo era un amante de los libros. Los amigos que él visitaba tenían siempre nutridas bibliotecas, y

para él ese era el lugar de la casa más atractivo siempre. Solía decir: «Cuando tengo un poco de dinero, me compro libros. Si sobra algo, me compro ropa y comida». Los libros eran sus amigos silenciosos y no violentos, y su trato con ellos fue más que frecuente.

Erasmus desarrolló una rara habilidad para escribir, y para hablar sobre temas controversiales con galanura y elegancia. Un biógrafo explica: «Por la décima parte de las audacias que Erasmo expuso en su época, otros fueron llevados a la hoguera; pues las exponían torpemente y sin miramientos, pero los libros de Erasmo eran acogidos con grandes honores por los papas y príncipes de la iglesia, por reyes y por duques, gracias a su arte literario y humanístico de envolver las cosas, Erasmo deslizó de contrabando en los conventos y las cortes de los príncipes toda la materia explosiva de la Reforma».

De salud y gustos delicados, era no obstante, un trabajador incansable. Simultáneamente escribía varios libros, y los publicaba con igual profusión. Dormía poco y trabajaba mucho. «Escribía en sus viajes, en el traqueteante carruaje; en toda posada la mesa se convertía al instante en pupitre de trabajo». Estaba al día de todo lo que ocurría en el mundo cultural y político de su tiempo. Su palabra, aunque aguda, era siempre mesurada y sabia; su opinión era valorada por todos los hombres cultos de su época, no importa de qué partido o bando fuesen. Su claro entendimiento siempre arrojaba luz sobre

las cosas, ordenándolas y simplificándolas.

Pero Erasmo fue hombre de reflexión y estudio, no un hombre de acción. Él alumbró el camino a muchos, pero no siempre lo recorrió él mismo.

El mundo se rinde a sus pies

En el período comprendido entre sus cuarenta y cincuenta años de edad, Erasmo alcanza el cenit de su gloria.

Todo el mundo le alaba y se rinde a sus pies. Si en el pasado él buscaba el favor de los grandes, ahora son los grandes quienes buscan su favor. Emperadores y reyes, príncipes y duques, ministros y hombres de letras, papas y prelados, compiten por alcanzar el favor de Erasmo. Carlos V le ofrece un asiento en su consejo; Enrique VIII quiere ganarlo para Inglaterra; Fernando de Austria para Viena; Francisco I para París; De Holanda, Brabante, Hungría, Polonia y Portugal vienen las propuestas más seductoras; cinco universidades se disputan el honor de ofrecerle una cátedra; tres papas le escriben epístolas respetuosas. Jamás un hombre particular poseyó en Europa un poder universal tan grande, en virtud sólo de sus valores intelectuales y morales. En su cuarto se amontonan ricos presentes. Erasmo, a un tiempo prudente y escéptico, acepta cortésmente estos honores, pero no se vende. Se mantiene independiente y libre. No quiere ser amo ni siervo de nadie.

Es difícil de explicar un fenómeno como éste en nuestro siglo. Erasmo era más que un fenómeno literario; llegó a ser la expresión simbólica de

los más secretos anhelos espirituales colectivos. Era la figura del humanista cristiano, universal, no adscrito a partido alguno, piadoso, sabio, ponderado, y a la vez audaz, capaz de decir lo que nadie se atreve a decir, y decirlo con galanura, elegancia – ese fino estilo clásico tan admirado en su tiempo.

Este firme anhelo de ser libre, de no querer atarse a nadie, hizo de Erasmo un nómada durante toda su vida. Infatigablemente, viajó por toda Europa. Nunca fue rico, pero nunca pobre, nunca estuvo atado ni a esposa ni a hijos. No ansiaba ser soberano de nadie, ni tampoco súbdito de nadie. *(Continuará).*

* * *

Escapando de la muerte

Cuenta una antigua leyenda, que en la Edad Media un hombre que había entregado su vida a Jesús fue injustamente acusado de haber asesinado a una mujer. En realidad, el verdadero autor era una persona muy influyente del reino, y por eso, desde el primer momento se procuró un 'chivo expiatorio' para encubrir al culpable. El hombre fue llevado a juicio ya conociendo que tendría escasas o nulas esperanzas de escapar del terrible veredicto. ¡La horca!

El juez, también comprado, cuidó no obstante, de dar todo el aspecto de un juicio justo. Por ello dijo al acusado: "Conociendo tu fama de hombre justo y devoto del Señor, vamos a dejar en manos de Él tu destino. Vamos a escribir en dos papeles separados las palabras 'Culpable' e 'Inocente'. Tú escogerás, y será la mano de Dios la que decida tu destino". Por supuesto, el mal funcionario había preparado dos papeletas con la misma leyenda: "Culpable".

La pobre víctima, aun sin conocer los detalles, se daba cuenta que el sistema propuesto era una trampa. Todo lo que podía ver y percibir le indicaba que no había escapatoria. A juzgar por sus circunstancias, su final estaba muy cerca y parecía inevitable.

El juez ordenó al hombre tomar uno de los dos papeles doblados. La situación era sumamente difícil; la presión que soportaba llevaba sus fuerzas al límite. En este entorno, y bajo tanta tensión, respiró profundamente, quedó en silencio unos cuantos segundos con los ojos cerrados, y cuando la sala comenzaba ya a impacientarse, abrió los ojos y con una extraña sonrisa, tomó uno de los papeles y llevándose a la boca, lo engulló rápidamente.

Sorprendidos e indignados, los presentes le reprocharon: "Pero, ¿qué hizo? Y ahora, ¿cómo vamos a saber el veredicto?".

"Es muy sencillo, respondió el hombre, es cuestión de leer el papel que queda, y sabremos lo que decía el que me tragué".

Con un gran enojo disimulado, tuvieron que liberar al acusado y jamás volvieron a molestarlo.

Anónimo, tomado de Gethsemani, N° 24



Los Anabaptistas

y las raíces del Evangelio

Rodrigo Abarca

A lo largo de toda la Edad Media, numerosos grupos de creyentes dejaron el cristianismo organizado de sus días, para experimentar una fe más viva, sencilla y real, conforme al patrón de fe y práctica que encontraban en la Biblia. Fueron perseguidos y martirizados por miles a causa de su testimonio y, en algunas regiones, casi exterminados. Sin embargo, no fueron destruidos totalmente y permanecieron ocultos, esparcidos aquí y allá por toda Europa, hasta el advenimiento de la Reforma. Entonces salieron nuevamente a la luz, animados por la llama que un remoto monje agustino había encendido al clavar sus 95 tesis

en la puerta de la catedral de Wittenberg, por vuelta del año 1517.

Estaba naciendo la Reforma, y aquel oscuro monje no podía sospechar aún que la pequeña llama recién encendida, pronto se convertiría en una hoguera que haría arder Europa entera, y trastocaría para siempre la historia del cristianismo y aún de la propia civilización occidental.

Martín Lutero encendió la llama, pero muchos otros habían trabajado antes preparando la hoguera. Por eso, cuando se escuchó su grito de batalla «sola fe y sola Escritura», la mirada de muchos se alzó esperanzada hacia la promesa del nuevo día que parecía despuntar en el horizon-

La parte de la historia de la iglesia que no ha sido debidamente contada.

te, entre las ruinas de la decadente cristiandad de su tiempo. Sin embargo, el día llegó cargado de enormes contrastes, con una tormenta de luces y sombras, nubes oscuras y relucientes rayos de sol.

Los Reformadores protestantes buscaron regresar a la Biblia como única norma de fe y conducta. No obstante, a los ojos de muchos cristianos de aquellos días, la restauración que propiciaron no fue lo suficientemente radical y se quedó, por así decirlo, a medio camino. Estos «otros» hermanos procuraron una restauración mucho más fundamental, que regresara a la misma esencia de la iglesia, tal como la encontraban en las páginas del Nuevo Testamento. Sus enemigos los llamaron *anabaptistas*, palabra griega que significa «rebautizadores», debido a su rechazo del bautismo infantil y su fuerte énfasis en la conversión individual, confirmada por el bautismo voluntario como señal exterior. Pero ellos se llamaban a sí mismos simplemente «hermanos».

Los comienzos

Los historiadores fechan comúnmente el origen de los anabaptistas en 1525, en la ciudad suiza de Zurich. Allí el reformador Ulrico Zwinglio estaba comenzando la reforma protestante en estrecha alianza con los magistrados de la ciudad. Entre sus seguidores tempranos estaban dos brillantes eruditos, que pertenecían a algunas de las familias más acomodadas de la ciudad: Conrad Grebel y Félix Manz. Este último era amigo cercano del reformador suizo.

Sin embargo, muy pronto comenzaron a discordar de algunas de sus enseñanzas, especialmente en lo relativo a naturaleza de la iglesia y la salvación. Zwinglio enseñó, en un principio, que la restauración de la fe debía ser un retorno completo a las Escrituras, y que todo aquello que no estuviese explícitamente contenido en ellas debía ser desechado. Manz y Grebel adhirieron calurosamente a este principio.

No obstante, poco después, Zwinglio cambió de opinión, y desarrolló lo que vendría a ser la postura protestante clásica, sostenida también por Lutero, y más adelante por Calvino: Todo aquello que se encuentra explícitamente prohibido en las Escrituras debe ser desechado, mientras que lo demás puede ser mantenido, mientras no contravenga sus enseñanzas. La magnitud de esta divergencia era enorme, pues permitía a muchos reformadores contemporizar en diversos asuntos de práctica eclesiástica con los príncipes y magistrados de su tiempo, a fin de garantizar su respaldo a la causa protestante. En verdad, todos ellos estaban, en mayor o menor grado, convencidos de que la reforma protestante no podía tener éxito sin el apoyo político y militar de los príncipes.

La persecución contra los anabaptistas se desató con una crueldad inusitada por toda Europa, tanto en los países católicos como protestantes.

Así, Zwinglio intentó crear una iglesia nacional «suiza», que incluyese a todos los «ciudadanos suizos» en ella, sin importar si eran o no verdaderamente cristianos. Por esta y otras razones, continuó aceptando el bautismo infantil, pues, lógicamente, en su concepto de iglesia no cabían la necesidad de conversión y regeneración individual.

Contra este estado de cosas reaccionaron Manz, Grebel y todos los demás anabaptistas. Para ellos, el principio resultaba inaceptable, pues violaba la clara enseñanza de la Escritura sobre la iglesia como una nación compuesta únicamente de hombres y mujeres redimidos, visiblemente separados del mundo, y sometida sólo a la autoridad de Cristo su cabeza. Para nosotros hoy, esta verdad puede parecer obvia, pero, por muchas razones no era así para la mayoría de los líderes protestantes.

Causas de la divergencia anabaptista

Durante la larga noche medieval, la identidad entre iglesia y cristianidad, considerada esta última como la suma de las naciones cristianas, se consideró un dogma incontrovertible de la fe. Este modo de ver las cosas se originó con la conversión del emperador romano Constantino en 312 D. C., y en su posterior confirmación del cristianismo como religión oficial del imperio. Luego vino otro emperador, Justiniano, que en su famoso código lo declaró la religión exclusiva, y autorizó el uso de la fuerza y la espada contra los disidentes, fuesen «cismáticos» o «herejes». De este modo, cristianismo e imperio se hi-

cieron casi sinónimos. El imperio protegía a la iglesia y la iglesia legitimaba al imperio. Vale decir, iglesia y estado estaban unidos.

De esta paradójica simbiosis surgió la cristiandad medieval, tras la caída del imperio romano de occidente. Esta caída produjo un inmenso vacío de poder y organización dentro de las zonas geográficas abarcadas por la desaparecida administración imperial y los pueblos que estaban bajo su dominio. Pero, la iglesia cristiana organizada fue llenando ese espacio, debido, en gran parte, a que en ella sobrevivió mucho de la organización y eficiencia administrativa del imperio que muchos recordaban con nostalgia.

No obstante, con el advenimiento de la Reforma, la situación política cambió, pues muchos de los príncipes y reyes europeos estaban cansados de someterse a lo que consideraban un dominio despótico y abusivo. Sin embargo, comprendían que para lograr su independencia debían contar con el apoyo del pueblo y para ello tenían que ofrecer a sus súbditos una religión que sustituyera la oficial y los liberara del control que ésta ejercía sobre sus conciencias.

Pero debía ser una religión para «todos» sus súbditos, vale decir, nacional. Por tanto, su apoyo a la Reforma estuvo siempre condicionado por esta perspectiva y necesidad. Que no se nos malinterprete. Sin duda, algunos de ellos fueron creyentes sinceros y piadosos, pero, inevitablemente su horizonte político-cultural condicionó y limitó su visión de la iglesia, así como la visión de los reformadores a

los que prestaron su apoyo político y militar.

Contra esta nueva forma unión de la iglesia y el estado reaccionaron los anabaptistas, reconociendo con claridad el error de perspectiva de quienes la sustentaban y procurando arrojar la luz de la Palabra sobre este trascendental asunto por medios pacíficos.

En este punto se encuentra el origen de la tragedia anabaptista. Comenta Ismael Amaya: *«Sin duda que sería difícil encontrar en la historia de la iglesia un acontecimiento más triste que el caso de los anabaptistas. Parecía como que los anabaptistas estaban en contra de todos, y todos en contra de ellos. Puesto que rechazaban las enseñanzas tanto de Lutero como de Zwinglio, y también del catolicismo, fueron víctimas de crueles persecuciones de parte de todos ellos.*

Pero su rechazo de la unión entre la iglesia y el estado, y del estado mismo, hizo que las autoridades seculares los consideraran como insurrectos. Según el concepto prevaliente en aquellos tiempos, la separación entre la iglesia y el estado era imposible. Al afirmar esta doctrina, los anabaptistas escogieron el sangriento camino de los mártires, y su martirio constituye un monumento impresionante de la Reforma. Se sacrificaron por un principio que era inaceptable para la sociedad y la iglesia de su tiempo. Como se oponían al catolicismo, al luteranismo, y al zwinglianismo, la iglesia los consideraba herejes, y como rechazaban el estado, éste los trataba como rebeldes. En consecuencia, fueron vistos como enemigos por los príncipes, por los reformadores protestantes, y por los líderes católicos, quienes los persiguieron sin piedad».

Muy pronto, esta discrepancia llevó, tanto a Grebel como a Manz, a distanciarse de Zwinglio. El 21 de enero de 1525, ambos fueron bautizados junto con algunos seguidores radicales de Zwinglio. Pues, después de mucho estudio y cuidadosa oración, habían llegado a la convicción de que debían bautizarse unos a otros. Este acontecimiento marcó el comienzo del movimiento anabaptista. Para ellos el bautismo (que practicaban por rociamiento o «aspersión») era la única forma de testimoniar el verdadero arrepentimiento y la conversión personal. En consecuencia, muy pronto estuvieron predicando y bautizando creyentes a través de toda Suiza.

Zwinglio y los magistrados de la ciudad reaccionaron decretando severas leyes contra quienes se «rebautizaban» (pues todos, a juicio de ellos, ya habían sido bautizados cuando niños), incluyendo la pena de muerte por ahogamiento; castigo que se convirtió en la forma de martirio más común entre los anabaptistas y al cual llamaron, el «tercer bautismo». Y además, convocaron a las autoridades de toda Europa a «cazarlos y aprehenderlos». Grebel huyó junto con otros hermanos, y murió de peste en 1526, después de predicar el evangelio en otras ciudades de Suiza. Félix Manz fue arrestado por Zwinglio y las autoridades de Zurich, atado y arrojado a las frías aguas del río Limmat, que corre por el centro de la ciudad.

La persecución contra los anabaptistas se desató con una crueldad inusitada por toda Europa, tanto

en los países católicos como protestantes. Miles de hombres y mujeres fueron ahogados, enterrados vivos, y quemados. Se constituyeron cuerpos especiales de policía para buscarlos, llamados *Täuferjäger* (cazadores de anabaptistas). Los hijos de los mártires eran arrebatados a sus familias y entregados a familias de grupos eclesiásticos oficialmente reconocidos. En todas partes la persecución de los anabaptistas se convirtió en una política de estado.

Enseñanzas y prácticas

Debido a la temprana muerte de sus líderes más destacados, los anabaptistas nunca llegaron a escribir una exposición detallada y sistemática de sus enseñanzas. En verdad, tampoco deseaban crear un sistema de doctrina acabado y excluyente. Y además, nunca llegaron a constituir un movimiento organizado. Por lo mismo, se suele reunir bajo el rótulo de anabaptistas a grupos con intereses y creencias muy distintas e incluso opuestas.

En general, se reconocen tres grandes ramas: «los anabaptistas propiamente dichos», «los espirituales», y «los racionalistas anti-trinitarios» – aunque, sus perseguidores no distinguían entre ellos y los consideraban a todos como una sola cosa.

De entre ellos, quienes nos interesan en este artículo son los primeros. Estos adoptaron con sencillez las doctrinas cristianas históricas tales como la Trinidad y las dos naturalezas de Cristo (completamente divino y completamente humano), sin ningún in-

terés especulativo ulterior. Al igual que Zwinglio, Lutero y Calvino, creían en la salvación por la sola gracia, por medio de la fe y sin obras meritorias, la autoridad final de las Escrituras y el sacerdocio de todos los creyentes. Pero divergían de ellos en cuanto a su práctica y aplicación.

Con respecto a la salvación, a la par de la justificación por la fe, enfatizaban la regeneración interior y una vida posterior de verdadera transformación como evidencia de ella. Por lo mismo, daban especial énfasis a la responsabilidad personal y a la conversión individual. No aceptaban el bautismo de niños, al que consideraban ineficaz, pues, decían, sólo quienes se han convertido de manera responsable y consciente pueden recibir el bautismo como señal de esa conversión. Y también, practicaban de modo real el sacerdocio de todos los creyentes, pues sus reuniones eran abiertas a la participación de todos los hermanos y hermanas, mientras que sus pastores y predicadores surgían de entre los mismos hermanos, muchas veces, sin mayor preparación formal. Además, practicaban una intensa vida de comunión entre sí, partiendo el pan y orando juntos por las casas.

En verdad, anhelaban formar iglesias de creyentes según el modelo del Nuevo Testamento, en oposición a las «iglesias estatales», donde era imposible distinguir entre creyentes falsos y verdaderos.

Por otro lado, rechazaban las persecuciones por motivos religiosos y las guerras asociadas con ellas. Fueron convencidos pacificadores en una

era donde el odio y la intolerancia parecía ser la norma. Se debe, por lo mismo, rechazar la conocida tesis de que las crueldades de la cristiandad de su tiempo se explican por el «espíritu de la época». Los hermanos dejaron muy claro, para cualquiera que quisiera escucharlos, que el verdadero espíritu del evangelio es muy distinto. Y se debe consignar que tanto Lutero, como Zwinglio, Calvino y los demás líderes de la Reforma conocían muy bien sus enseñanzas. Sin embargo, y al parecer, no les afectaron demasiado.

Baltasar Hubmaier

Gran parte de las principales enseñanzas de los hermanos fueron desarrolladas y expuestas, tras la muerte de Grebel y Manz, por Baltasar Hubmaier, quien se convirtió así en unos de los líderes más importantes e influyentes en la historia de los hermanos. Hubmaier había sido un erudito católico prestigioso y reconocido en toda Europa. Su conversión al protestantismo fue considerada como un gran triunfo para la causa reformada. Era amigo de Erasmo y coincidía con los pacíficos y amables ideales cristianos del famoso humanista. Con respecto a los «cazadores de herejes», tanto católicos como protestantes, escribió: «Los inquisidores son peores que todos los herejes, porque, contrariando al doctrina y el ejemplo de Jesús, condenan a los herejes a la hoguera... Porque Cristo no vino para mutilar, matar, o quemar, sino para que las personas vivan en abundancia».

Después de su conversión, en

1522, fue obligado a dejar su cargo de vice-rector de la universidad católica de Regensburg, Alemania. Desde allí se trasladó a Waldshut, cerca de Zurich, en Suiza, para hacerse cargo de una naciente congregación protestante. No se sabe bien cómo entró en contacto con las ideas anabaptistas, pero es probable que fuese a través de los hermanos asociados con Grebel y Manz. En 1525, comenzó a predicar en oposición al bautismo infantil y poco después llevó a las cerca de 300 personas de la congregación en Waldshut a bautizarse, en un domingo de Pascua.

A partir de allí, comenzó una discusión panfletaria con Zwinglio, defendiendo la causa anabaptista. Pero cuando la policía del emperador apareció en Waldshut, se vio obligado a huir a Zurich, donde fue arrestado rápidamente por Zwinglio y su partido. Después de un tiempo en prisión, debatió públicamente con Zwinglio en un precario estado de salud y fue apabullado fácilmente por su robusto oponente. Acto seguido, este último lo mandó torturar para conseguir su retractación. Hubmaier, cedió bajo la tortura, firmó la retractación requerida, y fue puesto en libertad. Sin embargo, de inmediato se arrepintió con amargura de su debilidad y temor. Huyó a Moravia, donde continuó con su obra. Allí se convirtieron y bautizaron más de 6.000 personas como fruto de su ministerio.

Finalmente, en 1527, los *Täuferjäger* del emperador lo apresaron y lo llevaron cautivo a Viena para ser juzgado y ejecutado. Fue quemado públicamente en la plaza del mercado, y

mientras las llamas envolvían su cuerpo, se le escuchó repetir varias veces, «¡Jesús; Jesús!», antes de que el fuego silenciara para siempre su voz en este mundo. Tres días después, su valiente esposa fue arrojada desde un puente a las oscuras aguas del río Danubio, con una pesada piedra atada al cuello.

Hubmaier, al igual que todos los anabaptistas, fue acusado de rechazar toda forma de gobierno y aún la misma existencia del estado. Sin embargo, él negaba esta acusación, afirmando que se debe obedecer a los príncipes y gobernadores mientras ello no exija desobedecer la Palabra de Dios. Lo que en verdad rechazaba es la unión de la iglesia y el estado, a la par que abogaba por la libertad de conciencia.

Johanes Denck

Otro líder importante durante los primeros días de los hermanos fue Johanes Denck, quien en Basel había entrado en contacto con Erasmo y trabado amistad con el grupo de destacados eruditos que se reunían en torno a él. Luego fue profesor en una de las escuelas más importantes de Nüremberg, ciudad donde el joven luterano Ossiander llevaba adelante la Reforma.

Denck se desilusionó profundamente de ésta, al observar que muchos de los que se decían nominalmente «justificados por la fe» no mostraban ningún cambio real en sus vidas, ni mucho menos una conducta santa. Para él, esto no era sino el signo de una seria carencia en el evangelio que estaba siendo predicado.

Ossiander lo denunció a los magistrados de la ciudad y éstos lo conminaron a abandonarla, sin permitirle una defensa pública de su fe, alegando que era demasiado hábil y astuto en la presentación de sus «errores». Denck se despidió de su familia y partió a una vida de destierro errabundo hasta el fin de sus días.

Dondequiera que fue, lo siguieron la calumnia y la difamación. Sus enemigos le atribuían toda clase de doctrinas perversas y llamaban a evitarlo como a un hombre extremadamente peligroso. A pesar de toda aquella violenta difamación, muchas veces escrita, Denck jamás pagó con la misma moneda en sus escritos. No se percibe en ellos ningún rastro de amargura o rencor hacia quienes lo calumniaban.

Aún más, en un tiempo de especial presión en su contra, escribió acerca de ellos: «Me aflige el corazón el estar en desunión con muchos de los cuales, de otra manera, no puedo considerar sino como mis hermanos, porque adoran al mismo Dios que yo adoro, y honran al Padre que yo honro. Por consiguiente, si Dios lo quiere y hasta donde es posible, no haré un adversario de mi hermano, tampoco de mi Padre un juez, pero, en tanto estoy en el camino, estaré reconciliado con todos mis adversarios».

Esta admirable declaración expresa muy bien la actitud con la que miles de hermanos enfrentaron la persecución e incluso el martirio durante aquellos días, dejando detrás de sí un imperecedero testimonio del verdadero espíritu del Señor Jesucristo y su evangelio.

Denck cumplió hasta el fin con este propósito. De Nüremberg pasó a Augsburgo, donde conoció a Hubmaier y fue bautizado, ligándose así con los hermanos anabaptistas. Después de un tiempo de ministerio allí, la obra creció rápidamente, pero debió huir nuevamente y buscar refugio en Estraburgo, donde existía una importante asamblea de hermanos bautizados. En esa ciudad los líderes del partido protestante eran Capito y Bucer. El primero simpatizaba con los hermanos y tenía esperanzas de llegar a un entendimiento con ellos. Sin embargo, Bucer recelaba de su influencia y solicitó a los magistrados que expulsaran a Denck.

Obligado por la situación, partió hacia Worms, donde se dio a la tarea de traducir e imprimir los Profetas Mayores y Menores. Volvió nuevamente a Augsburgo para una conferencia de hermanos venidos de varios distritos. Allí se opuso decididamente a aquellos que se inclinaban al uso de la fuerza contra quienes los perseguían. Se la llamó, «la conferencia de los mártires», debido al gran número

de participantes que más tarde selló su vida con el martirio.

Finalmente, en 1527, después de ir de una parte a otra, perseguido y rechazado, y tras pasar por muchas aflicciones y necesidades, Denck llegó a Basel con su salud quebrantada. Allí volvió a encontrarse con los viejos amigos de su juventud. El compasivo reformador Ecolampadio lo encontró casi moribundo y lo acogió en su casa, donde poco tiempo después murió, en descanso y en paz al fin.

Poco antes de morir, escribió: «Dios sabe que no busco otro fruto, excepto el que realmente muchos, con un corazón y un alma, glorifiquen al Padre de Nuestro Señor Jesucristo, sean o no circuncidados y bautizados. Porque pienso de un modo muy distinto a aquellos que atan el Reino de Dios excesivamente a ceremonias y elementos de este mundo, cualesquiera que ellos sean». En aquellos días de escasa tolerancia, afirmó: «En asuntos de fe, todos deberían ser libres para actuar voluntariamente y por propia convicción».

(Continuará).

* * *

“No trabajo para usted”

En su autobiografía, John Kenneth Galbraith hablaba de la devoción de Emily Gloria Wilson, su antigua ama de llaves. “Había tenido un día difícil, por lo que decidí tomar una siesta y le pedí a Emily que no me pasara ninguna llamada”.

“Al rato sonó el teléfono. El Presidente Lyndon Johnson llamaba desde la Casa Blanca. ‘Comuníqueme con Ken Galbraith, soy Lyndon Johnson’. Emily dijo: ‘Señor Presidente, está durmiendo y me pidió que no lo molestara’. ‘Bueno, despiértelo. Quiero hablar con él’. ‘No, Señor Presidente. Yo trabajo para él, no para usted’. Cuando le devolví la llamada al Presidente, el no podía disimular su placer: ‘Dile a esa mujer que la quiero aquí, en la Casa Blanca’.

En tu vida, ¿quién es tu jefe?

Claves para el estudio de la Palabra

Eclesiastés

A. T. Pierson

Palabra clave: Vanidad

Versículo clave: 2:11.

Estas "Palabras del Predicador", en forma de monólogo, registran resultados de experiencia y observación de la vida del hombre. Observando desde el nivel más alto "debajo del sol", todo parece un gran error, "vanidad y aflicción de espíritu". Solamente cuando se juntan el mundo presente y el porvenir se tiene la vida en su totalidad. Sólo cuando Dios y el hombre son unidos por la fe y la obediencia se tiene al hombre en su totalidad. (Ecl. 12:13-14).

Eclesiastés es un enigma para muchos lectores que ven en Salomón un epicúreo, glotón, hipocondríaco o escéptico. Para el estudiante serio, el plan del libro se presenta muy claro. *Considerada sólo desde la perspectiva de este mundo, la vida no vale la pena ser vivida*, y el prefacio anticipa y delinea el argumento: 1. *La muerte encierra a todos en derrota y decepción*; 2. *Todo se mueve en un círculo sin fin* de repetición monótona, nada hay de nuevo, no hay ningún progreso permanente. 3. *Todo trabajo fracasa en satisfacer o gratificar*. 4. *Todo al fin se pierde*, incluso el recuerdo del bien.

Luego de este esbozo inicial, el autor *entra en detalles*. Sigue un método científico, recolecta datos, los clasifica, y esboza inferencias y conclusiones. *Sus experimentos* son: buscar sabiduría, placer, frivolidad, mundanalidad, empresas, tesoros, bellas artes, pero él sólo encuentra el clímax del disgusto. (2:26). *Sus observaciones* son: el hombre es limitado por una ley del destino; vanidad y

aflicción de espíritu son las palabras que expresan su veredicto final.

La solución para ese problema de la vida comienza en el capítulo 8:16. Él descubre: 1. La divina providencia rigiendo todo; 2. El recuerdo piadoso de Dios introduciendo en la vida un factor de salvación, que convierte la vanidad en verdad, y la aflicción de espíritu en satisfacción; 3. Este mundo es un hemisferio, cuyo complemento es otro hemisferio. El hombre es una media bisagra sin Dios. No hay ganancia bajo el sol, pero debemos mirar más allá del sol. «Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es *el todo del hombre*» (Ecl. 12:13).

DIVISIONES:

- 1) Ecl. 1:1-11 Prefacio.
- 2) Ecl. 1:12-2:26. Resultado de las experiencias.
- 3) Ecl. 3:1-8:15. Resultado de las observaciones.
- 4) Ecl. 8:16-12:7. Inducción.
- 5) Ecl. 12:8-14. Gran conclusión.



Símbolos y tipos del Antiguo Testamento

(4)

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico, con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

A. B. Simpson

La serpiente o la tentación

Aunque, como es natural, creemos que hubo una serpiente literal empleada como instrumento de la tentación, con todo, el lenguaje de la Biblia muestra con claridad y precisión una personalidad más fuerte detrás del agente visible, al cual se aplica este nombre (serpiente) en muchas alusiones subsiguientes. Los escritores del Nuevo Testamento hablan de modo invariable de Satanás bajo esta figura, y en las escenas finales del Apocalipsis se revela la visión de su juicio y destrucción finales.

La serpiente literal

No debe sorprendernos que Satanás se presentara ante nuestros primeros padres bajo esta forma, y que, al parecer, al verlo, Eva no se sobresaltara. No conociendo todavía todas las propiedades y características aún de la creación natural, ella debe de haber considerado como algo corriente que la serpiente se le dirigiera. Nunca había sido tentada antes, por lo que no había motivo para que se guardara contra la tentación. La lección para nosotros es evidente y solemne: que la tentación no nos asaltará, por lo general, en su aspecto re-

pulsivo y en su fuerza satánica sin disfraz, sino que vendrá a través de una causa segunda, y siempre de una forma de la que en modo alguno vamos a sospechar.

La idea tradicional de que el diablo se presentó ante nuestro Señor con pezuñas y forma diabólica es contraria a la misma idea de la tentación; una criatura así no es probable que engañara a nadie o le persuadiera. Un viejo escocés, mirando un cuadro de la tentación, sonrió con ironía al ver la figura de un feroz enemigo, y respondió secamente: «Un diablo así nunca conseguiría tentarme». Sospechamos, pues, del mal que se nos acerca en formas insidiosas, no en apariencias sobrecogedoras o manifestaciones espeluznantes, sino en el simple quehacer de lo común, sucesos y objetos de nuestra vida cotidiana, y recordemos siempre que el precio de la seguridad es la vigilancia perpetua.

El tentador real

Tenemos, pues, que insistir en que se trataba del diablo. Isaías le llama «leviatán serpiente veloz ... serpiente tortuosa ... dragón que está en el mar» (Isaías 27:1). Pablo le llama la serpiente que engañó a Eva con astucia, y Juan le llama serpiente antigua, y dragón, que es el diablo y Satanás.

Una serpiente literal es probablemente el tipo más perfecto de sus características espirituales. Sabemos que la historia de Satán lo bastante como para reconocer que originalmente era uno de los seres creados más inteligentes: «Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo

Un viejo escocés, mirando un cuadro de la tentación, sonrió con ironía al ver la figura de un feroz enemigo, y respondió secamente: «Un diablo así nunca conseguiría tentarme».

monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad» (Ez. 28:14-15). Es la personificación del conocimiento sin pureza, de la sabiduría sin principios, de las características más brillantes del intelecto, hermanadas con los motivos más egoístas, malignos y atrocemente malvados. Como la serpiente, su recurso principal es la astucia; sus artimañas han de ser temidas más que sus ataques directos. Es evidente por este relato, que su carrera de maldad y ruindad empezó hace ya mucho tiempo. Arrastró consigo a un grupo de ángeles que no observaron su primer estado, y con él siguieron su curso desesperado, y ahora ha venido para echar a perder la pureza y felicidad de este hermoso mundo nuevo que ha salido de las manos del Creador.

El por qué Dios le permitió, aunque sólo fuera por una temporada, que pudiera tocar con su influencia la creación, es uno de los misterios del gobierno divino, pregunta que segui-

mos haciéndonos día tras día. La respuesta a esta pregunta que probablemente nos da la razón suficiente es que el bien tiene que ser puesto a prueba antes de recibir la recompensa, y que todo carácter y justicia debe estar a prueba del diablo antes de que pueda ser aprobado y recompensado de modo final.

El método de la tentación

El método que sigue la serpiente para engañar a Eva es fingir un asentimiento total a lo que luego va a poner en duda y negar. El objetivo es no poner en guardia al otro, ponerse de su lado, adoptar su punto de vista para acercársele más. Es esta la forma en que siempre se acerca a nosotros. Siempre prefiere luchar a favor de él mismo si estuviera a nuestro lado en la pelea. El diablo preferiría, con mucho, trabajar desde un púlpito cristiano que desde la prensa incrédula o desde un escenario de teatro.

Lo primero que dice es una mentira redomada, y a partir de aquel día ha seguido diciéndolas. Nuestro Salvador le llamó mentiroso y padre de mentira. La única manera de entenderle y pararle los pies es sospechar que lo que promete son maldiciones y lo que amenaza son promesas de bendición divina, es decir, ver en lo que dice que lo opuesto es probablemente la verdad.

Luego viene una pregunta. Con razón se ha dicho que el punto de interrogación es también la figura real de la serpiente, que es sinuosa. Las preguntas son su arma favorita. No ataca directamente nuestra fe, sino

que astutamente hace preguntas insidiosas, de todos los matices; y cuando ha depositado la pregunta, como hace la araña con su tela con la mosca, con exquisita habilidad y rapidez nos enreda en ella como una trampa fatal.

Sus preguntas se dirigen directamente a las palabras de Dios: «¿Conque Dios os ha dicho?». Este es su dardo predilecto, y nunca tan efectivo como cuando va acompañado de una supuesta adhesión. El «Dios no ha dicho» ateo afirmado por Voltaire o Paine no es ni la mitad tan peligroso como el fino escepticismo insinuante que es su instrumento preferido en el púlpito y la prensa religiosa, y que dice: «No moriréis».

El espíritu del escepticismo respecto de la inspiración de la Biblia siempre va seguido de un aflojamiento en la creencia en las sanciones del gobierno divino y la negativa de su retribución.

Las enseñanzas extendidas y perniciosas de las numerosas voces que se dicen consagradas con respecto al futuro y los intentos de establecer un sistema de fácil indulgencia y un tiempo indefinido en que se pone a prueba al impenitente y obstinado, no son sino las voces del Edén que se repiten en ecos múltiples en estos últimos tiempos, en que las edades llegan a su fin, y los prototipos del pasado están recibiendo su cumplimiento final y definitivo.

Observemos que la promesa de Satán a Eva: «Serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal», no era en modo alguno falsa. El diablo no siempre

miente, pues de ser así, a estas alturas nadie daría crédito a sus falsedades.

Sus afirmaciones contienen bastante verdad para que puedan pasar por buenas; sus drogas son bastante dulces para hacerlas aceptables al paladar; sus promesas son bastante creíbles para que pueda enredarnos con ellas en su trampa. Sus víctimas se vuelven como dioses, realmente, incluso como él mismo ha pasado a ser, al rechazar la autoridad de Dios y ser su propio dueño y señor de su voluntad y de su vida. Pero ésta es la misma maldición de nuestro estado caído, de la cual sólo podemos ser salvos por la muerte del yo y la vida

de resurrección del Señor Jesucristo.

Cuando dejamos esta escena ¡qué cuadro tan triste y tan solemne es el de la primera tentación!: un Edén de delicia; una herencia rica en toda clase de bendición; una hora de amor supremo por parte del cielo, y, con todo, la hora del peligro; la hora del poder de las tinieblas; la hora escogida por nuestro tentador y destructor; una hora en que tuvo lugar el desastroso naufragio y ruina de un mundo, y que proyectó su sombra sobre la eternidad. Es a nuestro Edén que viene la serpiente en el momento en que nos consideramos más seguros. Por tanto, «velad y orad, para que no entréis en tentación».

* * *

Un afiche

En una de las varias ciudades que visitaba predicando la Palabra de Dios, el predicador A. C. Gaebelien, notó que un afiche, puesto en la pared de una pequeña tintorería, decía: "Yo vivo para morir; yo muero para vivir. Cuanto más yo muero, más vivo; cuánto más yo vivo, más muero".

En la vida cristiana, esas palabras nos hablan de una gran verdad espiritual. Cuanto más muerte del "yo" existe, más plenamente el Señor Jesús es capaz de vivir su vida en nosotros.

"Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (2ª Cor. 4:10-11).

Muertos de antemano

Cuando James Calvert (1813-1892) se dirigía a las islas Fiji para darle el mensaje del evangelio a sus moradores, el capitán del barco en que viajaba trató de disuadirlo: "Exponéis vuestra vida y la de vuestros compañeros yendo a vivir con esos hombres", le dijo. La magnífica respuesta fue: "Morimos antes de venir acá".

Miguel Limardo, Ventanas abiertas

Epístola a Tito.



Viendo a Cristo en la disciplina de la iglesia

(2ª Parte)

Stephen Kaung

Lectura: Tito 2:1-15.

El ejercicio de la disciplina en la iglesia

Lamentablemente, aun el propio pueblo de Dios no gusta de la disciplina. El pueblo de Dios no aprecia la disciplina, no sólo en sus vidas personales, sino tampoco en la iglesia. Ellos desean que la iglesia sea un lugar donde todos sean libres para todo, donde cada uno pueda hacer lo que quiere, porque eso lo interpretan como amor.

¿Es posible que la disciplina y el amor sean antagónicos? ¡Ciertamente

no! Pues si la disciplina debe ser ejercida, es por causa del amor. La iglesia es la casa de Dios, es el reino del Hijo de Dios. Hay amor en la iglesia, y es por esa misma razón que la disciplina debería ser muy evidente en la iglesia. En verdad, si no hay disciplina, no hay iglesia.

Por otro lado, ¿cómo debe ser ejercida la disciplina en la iglesia? Por desgracia, a lo largo de muchos años de cristianismo, muchos han abusado de la disciplina. La han transformado en algo legalista, algo

judicial. Sin embargo, la disciplina en sí misma no es algo judicial – la disciplina es amor.

En el Nuevo Testamento, hay por lo menos tres niveles de disciplina. El primer nivel es la disciplina en la relación entre hermanos (Mateo 18:15-17). El próximo nivel es el de la disciplina de la relación paternal (Gálatas 6:1). El tercer nivel es la disciplina del Hijo sobre su casa, la disciplina de la iglesia (1ª Corintios 5). Recordemos que este último nivel debe ser también el último en ser practicado. Es decir, después que todas las otras medidas han sido aplicadas, entonces debe entrar en acción la disciplina de la iglesia, porque no todas las cosas necesitan pasar por esta disciplina. Si alguien ya fue disciplinado en alguno de los otros niveles de relación, entonces no es necesario aplicar la disciplina de la iglesia, pues la disciplina ya fue aplicada.

La relación entre hermanos

El tema de la disciplina en la relación entre hermanos es tratado en Mateo 18. Nosotros somos muchos hermanos y hermanas y, por el hecho de no ser aún perfectos, de vez en cuando pecaremos unos contra otros.

¿Qué debemos hacer si un hermano peca contra otro hermano? ¿Debemos llevar el asunto a la iglesia para que la iglesia lo juzgue? Eso sería actuar judicialmente. No debe ser así. Si un hermano peca contra ti, no hagas público el asunto de modo que lo sepan todos los hermanos, no traigas el asunto de inmediato a la iglesia. Si

todos obran siempre de esta manera, la iglesia se transformará en un tribunal.

Si un hermano peca contra ti, en primer lugar, por causa del amor, debes perdonarlo. Pero eso no es suficiente, pues aunque lo hayas perdonado, él aún está en tinieblas. Necesitas restaurar a tu hermano. El objetivo de la disciplina es la restauración, jamás el castigo. Por eso, es tu responsabilidad de amor, después de haber perdonado a tu hermano, ir a él y hablarle la verdad en amor. Recuerda que tu objetivo no es justificarte a ti mismo.

A veces algún hermano me ha hecho mal y yo lo busco porque quiero ajustar las cuentas con él. Quiero exigir mis derechos. Si tú vas pensando de esa manera, estarás totalmente equivocado, pero si vas a él en amor, y le dices: ‘Hermano, quizás no te has dado cuenta, pero has procedido de mala forma conmigo; lo que tú has hecho no está correcto a los ojos del Señor’. Con eso, estarás tratando de traer a la luz a aquel hermano que anda en tinieblas, porque si él está en tinieblas, tanto la relación de él con el Señor como la relación contigo será perjudicada.

Si algún hermano pecó contra ti, y este pecado nunca fue tratado, habrá siempre una especie de sombra entre ti y ese hermano. Entonces la comunión habrá sido afectada. Por esa razón, es tu responsabilidad de amor ir hasta tu hermano y decirle: ‘Hermano, yo quiero tener comunión plena contigo, pero hay un impedimento que necesita ser esclarecido. Tú has cometido un error y debes volver al

Señor'. Si tu hermano te oye, habrás ganado a tu hermano.

Pero, si ese hermano no quisiera oírte, ¿qué vas a hacer? Tu responsabilidad no habrá terminado, porque el amor tiene que andar la segunda milla. Deberás buscar a uno o dos hermanos más, no cualquier hermano o hermana, sino aquellos que son respetados por ti y por el hermano ofensor, de modo que puedan servir como testigos, porque por la boca de dos o tres testigos se decidirá todo asunto.

El objetivo de todo eso, sin embargo, no es comprobar que tú estás en la verdad, sino restaurar a tu hermano. Y si ese hermano fuere humilde, él se humillará en esa circunstancia. Si, al contrario, él no se humillare, entonces tú debes ir a la iglesia. Y la iglesia, representada por el liderazgo, va a tratar con ese hermano y va a decirle: 'Querido hermano, hemos visto que tú andas en tinieblas. Tú necesitas arrepentirte, porque está siendo afectada tu comunión'.

¿Qué pasará si él no oye a la iglesia? ¿Será excomulgado? No, hermanos. Ese ha sido uno de los errores cometidos por la cristiandad en el pasado. Ellos usaron ese versículo para excomulgar a las personas; pero si leemos cuidadosamente, veremos lo que está realmente escrito: «*Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no*

Hoy la disciplina se ha tornado muy judicial en su carácter, y eso está errado.

oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano» (Mateo 18:17).

Si el hermano ofensor no oye a la iglesia, pensamos que ésta debería excomulgarlo, mas está escrito que eso es algo que sólo tú deberías hacerlo. Tú puedes tenerle como gentil y publicano. Solamente es afectada su comunión personal. Él aún está en la iglesia, porque el pecado por él cometido no es lo bastante serio como para perjudicar a toda la asamblea. Es lo suficientemente serio para afectar a su relación personal, por eso debe ser tratado a nivel personal. Desde ese día en adelante tú lo verás como si fuese un incrédulo, un publicano. Pero, ¿cómo ves tú a un no creyente, a un publicano? ¿Lo desprecias? ¡No! ¡Tú lo amas!

Esa es, por lo tanto, la disciplina en cuanto a la relación entre los hermanos, y si tan sólo más de esa disciplina fuese ejercida en la iglesia, la iglesia no necesitará aplicar la disciplina, porque los problemas habrán sido resueltos de antemano. Hoy la disciplina se ha tornado muy judicial en su carácter, y eso está errado.

La relación paternal

Dios, nuestro Padre celestial, nos disciplina para que seamos sus hijos e hijas. En el pueblo de Dios, hay quienes son más espirituales que otros. Ellos conocen al Señor con mayor profundidad, tienen una mayor medida de Cristo en sus vidas, han vivido muchas experiencias, han sido más disciplinados, y por eso son más experimentados.

«*Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois es-*

pirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gál. 6:1).

Aquellos que son más espirituales en la iglesia deben tener una especie de cuidado paternal sobre los otros hermanos que son menos espirituales, menos maduros. Cuando tú ves a un hermano que está errado, pero él mismo no percibe la situación en que se encuentra, por no haber pasado antes por esa experiencia, entonces tú puedes intentar restaurarlo con espíritu de mansedumbre. Tú tratas de ayudarlo, porque no quieres verlo caer. Tú amas a tu hermano, y eres para él como un padre en el Señor. No vas a él simplemente para acusarlo diciéndole: 'Tú has hecho tal o cual cosa errada; estás condenado'. ¡No! Debes ir a él para restaurarlo con espíritu de mansedumbre.

En tal caso, debes actuar de la siguiente forma: 'El Señor trató conmigo en ese asunto; por esa razón, mis ojos fueron abiertos. Yo puedo ver adónde serás conducido si esa falla en tu vida no es corregida. Por eso es que te estoy exhortando. Te pido humildemente, te ruego con lágrimas, que te arrepientas y te vuelvas al Señor'. Si actúas con ese espíritu es bastante probable que tu hermano será restaurado. Pero al hacerlo debes ser cuidadoso. No pienses que tú eres mejor que tu hermano, pues tú mismo puedes ser tentado y puedes llegar también a caer. De esa forma, por tanto, funciona la disciplina basada en la relación paternal.

La disciplina de la iglesia

Si ninguna de las medidas tomadas anteriormente produce resultados, y la falta del hermano es algo que va a corromper a toda la iglesia, entonces la iglesia necesita ejercer disciplina.

La iglesia es como un pan, un pan no fermentado. En 1ª Corintios 5:6, Pablo dice: «¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?». A veces ocurren cosas erradas en la iglesia, ya sean conductas erradas o enseñanzas erradas, las cuales, si no son tratadas, si permitimos que permanezcan, empezarán a leudar toda la masa, empezarán a destruir toda la iglesia, y en tales casos la iglesia debe ejercer la disciplina. Sin embargo, cuando la iglesia ejerce disciplina, debemos recordar siempre que debe ser en amor.

Un hermano dijo en cierta ocasión: «El hecho de pensar que un hermano tenga que disciplinar a otro hermano a quien el Señor ama, es un pensamiento que asusta».

¿Quién eres tú para que juzgues a otro a quien el Señor ama? ¿No te conoces a ti mismo? ¿Has olvidado tus propias flaquezas? ¿Cómo osas hacer algo así? Mas, el amor vence tales pensamientos y tú te dispones a disciplinar a tu hermano, no por ser mejor que él, sino porque tú amas a tu hermano, por amor al Señor. Por esa razón te dispones a pagar el precio; te arriesgas a ser malinterpretado, pero deseas salvar a tu hermano.

Hermanos, la disciplina nunca se divorcia del amor. Cuando la iglesia aplica disciplina, debe hacerlo en amor. Aquel hermano mencionado en 1ª Corintios 5 cometió un pecado que

ni aun en el mundo es corriente: in-cesto. Por tanto, Pablo dice: «Esto es fermento. Si permiten que esto permanezca en la iglesia causará daño a la iglesia. Esto va a leudar a toda la iglesia, destruirá el testimonio de la iglesia». Pero, ¿qué hizo Pablo? Intentó despertar la conciencia de toda la iglesia. Antes que la iglesia pudiese ejercer disciplina, toda ella necesitaba arrepentirse. O sea, toda la iglesia debía identificarse con aquel hermano que pecó y arrepentirse con él delante del Señor.

Sólo cuando la conciencia de toda la iglesia es despertada y, como iglesia, reconocemos y decimos: 'Nosotros hemos pecado contra Dios', entonces puede ser ejercida la disciplina a fin de retirar el fermento del pan. ¡Lanzad fuera a tal persona! Pero eso es hecho con lágrimas y tristeza en el corazón. Excluir a un hermano o a una hermana de la comunión es algo muy serio. ¿Cómo osaríamos hacer tal cosa a no ser en amor?

El motivo por el cual una persona es excluida es el siguiente: para que ella se sienta avergonzada y pueda ser restaurada. Ella fue excluida para que el pan no sea todo leudado, para que la pureza del testimonio de Jesús sea preservada. Pero eso debe ser hecho no con sentimiento de justicia propia, sino en profunda humillación. El hermano es excluido de modo que nadie andará con él, él se sentirá avergonzado y deseará arrepentirse y ser restaurado. Y el resultado está en 2ª Corintios – aquella persona es restaurada, recuperada.

El límite de la disciplina es la

iglesia. Después que una persona es excluida, ella no está más bajo disciplina, porque nosotros sólo podemos juzgar a aquellos que están dentro de la iglesia y no a los que están fuera. Aunque tú no tengas comunión, eso no significa que puedas odiar a aquel hermano. Tú lo mirarás como si fuese un incrédulo, y, ¿cuál debe ser nuestra actitud para con un incrédulo? Nosotros amamos a los incrédulos. Tú deseas verlo salvo, deseas verlo volverse al Señor. Repréndelo como un hermano, pero no lo odies como un enemigo. Así, por lo tanto, debe ser la disciplina en la iglesia.

La disciplina en la vida personal y familiar

La iglesia es la asamblea de los creyentes. Por eso, si nosotros, como creyentes individuales, somos disciplinados, entonces la iglesia no necesita ejercer disciplina. Lamentablemente, si nosotros, como individuos, somos indisciplinados, la iglesia tendrá innumerables problemas en la esfera disciplinaria. Fundamentalmente, por lo tanto, tiene que comenzar con cada persona.

Descubrimos que la palabra *prudente* aparece reiteradas veces en el segundo capítulo de la carta a Tito, el cual trata de las relaciones personales y familiares. Esta palabra, en verdad, significa dominio propio, control de sí mismo. El dominio propio es uno de los elementos del fruto del Espíritu de Dios. En Gálatas 5 tenemos la descripción del fruto del Espíritu, comenzando con el amor y finalizando con el dominio propio.

No pienses que ejercer dominio

propio significa controlarse a sí mismo. El dominio propio significa colocarse bajo el control del Espíritu Santo. Una y otra vez es mencionado en ese segundo capítulo de la carta de Pablo a Tito: enseñar a los ancianos a ser sobrios, a tener dominio propio; las mujeres ancianas, las mujeres más jóvenes y los hombres más jóvenes también deben ejercer el dominio propio.

Los jóvenes, tanto los hombres como las mujeres, necesitan dominio propio. Como joven, tú debes colocarte bajo la disciplina del Espíritu Santo. Deja que el Espíritu Santo te hable a diario; permite que el Espíritu Santo te entrene; permite que el Espíritu Santo remueva de tu vida aquellas cosas que no agradan a Dios; deja que el Espíritu Santo construya en lo íntimo de tu ser aquello que traerá satisfacción al corazón de Dios – la vida de Cristo en ti. Si en tu vida cotidiana sigues al Espíritu Santo y estás bajo su disciplina, entonces tendrás dominio propio.

Los jóvenes necesitan ejercer dominio propio, pero eso no significa que los más viejos, sean hombres o mujeres, no necesiten también del dominio propio. En verdad, cuando tú eres joven, aún tienes alguna fuerza de voluntad y puedes, por una razón ética, controlarte a ti mismo.

Por ejemplo, si trabajas en una tienda como vendedor, y viene a ti un cliente difícil, que te hace mostrarle todo tipo de artículos, te pide explicaciones y, al final, cuando piensas que va a comprar algo, él simplemente no se decide y acaba sin comprar nada, entonces tú tratas

de ejercer dominio propio para no tratar mal a esa persona; pero eso es por una razón ética. Has ejercido tu fuerza de voluntad.

Nosotros también podemos, por una razón de educación, ejercer dominio propio; mas eso no es real. El único dominio propio verdadero es aquel producido por el Espíritu Santo. Pero cuando vamos envejeciendo, nuestra fuerza de voluntad se debilita, y por esa razón los hombres y mujeres también necesitan de dominio propio. Si tú no fuiste disciplinado cuando eras joven, descubrirás que será mucho más difícil serlo cuando seas viejo. No obstante, aunque hayas sido disciplinado cuando eras joven, continuarás necesitando de disciplina cuando seas viejo. Todos necesitan la disciplina. No son sólo tus hijos quienes la necesitan; tú también la necesitas.

La disciplina no se restringe sólo a tu vida personal; debe tocar también tu vida familiar, pues ambas están interrelacionadas. Nuestra relación unos con otros necesita estar bajo disciplina. Hijos, obedezcan a sus padres en el Señor. Padres, no ofendan a sus hijos al punto que ellos lleguen a perder la voluntad de hacer el bien. Maridos, amen a sus mujeres. Mujeres, sométanse a sus maridos. Las mujeres de más edad, que son disciplinadas, pueden enseñar a las más jóvenes a ser disciplinadas, a hacer los trabajos de la casa, a amar a sus maridos e hijos, a someterse a sus maridos, y así en adelante. Esas relaciones familiares deben estar bajo disciplina.

La disciplina social

Nosotros aún estamos en este mundo, aunque aquí seamos extranjeros y peregrinos. Tenemos un testimonio que dar en este mundo, y por tal razón necesitamos someternos a las autoridades que Dios puso sobre nuestras vidas. Todas esas cosas no son sólo enseñanzas, normas o reglamentos. ¡De ninguna manera!

A medida que leemos la carta de Pablo a Tito, descubrimos que todo está relacionado con la misericordia de Dios, con la salvación de nuestro Señor Jesús, con el poder del Espíritu Santo. Dios nos salvó de todo y de cualquier tipo de indisciplina y, por su gracia, nos transformamos en un

pueblo exclusivo de Dios, somos propiedad suya. Es por eso que Dios, siendo tan lleno de gracia y misericordia, nos disciplina, con la finalidad de llevarnos a aquel punto en que seamos perfectos, es decir, maduros, transformados y conformados a la imagen del amado Hijo de Dios. Ese es el propósito supremo.

Amados hermanos, yo espero que podamos corregir el concepto que tenemos de disciplina, para que tengamos el concepto correcto. Que no rechazemos la disciplina; al contrario, que la aceptemos con alegría, porque ella tiene como objetivo nuestra perfección, nuestra madurez.

* * *

Las restricciones del Espíritu Santo

Bona Fleming tenía que hacer trasbordo de trenes en Cincinnati y St. Louis, a fin de llegar a su compromiso evangelístico en Oklahoma. Mientras esperaba en la estación de Cincinnati, una voz interior se hizo oír: "No tome ese tren". Fleming razonó: "Este es el único tren que tiene conexión con el que va para el oeste". La voz interior habló nuevamente, de manera tan clara que Fleming incluso se volvió para ver quién hablaba: "No tome el tren e las 9,30". Nadie había hablado. Él comenzó a sentir el desastre inminente.

Poco antes de ser anunciado el tren de las 9,30, Fleming pensó: "Necesito llegar a tiempo para la reunión, no quiero ser tropezado para nadie". "Déjeme eso a mí", dijo la voz claramente. Fleming paró un poco; después, dudando de sus impresiones, se levantó por tercera vez. Vino nuevamente la impresión muy clara: "¡No tome ese tren!". Fleming volvió a su asiento. Mientras esperaba, tuvo una profunda sensación de paz.

Fleming tomó el tren de mediodía. Ciento cuarenta kilómetros más allá de Cincinnati, el tren paró. Al lado de la línea, ellos vieron los destrozos del tren de las 9,30. Cuando Fleming llegó a St. Louis, hizo los arreglos necesarios y llegó a tiempo para su compromiso en Oklahoma.

Algunas de las restricciones de Dios pueden ser dramáticas e involucrar decisiones importantes.

Wesley L. Duewel, en Deixe Deus Guiá-lo Diariamente

Los nombres de Cristo (16).



La estrella resplandeciente de la mañana

Harry Foster

Este artículo presenta el decimotavo nombre entre los muchos que se dan para transmitirnos algo de la grandeza de nuestro Señor Jesucristo. También marcará el fin de esta serie. Por consiguiente, nos parece digno de considerar este último título, empleado por el Señor mismo cuando él concluyó su revelación a Juan con las palabras: «Yo soy... la estrella resplandeciente de la mañana» (Apocalipsis 22:16). El título no tiene ninguna significación especial para el hombre que está cómodamente sentado en un sillón, pero es pleno de significado para el peregrino cansado.

Cada viajero que ha transitado a través de una larga noche apreciará la emoción de esos momentos más oscuros cuando el brillante lucero del

alba abre la esperanza y la perspectiva del amanecer de un nuevo día. Nosotros, los cristianos, somos viajeros; estamos en un mundo de la más intensa penumbra espiritual, y probablemente para muchos de nosotros las tinieblas parecen volverse más densas. Necesitamos mirar hacia arriba, lejos de los acontecimientos de nuestro entorno, y por la fe fijar nuestra mirada en la Estrella Resplandeciente de la Mañana, nuestro Señor Jesús mismo. Él es nuestra esperanza viva, y él rompe la negra oscuridad de este mundo con la convicción luminosa de su Reino venidero.

Hubo una estrella que llevó hasta él en su humilde hogar de Belén, pero en su segunda venida él mismo es la Estrella, resplandeciente de esperanza y gloriosa en su majestad

real. Esta vez él vendrá como Rey. En la Biblia, las estrellas sugieren esta idea de gobierno. Es la imagen que las Escrituras utilizan en el verso poético de la profecía del Antiguo Testamento: «Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel».

El portavoz, Balaam, tuvo que confesar que esto sería «no ahora» (Números 24:17), y de hecho no involucraba nada esperanzador para él. La tragedia de este vidente, de este hombre cuyos ojos Dios abrió temporalmente, era que aunque su profecía era verdad, ella no tenía relación alguna con su propia vida personal. Balaam deseaba fervientemente morir la muerte del justo, pero él no tenía ninguna intención de vivir una vida justa: de hecho él amó los salarios de impiedad. El hombre que quiere disfrutar el beneficio de la estrella debe estar dispuesto a aceptar la autoridad del cetro. La Estrella de la Mañana debe gobernarlos si Él va a guiarnos.

Así que Balaam nos advierte de los peligros de una mera ilustración sobre los propósitos de Dios. Es bastante trágico estar totalmente ciego a las demandas del reino de Cristo – como a muchos les sucede – pero ciertamente es una tragedia aún mayor estar informado sobre su realidad e inminencia y sin embargo no tener ninguna parte en él. Por supuesto, consideremos la perspectiva profética y no descuidemos los signos de los tiempos, pero la mayor prioridad es tener un conocimiento vivo de Cristo por gracia y concentrar los pensamientos y expectativas en él. Él es nuestra esperanza. Las señales de Su

venida son un estudio fascinante, pero en general tal ocupación atrae la atención a las cosas oscuras y no puede efectuar por sí misma una transformación espiritual en el estudiante. Sin embargo, la luz de la Estrella de la Mañana tiene un efecto revolucionario en nuestro carácter y conducta diaria. No sólo nos advierte que el Día del Señor está cercano, sino que nos lleva a asumir nuestra parte en ese grande y glorioso triunfo.

Por esta razón, a la iglesia en Tiatira –la iglesia de la casa de Lidia– el Señor reforzó su llamado a batallar por la fe prometiendo que los vencedores compartirían Su reino y recibirían este gran regalo: «...le daré la estrella de la mañana» (Apocalipsis 2:28). No solamente la carta a Tiatira, sino el libro entero de Apocalipsis fue dado no sólo para leer y oír sino para la obediencia práctica (Apocalipsis 1:3 y 22:7). Las dimensiones de las materias tratadas en el libro son tremendas. Por tanto, los desafíos presentados al lector también son inmensos, y por ende, las bendiciones ofrecidas al que obedece. Así la Estrella Resplandeciente de la Mañana nos conforta y nos alienta a la obediencia de fe. El Día del Señor amanecerá pronto. En ese día, se nos dice: «Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (Daniel 12:3). Entretanto, que nada nos distraiga de mantener nuestros ojos en Aquel que es la Estrella Resplandeciente de la Mañana.

FIN DE LA SERIE

Toward the Mark, Vol. 3, No. 6, Sep. - Oct. 1974.

COSAS VIEJAS

LOS POBRES DE LA TIERRA

"Porque no para siempre será olvidado el menesteroso, ni la esperanza de los pobres perecerá perpetuamente" (Salmo 9:18).

El comunismo fracasó en su conquista de un paraíso terrenal. Buscó infructuosamente hacer justicia a los pobres de la tierra, instaurando sistemas de gobierno que se volvieron contra quienes buscaban aparentemente favorecer.

Sin embargo, los pobres y menesterosos tendrán una victoria final. Años y siglos de injusticias no habrán sido en vano. Y la justicia y la vindicación no vendrán de un gobernante terreno ni de un sistema político, sino del Dios de toda misericordia y consolación. De Aquél que, siendo rico, por amor a nosotros, se hizo pobre, para que nosotros, en su pobreza, fuésemos enriquecidos.

Quedarán vengados los sufrimientos de quienes soportaron toda una vida de despojo, de humillación. Serán vengados del rostro ceñudo del rico prepotente, del esquilmador, del avaro maldiciente, del despojador de los bienes y de sus hijos.

Y no será un asunto de ideología. Será un asunto de justicia divina, la misma que opera en el episodio del rico y Lázaro. Al rico se le dijo: *"Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males, pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado"*.

¡Qué gozo será el de millones de pobres, levantados al gozo del Señor! ¡Cuántas lágrimas de gozo lavarán heridas purulentas, y miradas de dolor! Cuántos rostros que nunca se atrevieron a mirar de frente verán sin temor a Aquél que levantará su cabeza para siempre.

La recompensa no se recibe aquí. No hay rebelión, no hay vindicación presente posible. Este tiempo no es de victorias, sino de humillación. *"Si sufrimos (aquí), reinaremos con él"*.

La visión de esta realidad lleva al cristiano a esperar confiadamente el tiempo de la vindicación de Dios.

* * *

DEMASIADO PRONTO O DEMASIADO TARDE

"Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc. 23:42-43).

Entre las muchas excusas que suelen oírse para no servir a Dios, o para explicar por qué no se le ha servido, hay las de dos tipos de cristianos.

Están los cristianos que dan la impresión de haber querido ser como el malhechor que le dijo al Señor: *"Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino"*. Es decir, habrían preferido conocer al Señor en su agonía, en el postrer aliento de vida, para no ser exigidos ni presionados a vivir para el Señor.

Ellos quieren para sí toda su vida y ser salvos en el último momento sólo para escapar del infierno. ¡Oh, cómo envidian al malhechor! Ellos lamentan haber crecido en un hogar cristiano, porque no tuvieron tiempo de "disfrutar de la vida".

Pero luego están los otros, los que dicen: "He perdido toda mi vida en deleites. Oh, si hubiese conocido al Señor antes, le habría consagrado mi vida". Estos piensan que si le hubieran conocido antes le habrían servido mejor que aquellos que le conocieron antes. Estos conservan, al pensar así, una buena opinión de sí mismos. Ellos creen que hubieran sido más dóciles que los otros. Evidentemente, es riesgoso ponerse en el plano de este tipo de suposiciones, mayormente cuando no ayudan a nada.

Pero, ¿sabes? lo que está claro es que ni unos ni otros le sirven mucho al Señor. No los que lamentan haberle conocido demasiado pronto, ni los que lamentan haberle conocido demasiado tarde. No son los que lamentan los que le sirven de verdad, sino los que dicen: "¡Este es el día que hizo el Señor! ¡Hoy es el día aceptable! ¡Hoy tengo fuerzas para hacerlo. Soy joven, tengo fe, todos los recursos de Dios están a mi alcance".

Y si alguno ya peca canas, bien puede decir: *"El Señor da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan, y se cansan, los jóvenes flaquean y caen, pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán"* (Is. 40:29-31). El Señor nos ayude para ver que estamos en el tiempo preciso para servirle.

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

El tema de esta ocasión es "mujeres de la Biblia". Aunque, en general, el papel de la mujer era secundario en la cultura judía, muchas de ellas llenan páginas destacadas de la Biblia. Sea por su fe, por su belleza o... por su astucia.

Hemos escogido 21 de ellas para probar su conocimiento bíblico. Si usted es un lector atento de la Biblia, no tendrá dificultades en responder correctamente las preguntas que se plantean a continuación.

Responda sin buscar ayuda. Hallará las respuestas correctas en la página 119.

1. Mujer del sacerdote Zacarías, en el Nuevo Testamento:
 - a. Juana
 - b. María
 - c. Isabel
 - d. Elisabet
2. ¿Quién pidió a su hermana que le diera unas mandrágoras esperando que éstas le ayudaran a concebir?
 - a. Tamar
 - b. Raquel
 - c. Abigail
 - d. Lea
3. ¿A qué mujer dijo Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida»?
 - a. María
 - b. Rode
 - c. Marta
 - d. Salomé
4. ¿Qué apóstol tenía a su suegra enferma y Jesús la curó?
 - a. Pedro
 - b. Jacobo
 - c. Natanael
 - d. Felipe
5. Reina malvada, mujer de un rey impío, que urdió la muerte de Juan el Bautista:
 - a. Hulda
 - b. Jael
 - c. Vasti
 - d. Herodías
6. Ella estaba dispuesta a cargar con la maldición si se descubría el plan que tenían de engañar a su marido anciano:
 - a. Jedida
 - b. Rebeca
 - c. Miriam
 - d. Mical
7. Mujer a la cual Lucas llama 'profetisa':
 - a. Jocabed
 - b. Ester
 - c. Ana
 - d. Dina
8. Murió al dar a luz a su hijo Benjamín:
 - a. Jemima
 - b. Ada
 - c. Raquel
 - d. Sila
9. Una de las mujeres de David, descrita como una mujer muy hermosa:
 - a. Betsabé
 - b. Sifra
 - c. Fúa
 - d. Hepsiba
10. Mujer que, viendo a su marido en peligro de muerte, circuncidó a su hijo:
 - a. Gomer
 - b. Sara
 - c. Atalía
 - d. Séfora
11. Mujer del A. T. nombrada en la lista de héroes de la fe de Hebreos 11:
 - a. Rahab
 - b. Asenat
 - c. Bilha
 - d. Sarai
12. Durmió a los pies del que sería su esposo y por eso mismo él la aceptó como esposa:
 - a. César
 - b. Herodes
 - c. Agripa
 - d. Rut

13. Mujer que instruyó al brillante Apolos en la sana doctrina:
 a. Priscila b. Febe
 c. Zalmuna d. Zilpa
14. ¿Cómo se llamaba la piadosa abuela de Timoteo?
 a. Trifosa b. Eunice
 c. Loida d. Magdalena
15. ¿Quién se llamó a sí misma Mara, que quiere decir 'amarga'?
 a. Noemí b. Cetura
 c. Agar d. Jezabel
16. ¿Qué mujer fue tan influyente que logró darle a su nación cuarenta años de paz?
 a. Aholibama b. Débora
 c. Dalila d. Judit
17. La primera mujer que se avergonzó de cómo iba vestida:
 a. Basemat b. Eva
 c. Abisai d. Ahinoam
18. La primera mujer europea que se convirtió a Cristo:
 a. Safira b. Cloé
 c. Lidia d. Evodia
19. En la historia referida por los saduceos, ¿cuántos maridos tuvo la mujer?
 a. tres b. diez
 c. cinco d. siete
20. Mujer que tejía cada año un vestido para el hijo ausente:
 a. Acab b. Maaca
 c. Ana d. Orfa
21. Tenía el cariñoso sobrenombre de 'Tabita':
 a. Darío b. Dorcas
 c. Sintique d. Trifena

* * *

Hambre y sed

Cierta vez un médico cristiano dijo a un predicador: "La iniciación y el crecimiento espiritual vienen del hambre y la sed. Muchas personas no sienten ni hambre ni sed. ¿Cómo podemos ayudarlas a sentir las?".

El predicador respondió: "Usted es médico y sabe que hay vida en el hombre. A menos que esté muerto él va a tener, sea poco o mucho, el deseo de alimentarse. ¿Cómo, entonces, usted puede aumentar el deseo de alimentarse? Usted le administra un remedio para estimularlo, hasta que su deseo de alimentarse sea normal. De la misma manera, aquel que tiene algún sentimiento interior debe aprender a obedecer tal impulso. Si usted obedece ese pequeño sentimiento de hambre y sed, éste irá a aumentar más y más. Más obediencia trae hambre y sed mayores. A medida que su sentimiento interior aumenta, usted obedece un poco más, y al obedecer un poco más, su sentimiento interior aumenta ese poco más. Más obediencia significa más sentimiento interior. Así usted sabrá que está vivo interiormente".

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5:6).

Tomado de Á Maturidade

LA GLORIA DE LA CRUZ



Todo aquello en lo que Pablo se gloriaba estaba centralizado en la cruz; no en la Encarnación, sino en la cruz; no en el Ejemplo Divino, sino en la cruz; no en la Segunda Venida, sino en la cruz; no en sus propias obras, sufrimientos y lágrimas, sino en la cruz.

El corazón de toda revelación descansa siempre sobre los extendidos brazos de la cruz. Entonces es la cruz la que de una manera maravillosa y singular lo revela a él en el propio plan de Dios: *“Dios es amor”* – amor más fuerte que el odio, más profundo que el pecado, más poderoso que el infierno. Y el mismo hecho de la maldad infernal, es el medio por el cual el mundo, que lo maldijo en la cruz, es libertado de su propia maldición.

Siendo así, un cristianismo despojado de la cruz es un cristianismo despojado de su gloria. Pues lo que el sol es para el sistema solar, lo que la aguja es para la brújula, lo que la piedra angular es para el edificio, lo que el corazón es para el cuerpo – eso es la cruz para el alma redimida.

Considere el resultado moral de la cruz. Ella es la única fuente de regeneración y, por lo tanto, la única fuente de bondad moral. *“Pero lejos de mí esté gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es –no que una vez me fue, sino para siempre me es– crucificado a mí, y yo al mundo”* (Gálatas 6:14). O sea, el mundo y yo estamos muertos el uno para el otro, y estamos muertos el uno para el otro por siempre. Pues la crucifixión con Cristo y la santificación son una sola cosa.

D. N. Panton

¿Cómo fueron los hogares de los grandes hombres y mujeres de Dios del pasado?

La vida hogareña de Catherine Booth

Dennis Kenaston



Esta es una mirada a la niñez de Catherine Booth, y cómo influyó su madre en Catherine. Ella fue la esposa de William Booth, y fue quien empezó el movimiento denominado «Ejército de la Salvación» a fines del siglo XIX.

La mamá de Catherine

Estoy agradecido de que no es perfecta la herencia de cada hogar, porque esto permite que usted y yo podamos alcanzar la meta. Aun con todos nuestros fracasos, Dios puede levantar una cosecha piadosa de nuestros deseos sinceros y obediencia firme. Así fue la vida de Catherine. No todo era bueno en su hogar.

Cuando su madre era aún la se-

ñorita Milward, fue una miembro fiel de la Iglesia Anglicana. Aunque tenía una buena moralidad, era religiosamente perdida. Como la mayoría de gente en esta condición, no se daba cuenta de su condición peligrosa. En medio de su vida ciega, Dios, que es rico en misericordia, le tocó para que abriera sus ojos espirituales.

Había un joven en su vida quien pidió su mano en matrimonio. Todo parecía bien en su noviazgo, y el día de la boda fue planificado. Pero un día antes de aquel día tan especial, un informe le llegó acerca de su novio, el cual reveló que era infiel y mentiroso. Como era una joven de principios, paró los planes de la boda. Todo esto puso a Catherine en

el lecho de la aflicción durante seis semanas.

Por medio de esta tragedia emocional y física, ella cayó bajo convicción de pecado. Antes era moral y espiritualmente ciega, pero ahora se vio a sí misma pobre y vil.

Había en el pueblecito donde vivía una de esas iglesias nuevas y «fanáticas» (como muchos de esa época las llamaban): los metodistas. La señorita Milward supo que muchos recibían allí el perdón de sus pecados, y su corazón anhelaba asistir a esas reuniones. Pero no podía levantarse de su cama, así que pidió a su papá que invitara al ministro de los metodistas que viniera a visitarla. Dios había preparado el camino anteriormente, y después de la visita, ella creyó a Dios por el perdón de sus pecados, por medio de la sangre de Jesucristo. Mientras Dios sanaba su alma enferma, su cuerpo se sanó a la vez, casi inmediatamente. Se levantó de su cama, se vistió y entró otra vez en la vida de su hogar.

Desde aquel momento, la mamá de Catherine cambió totalmente, y nunca volvió a sus hábitos mundanos y religiosos. La salvación produjo un cambio en cada parte de su vida. Poco después, un dedicado predicador de los metodistas vino al padre de la Señorita Milward para pedir su mano en matrimonio.

El papá de Catherine

John Mumford fue un predicador ambulante muy conocido en aquellos días. Ganó muchas almas para el reino de Dios y trabajaba muy duro. Al principio, uno de los padres (un

miembro de la Iglesia Anglicana) no quiso dar su bendición al matrimonio de John y su novia, pero al fin la recibieron. Cinco hijos les nacieron después, de los cuales Catherine fue la única mujer. Tres de los hombres se murieron cuando eran bebés; esto era común aun en la Inglaterra de aquella época.

Después de esto no hay mucho escrito acerca de John. Desapareció de los registros. En los primeros días de su matrimonio sintió el llamado de Dios para predicar y servir. Con todo, él resistió esta llamada por seguir los deseos de ganar dinero. Poco a poco su celo se enfrió, y por fin puso completamente a un lado el predicar y, después, su testimonio de tener la salvación.

Antes, John promovía fuertemente la causa de la templanza en cuanto del alcohol. Pero al enfriarse su vida espiritual, a su mente le pareció lícito tomar un poquito de vino para calmar sus nervios después de un duro día de trabajo en su negocio. Después, necesitó algo más fuerte; y la mamá y la hija miraban con pena a Juan perdiendo todo poder contra el demonio de la bebida.

El leer y estudiar esta historia para escribirla causa mucha pena a mi alma. Se alejó John de una vida y ministerio poderoso para ganar un poco de dinero y lo que éste pudiera comprar. Aunque esto es una tragedia, sin duda, miremos otra vez estas circunstancias. Al parecer este padre nunca abandonó su hogar (esto es, no abandonó a su familia), sino que seguía más o menos como un papá poco funcional.

Pienso que podemos ganar ánimo en esto. La mamá de Catherine crió a los hijos sola, en condiciones peores de las que podemos imaginarnos. ¡Qué podemos obtener! John no peleaba contra lo que hizo la mamá; pero es claro que no hizo su parte. ¡Qué podemos obtener en situaciones difíciles! No te desmayes si tu hogar no es lo que debe ser. Levántate en el espíritu de Caleb diciendo: «¡Quiero ese monte!» (Josué 14:12).

Los años primeros de disciplina y educación

Ver la flor mientras todavía es un retoño es el secreto del visionario. Ver un árbol alto y grande cuando se tiene solamente un arbolito de un metro de altura es lo que mueve al hacer, en el cuidar y en las horas de enseñar. La mamá de Catherine vio la semilla de una sierva dedicada a Dios en su pequeña hija, y empezó temprano a fertilizarla con cuidado.

Las dos, mamá e hija, llegaron a ser muy amigas mientras que la dedicación de la madre se pasó a la hija. La madre de Catherine fue muy estricta, pero a la vez llena de ternura y compasión. Al compararse las historias de los hogares de este estudio, se ha aclarado que esta combinación de estrictez mezclada con ternura y compasión tiene los mejores resulta-

dos en los niños. Había reglas que obedecer, y lo bueno y lo malo fueron definidos a una edad temprana.

Este método, guiado por un corazón tierno, produjo una conciencia sensible, la cual es un regalo precioso para cualquier niño. Había muchas confesiones con lágrimas y oraciones antes del acostarse por la noche; la hija estaba abriendo su corazón a su mamá.

En este hogar, la Biblia fue el Libro Supremo de sabiduría y enseñanza. Fue leído y explicado a los niños en sus respectivos niveles desde el principio de su entendimiento. Fue el libro de texto principal para aprender a leer, y también la razón principal para aprender a leer. Catherine tenía cientos de recuerdos de estar en pie al lado de su mamá escuchando, leyendo o recitando de este Libro. Antes de llegar a los doce años, había leído por completo la Biblia entera ocho veces. No nos admira entonces que en los años posteriores Catherine sorprendió a muchos con su entendimiento sobre la Palabra de Dios. No se necesitaba una escuela bíblica porque su vida entera como niña, su hogar, fue un seminario lleno de revelaciones santas.

Catherine fue un «árbol plantado junto a corrientes de aguas» (Sal. 1:3) Su mamá nunca perdió el celo de su entrada al reino de Dios. De hecho, parece que mientras más su marido se enfriaba y buscaba otras cosas, crecía más el celo de ella. Esto vino a suplir la falta que tenía el hogar al perder al papá en el alcohol. Este amor y fervor, con la Biblia en el primer lugar, creó un ambiente para el Espíritu en el hogar. Como dice la Biblia en 1

Antes de llegar a los doce años, Catherine había leído por completo la Biblia entera ocho veces.

Corintios 7:14, la madre creyente santifica a los hijos, aunque el padre no lo sea. Catherine dio este testimonio en su años postreros: «No puedo recordar ni una sola época en mi vida cuando yo no haya tenido deseos intensos hacia Dios».

Eran los años de la década de 1830 en Inglaterra y la gente migraba a las ciudades en gran número. Los niños jugaban en las calles, y no fue buena la influencia de ellos a los otros niños, los cuales tuvieron padres con metas altas. La mamá de Catherine fue una de las pocas que dijo en su tiempo, «el que se junta con necios será quebrantado.» (Prov. 13:20). El mundo y sus pecados ella no los permitió en su casa.

Catherine no tuvo muchas amigas. No había acompañantes aceptables, y por esto madre e hija eran muy amigas. Tenía que ser así, porque no había otra opción. William Booth dijo muchas veces de su suegra: «Ella es la mujer con los principios más firmes que yo conocí». Fue como los puritanos: lo justo es justo, no importa el costo de vivirlo o decirlo.

Estas opiniones de la separación del mundo afectaban cada parte de sus vidas. A mí me parece que es como la separación bíblica. ¡Debe ser así! ¿Piensas que esto tuvo algo que ver con el testimonio claro de la no-conformidad que tenía «El Ejército de la Salvación» durante muchos años?

Una escuela en el hogar para Catherine

A causa de sus convicciones sobre el peligro en asociarse con amigos negligentes, la enseñanza en el hogar

fue la única opción. Estos principios pasaron a Catherine, y siguió el ejemplo de su mamá, enseñando a sus ocho hijos en el hogar. «Una escuela es un mundo pequeño», dijo ella muchas veces.

Catherine empezó a aprender antes de los tres años, y según su madre, ella supo las letras y pudo leer palabritas sencillas poco después de sus tres años. Imagina en tu mente este dibujo, la pequeña Catherine, ni siquiera a sus cinco años, al lado de su mamá leyendo en voz alta para su querida mamá. Esto es la escuela del hogar y lo mejor. La madre de Catherine era su profesora a los doce años, seguido por dos más en una escuela de niñas con una profesora muy piadosa. Después de esto, la mala salud forzó a Catherine a regresar a su hogar otra vez; pero el aprendiz le siguió. Esta parte última de su educación fue más teológica que académica.

El programa de estudios fue muy importante; porque la verdad vence y hace un niño santo, pero el error trae una vida descuidada y sin restricciones. La madre de Catherine fue muy selectiva en el escoger cuáles libros pudieran leer sus hijos. Fue tan cuidadosa que no quiso que sus hijos aprendieran el idioma francés, porque muchos de los escritores franceses fueron infieles. Y por la razón que su mamá amaba tanto la verdad, no se permitía leer fantasías o novelas. Solamente las formas puras de la verdad se permitieron. ¡Las novelas de romance de hoy claramente no se habrían permitido! La historia del mundo y la geografía fueron estudiados

junto con muchas charlas acerca de Su historia; cómo se aplicó a aquel día. Las biografías también se usaron para inspirar y guiar las mentes de los estudiantes hacia lo bueno y recto. Algunas de las vidas fueron buenas, y otras malas. Pero todo estaba bien, porque la mamá estaba cerca para charlar sobre todo.

Las tragedias, influencias poderosas

Hubo tres grandes experiencias negativas que Dios usó para formar a esta joven soldado en sus años formativos. ¡Oh, tanto queremos proteger a nuestros queridos hijos de las cosas duras y las penas que muchas veces sobrevienen en esta vida! Pero Dios las usará en maneras profundas y poderosas si damos buen consejo por medio de ellas. Así pasó con Catherine. Tres de sus hermanos murieron cuando eran pequeños. La niña nunca olvidó los sentimientos solemnes que trae la muerte al que mira con asombro. Tres veces miró a un bebé muerto en las manos de su mamá. Tres veces miró la cara de su mamá con lágrimas fluyendo. Dios usó estos tiempos para ponerle un sentido profundo de la certeza de la muerte, que quedó en ella toda su vida.

El dolor más grave en la niñez de Catherine sin duda fue el ver a su propio papá enfriarse espiritualmente, y poner a un lado su ministerio de la predicación, y empezar a tomar bebidas alcohólicas. Se sentía mucho más cerca de él y gastó más tiempo con él que su mamá en los primeros años. Catherine era más afín a su padre que a su madre. ¡Qué dolor en el

corazón al ver a su querido papá perderse en el mundo, a plena vista de ella! Su padre se había puesto fuerte en la causa de la templanza, haciendo reuniones para esto en su propio hogar.

¿Tragedia? Sin duda, sí, ¿pero cual fue el resultado de esta experiencia continua de dolor? La madre puso esfuerzos dobles a enseñar a los niños correctamente. Se puso más ferviente en el orar, y llegó a conocer a Dios en una manera dulce e íntima. Madre e hija se acercaron una a otra, y el vínculo espiritual fue irrompible. Catherine odió el alcohol todos los días de su vida, y peleaba contra el diablo por las almas perdidas y atadas por él.

La tercera situación que afectará la vida de la jovencita llegó a los catorce años. Después de dos años hermosos en la escuela normal, se enfermó con una fea enfermedad espinal. Tuvo que regresar a su casa, y acostarse en cama permanentemente. Ella era una joven activa y esto le causó muchas dificultades. A la dirección de su madre, y por su insaciable deseo por aprender, empezó a estudiar en su hogar otra vez. Pero, esta vez el programa de estudio consistió mayormente de asuntos cerca de las cosas espirituales. Muchas horas invirtió en estudios bíblicos, teología e historia de la iglesia. Leyó de los escritos de John Wesley, John Fletcher y Charles Finney. También le agradó meditar en el libro de la profecía de Newton y en *El Progreso del Peregrino*, de John Bunyan. El escribir siguió, lo cual le ayudó a formar lo que creía. La Escuela Bíblica de Dios siempre es

perfecta. La escuela de Cristo es la escuela más efectiva que hay, y esto lo descubrió Catherine.

Carácter piadoso

Carácter, o sea las cualidades morales y éticas, fue una meta alta en la lista de las prioridades de la madre de Catherine para su hija. Y las buscó desde una edad temprana en sus hijos. Puso en sus hijos desde temprano el regalo precioso de una conciencia sensible y alumbrada. Siempre les enseñó a decir la verdad; que cada cristiano debe vivir honradamente en cada asunto.

El sonido bello de una niña llorando por sus fracasos diarios fue como música a los oídos de la madre. Con persistencia empezó a moldear el barro fresco y nuevo, el cual se rindió fácilmente a la voluntad de la mamá. La madre creyó que esto era el llamamiento para una madre. No hay otra persona capaz de recibir esta responsabilidad tan grande; no puede ser un «asalariado» quien haga el trabajo igual al de una mamá, nunca. Puso a un lado muchas actividades poco importantes para dedicarse a moldear un alma eterna.

La madre de Catherine le inculcó muchas de las cualidades morales, moldeando un alma para que sea una herramienta que Dios pudiera usar. Catherine odiaba cualquier cosa vil, a veces temblaba por las escenas de la mala sociedad que tenía por vecinos. Desde sus primeros años, la compasión fue una parte dominante de su personalidad.

Esto sucedió de dos maneras. Primero, por la ayuda de su mamá a que

fuera conciente de las grandes necesidades de sus vecinos. Y segundo, por la enseñanza de cuidado cariñoso hacia los animales. Estos quehaceres fueron usados para enseñarle sobre la diligencia, lo que le bendijo en toda su vida. Catherine fue conocida como una vida de trabajo diligente y constante. Se notó la humildad en su vida cuando inició la escuela formal a sus doce años. Ella consideraba a la competencia un peligro, y muchas veces la vieron ayudando a otras niñas a tener mejores notas que a sí misma.

«Haz lo correcto» le decía su madre, «no importa el costo». Y esta cualidad se encontraba muchas veces mientras se asociaba con otros niños de la misma edad. No disminuía la meta. Hay muchas más cualidades que podríamos notar, pero el asunto es claro: prosigamos celosamente las mejores formas de desarrollar el carácter en nuestros hijos para el reino de Dios.

Actividades santas para la niñez

Todos sabemos que el proceso enseñanza-aprendizaje es el método más rápido y efectivo de aprender. Es una cosa oír a alguien enseñarnos, pero es mucho más profundo cuando ponemos nuestras propias manos en el trabajo, aprender haciendo. El maestro sabe que su estudiante necesita saber cómo hacerlo, luego ver el hecho y por fin levantarse y hacerlo con sus propias manos. De esta manera nuestro Señor y Maestro enseñó a sus siervos, y esto es el mejor método de enseñanza para nuestros hijos. Parece ser que la madre de Catherine lo supo perfectamente, porque llenó a

su hija con actividades buenas, las cuales podía confiar en sus propias manos. Haciendo listas de actividades para nuestro provecho, tomando estos principios, y aplicándolos, ganaremos mucho en el asunto de la enseñanza a los niños.

Charlas a la mesa

Estas charlas en la mesa familiar se usaron con el propósito de educar y fortalecer a los hijos. Los temas eran profundos y a veces difíciles de entender. Los hijos menores eran animados por la mamá a participar de ellas. Muchos domingos por la tarde Catherine se encontró sentada con los adultos, hablando de los asuntos apremiantes de aquellos días. Debemos animar a nuestros hijos a hacer así. Si esto va a pasar con nuestros hijos, primero tenemos que atraerlos a las charlas, y luego prestarles nuestra atención cuando hablen.

Jugando con muñecas

Algunos piensan que esto no tiene importancia, pero el mundo y el diablo no dicen así. Fíjate y nota las muchas maneras que usa el diablo en moldear las mentes de esta generación en homicidas, rameras y derrochadores de tiempo. En el juego de muñecas, Catherine consumió mucho del tiempo de su niñez. Tuvo que alimentarlas, vestir las, orar con ellas y acostarlas en la cama. Tuvo que darles castigos con la vara, así como también coser ropas para ellas. Esto pasó día tras día con orden y resolución. No hay duda; Dios usó esto para preparar a Catherine a una vida muy ocupada como futura madre de ocho hijos.

Cartas al redactor

La causa de la templanza crecía rápidamente en aquellos días, y la mamá animó a Catherine entrar en esto. Catherine se sentó con los adultos y escuchaba lo que hablaban, también se sentó y leyó todos los escritos de aquel tiempo sobre este asunto; y aun más, se sentó y escribió cartas a los editores de revistas. Muchas veces en las tardes se fue a su cuarto y compartió la carga de su corazón, escribiendo. (Sin duda la condición de su papá le animaba mucho a este proyecto). ¿Estaba jugando? No. Cultivar la capacidad de expresarse con lápiz y papel es una ventaja muy apreciada en cualquier vida. ¿Sabes cuántos escritos hizo ella para la revista del Ejército de Salvación?

La sociedad de la templanza de jóvenes

Los niños quieren ser parte de todas las cosas. Van a buscar una manera de ser *«hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores»* (Stgo. 1:22) Catherine fue secretaria de este pequeño grupo de jóvenes a la edad de doce años. Su tiempo se llenó planeando reuniones, vendiendo las revistas de la causa de la templanza y pidiendo dinero para la causa. Como dice la canción: «Otros, Dios, sí, otros»; parece que esto fuera la meta de sus años formativos. El pobre borracho en la calle, los desempleados y aun los perdidos de lugares lejanos atrajeron la atención de su corazón.

La pequeña misionera

Catherine muchas veces se había sentado a escuchar con interés los re-

latos de la miseria de los perdidos de lugares lejanos. «¿Cómo puedo obtener más dinero para esta causa?», pensaba. Se negó a sí misma de muchas cosas poco necesarias, y luego dio esos ahorros a las misiones. Se negó a comer dulces, y lo dio a la causa. Se fue a otros, buscando ayuda para los perdidos y se sorprendió a veces de cuánto podía alcanzar. ¿Cómo podían negarse a una niña con tanto celo y compasión?

Conclusión

Al ver otra vez los puntos de este escrito acerca del enseñar a los niños, estoy maravillado. Todo esto pasó en un hogar sin un papá que sirviera de soporte. Este hombre no se oponía a la esposa, sino simplemente no hizo la parte suya y vivió una vida carnal, relajada en los vicios y placeres. Pero, fíjate en lo que pasó en este hogar. Muchas veces el padre o la madre que se sienten solos en sus deseos por tener un hogar bendecido se desanima y no trata de hacer nada. Otras siempre molestan, pelean o ‘predi-

can’ al esposo negligente. Esto lo hace aun peor, e infecta el hogar con la amargura; y los niños se corrompen. Animémonos y crezcamos en fe, diciendo como Caleb: «Dame, pues, ahora ese monte». Llena tu hogar con amor; no permitas la amargura.

Por fin, para los que no saben toda la historia del William Booth y su esposa Catherine, debemos fijarnos en lo bueno que hicieron ellos. Miles de personas se convirtieron por su ministerio. Hoy en día en los Estados Unidos y otros países (después de más de cien años), aunque se ha perdido mucho del énfasis de la salvación, sigue trabajando «El Ejército de la Salvación» en buenas obras. Sin duda, la enseñanza y el ejemplo de la mamá de Catherine afectaron mucho en todo esto. Sin esto, ¿qué hubiera pasado? Hermanos, en su hogar, ¿hay un niño o niña que Dios podrá usar? ¡El futuro de la iglesia está en su hogar! ¡Adelante, preparándolos para la gloria de Dios!

(Adaptado y publicado con autorización)
<http://www.elcristianismoprimitivo>.

* * *

Sin miedo

Para Juan Wesley fue muy importante conocer a los moravos cuando era un joven piadoso, pero sin conocimiento ni de su propia salvación.

En una tempestad en el mar mientras navegaba hacia Estados Unidos iba un grupo de ellos, y en medio del temor de todos, ellos permanecían perfectamente tranquilos.

Wesley preguntó luego a uno de ellos:

– ¿No estabais espantados?

– Gracias a Dios que no – respondió el moravo.

– Y vuestras mujeres y vuestros niños, ¿no tenían miedo?

– No, señor, nuestras mujeres y nuestros niños no temen la muerte.

Wesley comprendía que aún no tenía una fe tan grande como la de ellos.

na mirada a los efectos de la vida del yo.



Venciendo la depresión

Peggy Reis Melo
Brasil

Para que podamos tener al Salvador Jesucristo como Señor de nuestra vida, necesitamos la revelación del hecho que significa su señorío sobre nosotros, y de cómo vivir la Cruz de una forma profunda y constante.

La vida con el Señor es un morir constante, día tras día. Es una entrega de derechos, de sentimientos. Es despojarnos de aquello que somos y tenemos.

En el momento en que aceptamos a Jesús como Señor, nos convertimos en sus siervos. Él pasa a ser nuestro amo y, a causa de eso, debemos vivir como Pablo vivió: «*Con Cristo estoy*

conjuntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20).

Pero, ¿de verdad vivimos esa realidad? Decimos que él es nuestro Señor, que somos sus siervos, que nuestra vida le pertenece a él, pero cuando surgen las dificultades nos rebelamos y pensamos que no merecemos pasar por todo aquello. Nos resistimos y nuestro primer deseo es el de reasumir el control de todo.

Al proceder de esta forma estamos, en verdad, queriendo decir lo siguiente: «Señor, tú no eres capaz

de cuidar de mí. Yo sé lo que es mejor para mí». Y, sin darnos cuenta, ya estamos buscando recursos dentro de nosotros mismos, en nuestra alma.

¡Ah, Señor, si pudiésemos ver la profundidad de tu amor para con nosotros y comprender tu cuidado por nosotros, entonces podríamos rendir nuestros corazón a ti, no importando las circunstancias!

La base para la depresión

Cuando las pruebas surgen, la tendencia del alma es defenderse, no importando el costo. ¡No queremos pasar por el dolor, por el desánimo, por la tristeza; todo eso es muy desagradable y aflitivo! Justamente porque no queremos pasar por el dolor y la tristeza es que surgen las luchas emocionales, que sólo pueden ser vencidas si resolvemos creer en Aquel que tiene el poder para librar-nos de ellas. Cuando eso sucede, nuestra alma se manifiesta de manera inconfundible.

Primero, con autopreservación. La amenaza de la posibilidad de sufrimiento provoca, muchas veces inconscientemente, un deseo de evitarlo. Es la defensa del alma.

Estamos tan preocupados de defendernos, de protegernos de cualquier problema que nos traiga sufrimiento, que acabamos cayendo en el lazo de la autocompasión, un sentimiento íntimo y egoísta.

Al llegar a ese punto, no tenemos tiempo para pensar en nadie más, excepto en nosotros mismos y en nuestros «problemas». Nos tornamos introspectivos, nos ponemos insensi-

bles a las necesidades de los otros – sólo tenemos ojos para nosotros mismos. Y la mente queda dividida entre dos puntos: ¿Qué está pasando conmigo? ¿Qué voy a hacer para salir de esto?

Nada o nadie parece tener importancia. Si antes éramos alegres, llenos de vida, ahora «vivimos por los bordes». La fatiga y la tristeza se adueñan de nuestro rostro, y cada vez sentimos más pena de nosotros mismos. Las palabras del Señor parecen no tener ya un efecto curador y liberador. Todo se pone descolorido y sin esperanza. El egoísmo llega a tener tanta fuerza dentro de nosotros que, a veces, nos sentimos incapaces de ayudar a otras personas. Pensamos: «¿Es que fulano no se da cuenta que no estoy bien?». «¡Yo sí que necesito ayuda! ¡No puedo ayudar a nadie!». Esos pensamientos son comunes cuando estamos siendo egoístas y somos cautivados por la autocompasión. Nos olvidamos de los otros. Sólo tenemos ojos para nosotros mismos. Es la puerta abierta para la depresión.

Venciendo la depresión

No pocas veces, la depresión es la consecuencia de alguna enferme-

Estamos tan preocupados de defendernos que acabamos cayendo en el lazo de la autocompasión, un sentimiento íntimo y egoísta.

dad, o bien, el resultado de la autocompasión, del deseo de preservación y del egoísmo. Al llegar a ese punto, el físico ya está abatido, las esperanzas muertas y desde ahí pensamos que ya no vale la pena luchar más. Como ya no vale la pena hacer nada ¿entonces por qué continuar haciendo los servicios diarios? El desánimo crece fuertemente y el espíritu queda abatido.

¿Vamos a continuar en este tipo de «vida» cuando tenemos una vida abundante para disfrutar? Note las palabras del apóstol Pablo: «*Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!*» (Rom. 8:15). ¡Qué provisión maravillosa! No necesitamos acomodarnos y conformarnos a la miseria.

Con el poder de Aquel que murió en la cruz somos más que vencedores. Pero, mientras no nos apropiemos de esta revelación continuaremos sufriendo innecesariamente. El Señor murió para que podamos tener acceso a esa vida abundante. Con todo, vez tras vez nos sorprendemos luchando por esa vida. No entendiendo que ella ya es nuestra y que sólo precisa ser vivida.

Imposible cambiar la cruz

Cuando pensamos que somos los únicos que pasamos por problemas, ocurre la manifestación del alma. Siempre que me viene el sentimiento de que soy la única que está sufriendo, de ésta o de aquella manera, en seguida el Señor permite que venga alguna hermana con un problema

mayor que el mío. Entonces me siento avergonzada y me acuerdo de lo que el Espíritu Santo dice en 1ª Pedro 5:9: «*Al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo.*».

Cierta vez, una hermana me contó una historia que habló muy fuerte a mi corazón: «Un hombre vivía reclamando por el peso de su cruz, y mientras se lamentaba con el Señor, le fue dada la oportunidad de cambiar su cruz por otra. Caminaron a través de un campo lleno de cruces de todos los tamaños y anchuras. El Señor le preguntó al hombre: '¿Quieres cambiar tu cruz por ésta?'. El hombre respondió: 'No, Señor, es demasiado pesada; más que la mía'. Después de caminar bastante y no encontrar ninguna cruz que valiese la pena cambiar, descubrieron una muy pequeña en comparación con las demás. Entonces el hombre dijo: 'Ésta, Señor, es pequeña y no pesa tanto'. El Señor le miró, y lleno de amor, le dijo: '¡Pero si esa es tu cruz!'».

Cuando miramos las necesidades de los otros, descubrimos que las nuestras no son tan grandes. Pero cuando permanecemos mirándonos a nosotros mismos nos sentimos cada vez más aislados y nos tornamos presas fáciles del diablo. Nos aislamos de los seres queridos, de los hermanos, y cada vez se torna más difícil cortar el lazo de los cazadores.

Me acuerdo de Elías (1 Reyes 18:19), cuando tuvo una experiencia maravillosa con el Dios vivo en el

monte Carmelo. Allí él vio el poder de Dios y la forma maravillosa cómo operó.

Como Elías, también hemos experimentado el poder del Señor, hemos sido testigos de lo que él ha hecho en y a través de nosotros. Pero llega la hora en que precisamos descender del «monte»; y cuando nos encontramos con las luchas y las persecuciones, entonces procuramos defendernos, preservarnos, y nos olvidamos de lo que Dios hizo en el monte Carmelo. Estamos vueltos hacia nosotros mismos y no damos la menor oportunidad para que Dios nos hable, como habló a Elías: «*¿Qué haces aquí, Elías?*».

Elías, «*viendo, pues, el peligro (a causa de Jezabel), se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida ...*» (1 Reyes 19:3-4).

Cuando intentamos guardarnos, salvar nuestra vida (Mt. 16:25), viviendo con autocompasión, el «yo» se manifiesta. Quedamos llenos de magulladuras, tenemos pena de nosotros mismos, salimos de la posición de confianza y descanso en que estábamos y, como Elías, caemos en depresión y decimos: «*Basta ya, oh Jehová, quítame la vida*».

¡He descubierto que la forma más cobarde y fácil de salir de una situación difícil es pedir que el Señor nos lleve! Pero Dios sabe todas las cosas y nos hace la misma pregunta que hizo a Elías: «*¿Qué haces aquí?*».

El Señor, en su sabiduría, nos hace este tipo de pregunta con la intención de que despertemos. Como si nos quisiese decir: «¡Mira dónde estás! ¿Es este el lugar por el cual yo morí en la cruz por ti? ¿Olvidaste quién YO SOY y lo que hice?».

Cuando, en medio de una prueba, buscamos una cueva, como hizo Elías, no nos quedamos solos allí. ¡El Señor está presente! «*¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás ...*» (Salmo 139:7-8). ¡Qué Dios grandioso tenemos! ¡Qué maravilla es saber que Dios nos conoce y sabe lo que realmente necesitamos y, en vez de «ayudarnos» llevándonos junto a él a través de la muerte física, nos manda a salir y trabajar!

«*Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová ... Vé, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y ungrás a Ásala por rey de Siria. A Jehú, hijo de Nimsi ungrás por rey sobre Israel ...*» (1 Reyes 19:11, 15-16).

La clave para la victoria

El Señor nos da la «pista» para no caer en el lazo de una vida vuelta hacia sí misma: ¡el servicio!

Tenemos su propio ejemplo: «*El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*» (Mateo 20:28). Hay mucho trabajo por hacer: «*A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies*» (Mateo 9:37, 38).

¡Cuán grande es la misericordia y la paciencia del Señor para con nosotros! Mientras estamos «encerrados» en nuestra propia cueva, el Señor está necesitando trabajadores. La fuerza que nuestro «yo» manifiesta es tremenda y consigue manipular la voluntad de aquel que todavía no ha experimentado el poder de la cruz. La Cruz es el secreto de la victoria sobre el desánimo, la depresión y el negativismo, pues todo esto es fruto de una vida volcada hacia sí misma, de alguien en fuga hacia una cueva cualquiera.

Cuando aceptamos el poder de la Cruz –muerte para nosotros mismos– renunciamos a todos los derechos, colocando sobre el altar todo lo que tenemos y somos. Estamos vacíos y el Señor está presto para entrar en acción. «*Ninguna persona así consagrada podrá ser rescatada, sino que será condenada a muerte*» (Levítico 27:29, NVI). Estamos en el punto que él esperaba – total dependencia de él: «... *he acallado mi alma como un niño destetado de su madre*» (Salmo 131:2).

Sí; como un niño se abandona en los brazos de los padres, confiado de que nada le faltará, así el Señor espera que hagamos lo mismo. Confiando en su amor, nos lanzamos y descansamos en sus brazos, creyendo que nada podrá sucedernos más allá de aquello que él reservó y que es bueno para nosotros.

¡Señor, haznos entender tu amor por nosotros y, así, confiar en ese amor!

La orden del Señor es a salir. Solamente cuando salimos de la cueva (1 Reyes 19:9) es que podemos ver nue-

vamente el monte Carmelo y el poder de Dios. El Señor quiere que seamos personas constantes. Pero ¿qué sucede? Ya estamos en el monte Carmelo, ya estamos en la cueva. Andamos según nuestras emociones, dando oídos a una voz que no es la del Pastor.

Muchas veces somos cristianos guiados por las emociones. Solamente cuando estamos con el alma satisfecha, cuando todo está yendo bien, es que decimos: «Estoy en la presencia de Dios». Por eso es que vivimos una vida espiritual de altos y bajos.

«*Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre*» (Salmo 125:1).

Dios quiere que tengamos estabilidad, y adquirimos eso cuando lo conocemos más íntimamente, cuando reconocemos que él es concededor de todas las cosas, que estamos en sus manos y que somos sus hijos. Lo que nos falta, en la mayoría de las veces, es fe. Precisamos creer que todo realmente está bajo Su control.

Cuando vivimos fuera de nosotros mismos, entonces vemos las necesidades de los otros, y tenemos la victoria contra la carne y el diablo. Es cuando obedecemos a Dios que lo vemos operando.

El sabor que hay en la victoria cuando obedecemos es incomparablemente mejor, trae un nuevo ánimo y da frutos. ¡Ah, cuán paciente, amoroso y misericordioso ha sido el Señor! ¡Con cuán grande amor nos ha amado el Señor! Creo que el deseo del Padre es que podamos conocerlo, y que, a través de todas las pruebas, seamos llevados a la madurez. Bendigo al Se-

ñor, pues, aun cuando no queremos proseguir, él no desiste de nosotros. Muchas veces queremos dejarlo, mas, por su misericordia, él no permite que hagamos eso.

Fue a través de la cruz en el Cal-

vario que él alcanzó para nosotros esa posición de victoria. «... *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*» (Juan 10:10).

*Traducido del portugués, de Vida oculta em Deus.
(Usado con permiso).*

* * *

Breves de D. L. Moody

Pregunta de la comisión que entrevistó al evangelista Dwight Moody, cuando era un joven de 18 años, recién convertido, para comprobar su idoneidad espiritual para hacerle miembro de la iglesia:

– Señor Moody, ¿qué ha hecho Jesucristo por usted y por nosotros todos que le haga acreedor especial a nuestro amor y a nuestra obediencia?

– Pienso que ha hecho mucho por todos nosotros, pero no pienso en nada especial que yo sepa.

° ° °

Un grupo de ministros de Londres una vez le dijeron a D. L. Moody, cuando era ya un famoso evangelista:

– Señor Moody, deseamos que usted nos dé su credo por escrito.

– Señores, está ya impreso – respondió Moody.

– ¿Dónde?

– En el capítulo 53 de Isaías – respondió Moody –. Dos mil años ha que se escribió, pero tan exacto es hoy como cuando fue escrito.

° ° °

Hablando un día con el fabricante de cierta clase de jabón que anunciaba para quitar todas las manchas grasientas, dijo Moody:

– ¿Es verdad que las limpia?

– Sí, señor; quita bien las manchas grasientas, pero la verdad es que también perjudica la tela o paño. Si me convirtiera tendría que dejar el negocio y no lo puedo hacer.

– El jabón le cerraba el reino del cielo – dijo Moody relatando el hecho –, y si para vosotros no es el jabón, es otra trampa que practicáis en vuestro negocio lo que os impide aceptar a Cristo.

° ° °

Paseando un día por cierto camino, vio D. L. Moody una hermosa casa con las puertas abiertas. Llamó y le recibieron, teniendo el amo un gran placer en enseñarle su propiedad.

– Bien, bien – dijo Moody; tiene usted aquí una hermosa habitación, pero, amigo mío, ¿vive Dios aquí? ¿Vive Dios aquí?

Estas palabras preocuparon tanto al amo de la casa, que al cabo de algunos meses tuvo que entregarse al Señor y consagrarle tanto su vida como su propiedad.

Citados en Dwight L. Moody, Arboleda, de E.Lund

Aprendí a ser una "mamá" para otros, aunque yo no tuve hijos propios.



Maternidad espiritual

Dandi Daley Mackall

Aquel era el día más temido del año. 'Quizás sea mejor que no vaya a la iglesia y permanezca en casa acostada fingiendo que es un día ordinario', pensé. Sin embargo, mi marido y yo fuimos a la iglesia. Una vez sentada en la parte de atrás, en lugar de en mi banco de costumbre, eché una mirada alrededor a las otras mujeres que parecían brillar esta mañana. Ellas llevaban ramilletes en sus vestidos. Yo abroché mi impermeable, agradecida por la llovizna matinal que me dio una excusa para esconder mi vestido sin ramillete. 'Con tal que nadie diga algo', pensé, 'estaré bien'.

La música empezó con Bach. Yo estudié mi boletín, y casi creí que lo

haría a través de todo el servicio, hasta que el pastor tomó el micrófono y dijo a la congregación de orgullosas mamás: «¡Feliz Día de la Madre!».

Durante siete años yo había querido hijos, había orado por hijos, pero mi útero no retenía a un niño. El Día de la Madre marcaba mis años sin hijos, subrayando mi fracaso en llegar a ser mamá. Mi marido intentaba ayudar dándome un ramillete u ofreciéndose para quedarse conmigo en casa. Pero al final nos quedamos sin ideas de cómo sobrevivir a aquel día.

En la iglesia, cuando a todas las madres se les pidió estar de pie para orar por ellas, mi dolor llegó a un punto crítico. Yo conocía a algunas de ellas que, estando allí de pie, nunca

desearon ser madres. Otras con frecuencia se quejaban del agobio de la maternidad. Sin embargo ellas estaban de pie, y yo sentada. Esa era la herida del Día de la Madre.

Un camino de sanidad

Fue una semana después de un Día de la Madre particularmente duro, cuando empecé a ver un camino a través de mis dolores. Yo había estado asistiendo a una iglesia en un barrio de Chicago donde atendía una pequeña escuela dominical de adolescentes. Una muchacha, Tania, pertenecía a una pandilla y a menudo me ocasionaba problemas. Ese domingo, yo había ocupado la mitad del tiempo en clase intentando que ella dejara de incomodar a los demás.

Tania abandonó el lugar. Pero, mientras escapaba por la puerta trasera, me espetó por encima de su hombro: «¡Te veré pronto, mami!». Luego se rió. Pero antes de que saliera, capté su mirada. Ella quiso decir lo que dijo. De alguna manera, yo era como una madre para esa chica ruda a quien le gustaba actuar en forma tan agresiva.

Ese domingo, Dios me dio una vislumbre de un llamamiento extraordinario: Él podría darme hijos *espirituales*. ¡Yo podría servir como una madre a muchos que necesitaban el amor que yo tenía para dar!

Empecé activamente orando por los niños que necesitaban a alguien que fuese como una madre para ellos. Tan pronto como abrí mi corazón, mi mente empezó a llenarse de posibilidades. Había un muchacho en mi clase que necesitaba a alguien con

quien hablar. Él pensaba que ya era capaz de tener novia, pero sus padres no se lo permitían. Todos sus amigos tenían novias. Yo no le dije algo que sus padres ya no le hubiesen dicho, pero ayudó que él lo hubiese oído de alguien más.

Otra jovencita, Rosa, sólo vino dos veces a la escuela dominical. Pero Dios me instó a que orara por ella «como una madre» largo tiempo después que se fue. Muchas mañanas al despertar, Rosa era la primera imagen en mi mente. Oré para que Dios se revelara a ella, y que ella escuchara. Le pedí a Dios que le diera un amigo cristiano, un compañero para ayudarlo a decir 'no' a las tentaciones. Oré por su trabajo escolar, por sus profesores y por sus padres.

Cuando empecé a experimentar la maternidad espiritual con los niños, oré a Dios que me diese amor incondicional para ellos. Pronto comprendí que *decirles* a mis niños que yo los amaba no era suficiente. Tenía que demostrarlo. Así que los llevé al zoológico. Las tardes del domingo jugamos al *softball* en el parque. Una chica empezó a aparecer antes de las reuniones de oración los miércoles en la noche pidiendo ayuda con sus tareas de matemática. A veces Tania dejaba de venir a mi clase. Cada vez, yo iba a buscarla a su casa o al colegio. Y ella siempre se asombraba de que yo quisiera traerla de regreso.

Yo no era la única que servía como madre en esa iglesia. Logré conocer a Karen, que estudiaba de noche en la universidad. A pesar de su atareada agenda, ella aún se daba tiempo para velar por Juanita, una

Cuando empecé a experimentar la maternidad espiritual con los niños en mi clase de escuela dominical, oré a Dios que me diese amor incondicional para ellos.

niña de trece años que vivía con una abuela y once hermanos. Karen se aseguraba que la niña fuera a la escuela y cumpliera con sus tareas.

Aproximadamente en el mismo tiempo, la madre de Karen tomó a una chica de diez años bajo su tutela, le compraba los útiles escolares y le hablaba regularmente sobre las Escrituras. Otra mujer en la iglesia compró anteojos para un muchacho cuya madre no tenía dinero para llevarlo a un consultorio oftalmológico.

Las madres son hacendosas, atienden desinteresadamente actividades prácticas de la iglesia o de la escuela, ayudan con las tareas, cuidan bebés o dan hospedaje a quien necesita un lugar para quedarse.

Erin y su marido no tienen hijos propios, pero su casa es el lugar donde los jóvenes traen a sus amigos cuando quieren mostrarles una pareja cristiana, cuando quieren oír el evangelio o cuando necesitan que alguien los escuche.

En mi propia iglesia, el joven pastor y su esposa no tienen hijos, pero ellos son como padres para decenas de niños. Ellos tienen un don de Dios para amar y relacionarse con los ado-

lescentes, algunos de los cuales apenas hablan con sus propios padres. Un adolescente dice: «Cuando ellos me preguntan cómo estoy actuando, es porque realmente quieren saberlo. La mayoría de las personas sólo quieren que tú digas *Bien*. Yo siento que a ellos sí les preocupa cómo estoy obrando. Así que se los digo».

En algunos casos, nosotros podemos ver el efecto que causamos en la vida de otros. Pero en otros, nunca entenderemos el impacto poderoso que podemos tener sobre alguien siendo como una madre para él.

Ese es el caso de Margaret, una viuda que mostró amor incondicional por su vecino, Steven, de ocho años de edad, uno de los niños menos amables del vecindario. Él y su madre habían vivido en una comunidad por más de un año. Steven nunca conoció a su padre. A veces Steven respondía al amor de Margaret, viniendo voluntariamente a rastrillar las hojas o a traerle el diario de la mañana. Otros días, él se burlaba de «la vieja» a sus espaldas. Pero *cada* día, Margaret le mostraba que se alegraba de verlo, le recortaba artículos del diario para sus tareas escolares, cosas que ella sabía le interesaban a él. Una noche, Margaret invitó a Steven y su madre a cenar, y allí oró por ambos.

Cuando Steven y su madre se fueron de la ciudad, Margaret se afligió, pero ella supo que había jugado un papel importante en la vida de Steven. Trató de mantener la relación a través de tarjetas y cartas, pero finalmente perdió contacto con ellos. Hasta hoy, ella no ha dejado de orar por Steven y su madre.

Como Steven, Peg es una mujer que, siendo una joven rebelde, recibió el beneficio de una mamá espiritual. Ahora a los sesenta y tantos, Peg respaldede cuando evoca a la señora Kowaski. «Ella vivía sola en la vivienda contigua», dice. «Su casa fue un segundo hogar para los niños del barrio. Nosotros no íbamos allí por las historias de la Biblia que nos contaba, sino por las galletas. Pero la conocimos y confiamos en ella como una madre. Yo creo que Dios usó sus oraciones para traerme a Cristo. Yo hice un camino largo, a través del alcohol, y retorné. Ella murió antes de que yo regresara, pero un día hablaré acerca de ella en el cielo».

Ocupándose con los hijos espirituales

La maternidad espiritual no tiene que estar limitada a niños pequeños. Por ejemplo, una amiga mía de la universidad era conocida como 'Mamy' por cuatro estudiantes de segundo grado. Sólo dos años mayor que ellos, ella había sido un instrumento para llevarlos a Cristo. Ella los nutrió y fue su madre espiritual. La edad no debe ser un factor limitante en la maternidad espiritual.

Otra amiga, Janice, habla acerca del tiempo cuando ella necesitó una madre. Su marido la dejó con tres niños pequeños y sin dinero. Ella no podía pagar el arriendo y no sabía adónde ir. Entonces apareció su tía, actuando como una madre para ella. «La tía Ruth, que vivía a unas millas de mí, me acogió con los tres niños», dice Janice. «Ella me escuchó, pero nunca preguntó por las cosas de las cuales yo no quería hablar».

No puedo mencionar a una sola persona que se destaque por haber sido una madre sustituta para mí, pero varias mujeres me dieron cuidado desinteresado siempre que yo lo necesité. Durante una de las etapas más duras de vida, mi amiga Laurie me cuidó todos los días y simplemente hizo cualquier cosa que ella estimó necesario hacer – el lavado, trabajar en mi automóvil, comprar los comestibles. Ella venía para asegurarse que yo estaba comiendo bien. Otras mujeres han estado junto a mí en el tiempo preciso, con la palabra oportuna de consejo o estímulo.

Cuando anhelamos hijos durante largo tiempo, pero no los tenemos, un profundo vacío puede desarrollarse en nosotras. Yo creo que es Dios quien nos da el deseo de tener hijos, el deseo de la maternidad. ¿De dónde más podríamos anhelar servir, amar incondicionalmente, dar cuidado desinteresado?

Puesto que Dios nos dio el anhelo, sólo él puede cumplirlo. Dios eventualmente puede darte hijos biológicos. Eso depende de él. Pero ahora mismo, en este minuto, nosotros podemos permitirle llenar ese vacío con hijos espirituales. Podemos responder al llamado de Dios a la maternidad espiritual, un rol poderoso y satisfactorio en sí mismo.

En este Día de la Madre yo me regocijaré, como lo he hecho por varios años, con mis dos hijas adoptadas y mi hijo adoptivo. Ahora soy legalmente una de las mamás que se ponen en pie en la iglesia en el Día de Madre. Pero oro para que nunca me olvide del dolor de esos Días de la

Madre pasados o del alto llamamiento que Dios me ha hecho.

El llamado para ser como una madre para otros no ha cesado porque ahora tenga hijos. Hay suficientes personas allí afuera que pueden querer una madre espiritual. Tan grande como es el gozo de la mater-

nidad, hay otro gozo que no debe perderse. Juan escribió: «*No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos—los hijos espirituales— andan en la verdad*» (3 Juan 4). ¡No te pierdas el gozo de la maternidad espiritual!

© 1997 *Today's Christian Woman Magazine*.

* * *

La elección del cónyuge

La unión matrimonial es uno de los acontecimientos más importantes de la vida. La oración dedicada a ese fin nunca será demasiada. Nuestra felicidad, beneficio, nuestro vivir para Dios o para nosotros mismos posteriormente, están frecuentemente relacionados con nuestra elección de una forma muy íntima.

Por eso, la elección debe hacerse después de muchas oraciones. Ni la belleza, ni la edad, ni el dinero, ni las capacidades mentales, deben estimular la decisión. Primero debe haber una espera en Dios por dirección; segundo, un propósito de corazón de ser voluntariamente guiados por él; tercero, verdadera piedad. Sin sombra de duda, ésta debe ser la primera y absoluta condición requerida para un cristiano, con respecto al compañero para su vida.

Además de eso, sin embargo, debe ser al mismo tiempo calmada y pacientemente pesado si, en otros aspectos, existe adaptabilidad. Por ejemplo: si un hombre educado elige una mujer sin preparación, es insensatez, porque, aunque tenga a su favor el amor, el deseo de cubrir el defecto traerá un resultado desdichado en relación a los hijos.

George Müller

Confeccionando la forma del amor

Cierta revista femenina publicó un artículo titulado: «Aprendí a amar a mi marido», en que la autora relata que, siendo muy joven, había cometido el error de casarse, sólo para escapar de un hogar tormentoso. Aconteció, sin embargo, que, pasada la primera impresión de novedad, ella se vio amarrada a un hombre a quien no amaba.

Algún tiempo después, vino a conocer el mensaje acerca de la santificación, y resolvió hacer como si *amase* al marido. Se daba el trabajo de preparar sus platos predilectos, y hacer las cosas del modo que más le agradaba a él. Comenzó a dirigirse a él de la manera lo más amable posible.

Años más tarde, uno de sus hijos dio un testimonio elocuente en cuanto al éxito de su actitud. Él dijo: «Mamá, todos mis colegas dicen que nosotros tenemos mucha suerte, pues tú y el papá se aman tanto». Ella había confeccionado la forma del amor y Dios depositó en ella la sustancia real.

Larry Christenson, La mente renovada

Una serie de «coincidencias» más allá de la razón.



Bajo las alas protectoras de Dios

Cuando aún no cumplía 19 años, y era un estudiante lejos de casa, Franklin Graham obtuvo su licencia de piloto. Desde entonces, cada vez que hacía un viaje largo y contaba con los recursos para hacerlo, arrendaba un avión pequeño y se trasladaba, muy ufano.

Esta vez, cuando sus padres, Billy y Ruth Graham, lo invitaron a pasar un fin de semana con ellos a Vero Beach, Florida, decidió arrendar una avioneta Cherokee Comanche turbo alimentado para el viaje desde Lonview, Texas, donde se encontraba. Debía atravesar cuatro estados para llegar a destino. Para darle seguridad a sus padres, se hizo acompañar por

su instructor de vuelo, Calvin Booth, y un matrimonio amigo, Dorothy y Lee Dorn.

Cuando venían de regreso el domingo en la noche, luego de haber disfrutado un excelente fin de semana con la familia, el meteorólogo de turno les advirtió que las condiciones de vuelo en el último tramo entre Mobile y Longview no eran buenas, así que deberían dar un rodeo hacia la ciudad de Jackson, en el norte.

Poco después de despegar de Mobile, titilaron las luces del panel y luego se debilitaron. Pese a girar el reóstato una y otra vez, a la hora de vuelo, la luz se hizo tan débil en el panel que Franklin apenas podía leer

los cuadrantes. Entonces las agujas de los instrumentos de navegación aérea se fueron a la posición de apagado.

Así que, de un momento a otro, Franklin se quedó sin instrumentos de navegación y la radio estaba muerta. En unos instantes más, se apagaron las luces de la cabina, de modo que la oscuridad era total.

Franklin y Calvin agarraron sus linternas y leyeron las instrucciones de emergencia. Las revisaron una y otra vez, así como el circuito de interruptores, pero nada pasó. A las claras se veía que estaban en problemas. Franklin estaba asustado; Calvin también; pero nadie dejó traslucir nada.

Calvin, sonriendo, dijo: «Parece que debemos entender la acción a seguir o estaremos en un gran problema, ¿verdad?».

La última vez que hablaron con el controlador de tierra que les había dado por radar el vector alrededor de la línea de cambios atmosféricos, había sido a sesenta y cinco kilómetros al sur de Jackson, y volaban a casi cuatro mil metros. A todo piloto se le enseña que en caso de emergencia debe volar en sentido triangular. Al hacerlo, los controladores de radar

No estaban seguros dónde estaba la base de las nubes. Si las nubes estaban muy cerca de tierra podrían volar demasiado bajo y chocar.

pueden verlo en sus pantallas y saber que está perdido o en problemas. Ya habían volado en un sentido.

«Esto es ridículo», dijo Calvin con voz tranquila. «Aunque nos vieran en el radar, ¿qué podrían hacer? ¿Enviar a alguien en nuestra ayuda?». «¿Qué hacemos?», preguntó Franklin. «Debemos volar más bajo», dijo Calvin.

Ellos sabían que la elevación del área de Jackson sería segura hasta descender a casi quinientos metros sobre el nivel del mar. Descendieron en la oscuridad a través de nubes espesas. Finalmente pudieron ver una luz que brillaba en medio de las nubes debajo de ellos.

«Eso abajo debe ser una ciudad. Tal vez sea Jackson», señaló Calvin.

Calvin sacó el diagrama para ver dónde se hallaba el aeropuerto. Franklin decidió descender sobre las luces de la ciudad. No estaban seguros dónde estaba la base de las nubes. Si las nubes estaban muy cerca de tierra podrían volar demasiado bajo y chocar. Necesitaban casi quinientos metros.

Como estaba todo oscuro dentro y fuera de la avioneta, el resplandor de la ciudad debajo de ellos renovó la esperanza y disminuyó sus temores. Lee y Dorothy oraban en el asiento trasero.

Franklin puso la linterna entre los dientes mientras iniciaban el lento descenso. Salieron de las nubes a setecientos metros sobre el nivel del mar. Al menos ahora podían ver claramente las luces de la ciudad. Calvin señaló hacia lo que pensaba que era el aeropuerto.

Siguiendo el procedimiento adecuado, entraron a los ciento cincuenta metros sobre la norma de tráfico aéreo. La Administración Federal de Aviación (FAA, por su nombre en inglés) utiliza señales de luz desde la torre para comunicarse con un avión que haya perdido su radio. Circundaron casi tres minutos, esperando que alguien los viera y les diera la señal apropiada de luz. A ellos les pareció una hora.

De pronto, apareció una luz verde. El rayo llegaba desde la torre, y les indicaba que podían aterrizar. «La torre nos vio», gritó Franklin. «Tenemos despejado el camino».

Lee y Dorothy, que habían orado con fervor, vitorearon.

Pero, tenían un pequeño problema. ¿Cómo iban a bajar el tren de aterrizaje sin corriente eléctrica? Calvin revisó las instrucciones de emergencia.

«Debe haber una palanca en el piso entre los asientos. Intenta encontrarla». Franklin se desabrochó el cinturón y con su débil linterna alumbró el piso. ¡Allí estaba! La tiró y bombeó varias veces hasta lograr que el tren de aterrizaje se pusiera en posición.

Calvin tomó los controles para el aterrizaje. Cuando se acercaban, todas las luces de la pista se iluminaron. Obviamente, las autoridades de la FAA querían que vieran la pista ¡era una vista maravillosa!

Calvin aterrizó de manera precisa y suave. Sin embargo, antes de que hubieran terminado de correr y salir de la pista, de manera abrupta, se apagaron todas las luces.

«Es un poco extraño», dijo Calvin.

«Al menos pudieron haber esperado hasta que saliéramos de la pista antes de apagar las luces». Pero estaban tan aliviados que ese detalle no les importó.

Cuando llegaron hasta el final de la rampa, nadie llegó a encontrarlos, ni a felicitarlos por su excelente trabajo. Mientras salían del Comanche, apareció un hombre.

Franklin intentó contarle su problema, y el hombre le interrumpió: «¿Quién le autorizó el aterrizaje?». «Vimos una luz verde en la torre», replicó Franklin. «¿Vieron una luz verde?». Calvin empezó a explicar lo que había sucedido, y el hombre interrumpió de nuevo. «¿Pueden venir acá, por favor?».

El hombre los guió al interior del edificio y habló con otros agentes. Los aventureros del espacio pudieron explicar lo ocurrido cuando ellos estuvieron dispuestos a escuchar. «¿Vieron ustedes una luz verde?», preguntó de nuevo el hombre. «Definitivamente», dijeron al unísono los viajeros.

«¿Ocurre algo?», preguntó Calvin. El hombre negó con la cabeza. No se dijo nada más, pero era obvio que no los esperaban. Los tres actuaban de manera extraña y no aclararon lo que había sucedido con la luz verde o las luces de la pista.

Los viajeros pasaron la noche en un hotel cercano, y al día siguiente un mecánico encontró un cable quemado en el alternador. Hizo la reparación y salieron a media tarde.

¿Qué pasó realmente esa noche? Pasaron años antes de averiguarlo.

Esa noche, Sydney McCall estaba de turno en la torre de control del aeropuerto de Jackson, y tenía como visitas a Gary Cornett, ministro de música de la Iglesia Bautista Forest Hill, y su esposa Pat. Sydney mostraba a sus amigos los variados equipos y las operaciones del aeropuerto. Sydney hizo una demostración de la luz roja y de una luz blanca con el rayo dentro de la torre, pero por una razón inexplicable mantuvo la pistola de luces fuera de la ventana mientras demostraba la luz verde y decía: «Si vamos a autorizar a un piloto para que aterrice, le apunto directamente con esta pistola y enciendo la luz verde». Un compañero de trabajo de Sydney le pidió que mostrara la luces de la pista. Sydney comenzó a prenderlas y gradualmente se volvieron más y más brillantes, hasta que tuvieron la intensidad máxima. El último grado de resplandor es para emergencias, y las luces se diseñaron para que se vieran entre la niebla y las nubes, de modo que los pilotos en situaciones de emergencia puedan ver las pistas.

Apenas Sydney terminaba de dar estas explicaciones, un colega dijo con emoción: «Viene un aeroplano

sin luces». Sydney respondió: «No hay ningún avión en el aire en ochenta kilómetros a la redonda». Pero al examinar con cuidado fue evidente que una avioneta monomotor sin luces se disponía a aterrizar.

¿Qué había sucedido? La mano de Dios había sincronizado perfectamente los tiempos de lo que ocurría en la torre y lo que ocurría en el aire con la avioneta. Cuando Sydney mostraba a sus amigos el uso de la luz verde, alguien debía estar en la posición adecuada para verla, y Franklin la vio. Pero aun teniendo la señal de luz, habría sido muy peligroso aterrizar sin luces en la pista. Por eso, fue providencial que en seguida Sydney activara las luces, como lo hizo.

Calvin Booth comentó: «La mano de Dios estuvo presente. Mira, acabábamos de dejar a Billy Graham en La Florida y él oró por nuestra seguridad antes de que saliéramos». Fue, literalmente, como estar «bajo las alas protectoras de Dios».

Ni Calvin ni nadie dijo en ese momento que el piloto de la nave era el mismo hijo de Billy Graham.

*(Adaptado de Un rebelde con causa,
por Franklin Graham).*

* * *

Respuestas correctas a «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1D (Lc. 1:5), 2B (Gn. 30:14), 3C (Jn. 11:24-26), 4A (Mr. 1:30-31), 5D (Lc. 3:19), 6B (Gn. 27:13), 7C (Lc. 2:36), 8C (Gn. 35:18), 9A (2 S. 11:2), 10D (Gn. 4:25), 11A (He. 11:31), 12D (Rut 3:4-9), 13A (Hch. 18:26), 14C (2 Tim. 1:5), 15A (Rut 1:19-21), 16B (Jue. 5:31), 17B (Gn. 3:7), 18C (Hch. 16:14), 19D (Mr. 12:20-25), 20C (1 S. 2:19), 21B (Hch. 9:36-39).

CALIFICACIÓN: 13 a 15 = Suficiente; 16 a 18 = Bueno; 19 a 21 = Sobresaliente.

CARTAS

Gracias

Les saludo agradeciéndoles infinitamente por tan bello sitio en Internet. Son aguas vivas que refrescan mi alma y un lugar donde puedo abreviar de la bendita e inagotable fuente que es Cristo. Qué gozo nos da saber que hay un remanente del pueblo del Señor que levanta en alto la centralidad de la Palabra y predica un mensaje tan «cristocéntrico». ¡Gloria al Señor por su ministerio! Que bendición ha sido para mí encontrar un sitio donde obtener tantos recursos que me edifican y me inspiran a seguir asido de Cristo y su Palabra. Que Dios los siga llenando inspiración para edificar al cuerpo de Cristo.

Samuel y Bárbara Durán, Tijuana (México).

Página Web

Hace poco mi pastor me pidió encargarme del periódico mural de la iglesia. Esto me llevó a sumergirme en la red para encontrar información útil. De esta manera es que he dado con nuestra página web, muy nutrida en la palabra y en el mensaje de nuestro Dios. Les escribo para que ustedes puedan permitirme reproducir y publicar algu-

nos de sus artículos en el mural. Que el amor de nuestro Dios esté siempre con ustedes, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Javier Yamunaqué, Arequipa (Perú).

Avivamiento

Hoy he terminado de leer la revista y es toda una bendición en mi vida y en la de mi familia. Está generando un pequeño avivamiento en mi vida. Los mensajes me están motivando mucho a no conformarme con la vida 'acomodada' que llevo en Cristo Jesús. Siento que ustedes están caminando en la Verdad. Que el Señor Jesucristo les siga bendiciendo grandemente.

Mar Ríos Martínez (Costa Rica).

Crecer

Que Dios los bendiga por la tarea evangelizadora de la sana doctrina. En Sudamérica recién se está expandiendo el evangelio. Estoy muy agradecida por la revista. Me ayuda a crecer espiritualmente y cada mañana doy lectura a los artículos en un programa radial cristiano que gusta a los oyentes.

*Yolanda Trujillo Baltazar
Ambo - Huánuco (Perú).*

Por razones de espacio, las cartas son resumidas.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / AÑO 8 • N° 48 • NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2007

Equipo Redactor: Eliseo Apablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda.

Además en esta edición: Stephen Kaung, Juvenal Santos de Moura, Ricardo Bravo, Rodrigo Abarca.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Distribución: Mario Contreras.

Los Leones 01215, F. 45-343429, Temuco, Chile.

E-mail: aguasvivas.cl@gmail.com

Contactos EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission

P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.

E-mail: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal N° 639

C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.

E-mail: sammyglez@yahoo.com